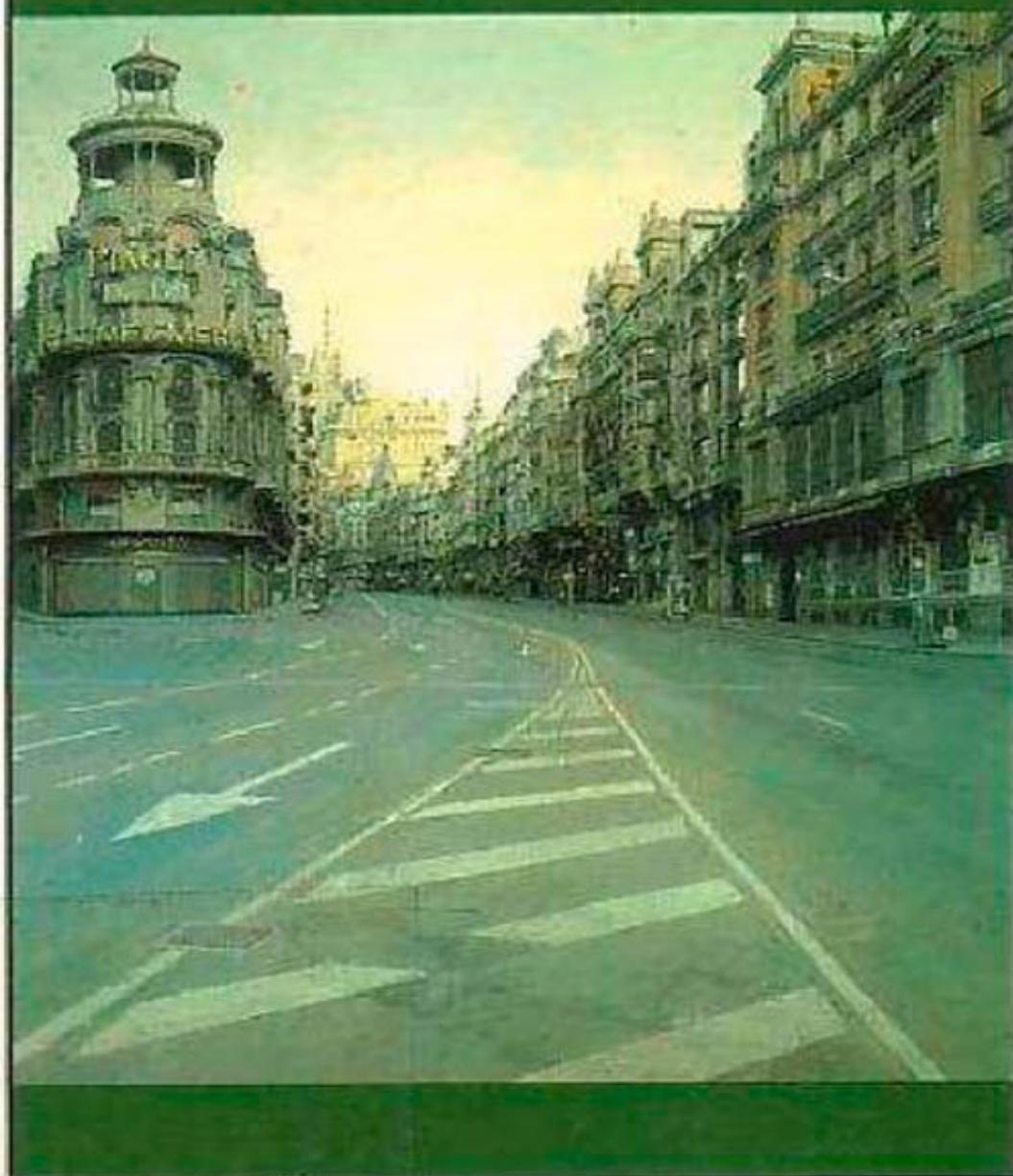


Francisco Umbral
**NADA EN
EL DOMINGO**

Novela



Nada en el domingo, publicada originariamente en 1988, es la historia de una noche madrileña, casi tan alucinante como la noche dublina de Stephen Dedalus y Leopold Bloom: un aquelarre en el que el protagonista se ve a sí mismo como un tétrico bufón y se autodenomina Grock, para acabar comprendiendo que es uno más, que es casi todos, que casi todos los hombres son Grock.

Los paraísos artificiales de Baudelaire muestran aquí cruel y crudamente su envés, en la amanecida que deslíe y destiñe las luces repintadas de una vigilia febril. La constante inventiva estilística de Umbral sirve con singular energía y desgarró a una visión descarnada y vivacísima de la esencial soledad humana.



Francisco Umbral

Nada en el domingo

ePub r1.1

Achab1951 24.07.13

más libros en epubgratis.org

Título original: *Nada en el domingo*
Francisco Umbral, 1988
Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

Otorgó a lo cotidiano la dignidad de lo desconocido.
NOVALIS

LA calle, ancha, vacía y en rampa, sólo vive en el gris muerto del día, de la mañana de domingo, en su color abismo y en la gracia de las tiendas que van mal (y que hoy están cerradas). La calle, una de las grandes calles de la ciudad, es como una calle mineral o de mineral: su asfalto se puebla de asteroides indecisos, su vacío dominical palpita en la huella de los millones de automóviles que la surcan durante la semana, su amplitud se reúne trabajosamente hacia arriba, hacia la meseta central, llena de bares fríos y cines apagados, más el lujo subacuático de las joyerías. Luego, pasada una plaza lateral y equivocadamente monumental, la calle desciende hacia un norte frío de rascacielos repetidos y cielos invernizos. Lo que más se ve de la calle, en el domingo vacío, es el brillo de minerales mínimos que asoman entre el asfalto, que brotan entre bordillo y bordillo, sólo revelados por la luz errante del cielo (parece como si las nubes llevaran el invisible sol de un lado a otro). El hombre sube despacio la calle tan sabida, quizá sean las tres de la tarde, ha pasado el apogeo/perigeo fugaz de los que salen de misa o van a la pastelería, o ambas cosas, toda la ciudad está almorzando en las casas con luz de gas (que ellos creen eléctrica, dado que estamos a finales del siglo XX), en los restaurantes con luz de llama, donde gime un lechón vivo para deleite de estos romanos de tervilor.

Toda la ciudad está almorzando y el hombre sube despacio la cuesta, tan sabida, de la gran arteria, mirando los destellos de luz y metal que da el asfalto desertado, porque le fascinan un momento, como un carbón de plata, y por no ver los escaparates que tanto se sabe, los tigres de porcelana con incongruentes collares de precio, los modelos unidimensionales con traje de noche fruncido en una cadera, los relojes de marca con una hora de deshora que para el hombre ni siquiera tiene ese encanto, ya que le da lo mismo la hora que sea (o su costumbre lo sabe demasiado).

Pasa un automóvil de vez en cuando, moviendo, con la magia de la velocidad, papeles de periódico que no había, hojas otoñales de árboles que no hay en la calle, un inicio de vida triste y momentánea. El hombre sigue subiendo, a paso lento, la cuesta de la gran calle, la rampa de bisutería y lenocinio, el vacío de la hora y del día, y de pronto se mete en mitad de la calzada, como en un río (no pasan coches), y se inclina sobre uno de los brotes que brillan en el asfalto neutro e imparcial. Es una piedrecilla de plata o un diamante de color inédito, es sólo un guijarro milagroso y de oro surgido entre los adoquines o el asfalto como a veces aflora un perejil apócrifo entre las losas de un claustro. El hombre lo mira, se emociona y vuelve a la acera peatonal y segura. Un coche o una ráfaga le han rozado el abrigo de espiguilla, el abrigo que va perdiendo espigas, abrigo de entretiempo que él usa todo el año, en primavera y otoño porque es friolero, en verano por costumbre y en invierno porque no tiene otro.

Así las cosas, los edificios altos son más altos en domingo, los ángeles de los reaseguros y las nubes alegóricas del otoño descienden sobre la calle, y el hombre disfruta de una momentánea compañía, después de la cual se hace más solitaria su soledad. El hombre ya ha comido, que no es ningún hambriento, y no sabe si sufre o disfruta la soledad de la calle, la momentánea compañía de los ángeles y las nubes, el paso de un padre de familia apresurado y retrasado, el sesteo de una puta/mendiga en un quicio, el cartabón de sol que se abre en una esquina bancaria, como si Dios fuese a explicarnos una lección de geometría.

Suficientemente comido, ni bien ni mal, solo, incuestionablemente solo, el hombre empieza a pensar en tomarse un whisky. Para un whisky sí que tiene, sí que le queda. Pero el whisky, con su color, olor y sabor de madera quemada, todavía le viene del subconsciente. Cuando el whisky, color, olor, sabor, le llegue a la consciencia, se meterá en un bar y lo pedirá sin hielo, que estropea el gusto. «Una manera de pasar el tiempo», se dirá a sí mismo, como coartada innecesaria.

A la altura de la meseta central de la gran calle, el hombre va a entrar en un café/bar que vive y viene de la fama (mala fama) de otros tiempos, con sucesivas reparaciones

que le van quitando gracia primera, esa gracia y ese empaque de la prostitución burguesa, que el hombre recuerda ahora, y siempre que pasa por delante del establecimiento, como un infierno grato, cálido e ingenuo de su juventud, una juventud que pretendía ser muy mundana, o mejor *mondaine*.

—¡Boleslao, Boleslao!

La llamada viene del subsuelo y Boleslao, el hombre, ve en seguida a su amigo, o conocido, o algo, sentado en las escaleras del Metro, apoyado contra la pared, beneficiándose del inexistente sol y del calor que sale de los túneles, a esta hora tranquila en que el ferrocarril no tiene tráfico. Es un hombre joven, con pelo muy corto y gafas negras, con botas altas, vestido de azul oscuro o negro u otro color más allá de lo negro. José López —¿López, José?— está fumando algo que no es tabaco. Boleslao se acerca y se sienta asimismo en los escalones. José López —¿de dónde y de cuándo conoce a José López?— huele a la cosa que está fumando, envuelto por fuera en un huidizo confort de humo dulce y ácido, envolviendo por dentro una presencia de calor, de sueño, de ardiente lucidez tranquila. No se quita las gafas y el saludo entre ellos es una frustrada sonrisa mutua que tampoco tiene por qué ir más allá. Después de que le ha llamado, parece que José López y Boleslao no tienen nada que decirse. Tampoco hay necesidad. José López va vestido como uno de esos cantantes de rock y cosas americanas, pero de cerca se le ve deslucido, usado, con la juventud quemándosele en un fuego blanco, la ropa repetida, la droga en el alma y en las manos, la barba mal afeitada en una cara de cuarenta años, con poca barba, el pelo muy corto, pegado a la cabeza, casi como un humo (quizá lo tuvo rizado) y un temblor general que no hay en él, pero que viene de él, y que es lo que él llama «vibraciones», buenas vibraciones, malas vibraciones, etcétera.

Boleslao se ve en las gafas de espejo negro del otro. Se ve con el poco pelo desordenado por el viento, las gafas de miope, la nariz grande, el rostro en descenso, el cuello del abrigo subido. Están allí, aquí, ahora, en silencio, como otros domingos, porque la gran calle, a esta hora, es un buen sitio para fumarse un porro o beberse unos whiskies, para llenarse el alma de algo o, más bien, para irse fabricando un alma de humo, alcohol y calor.

Es la confortabilidad de tener un alma.

De modo que otros domingos, otras situaciones idénticas son la memoria en que se apoyan ahora, como en un muro de legajos. Aunque no tienen nada que recordar y no viven de recuerdos, de esa clase de recuerdos. José López, por ejemplo, vive de recuerdos inventados:

—Qué noche, Boleslao, toda la noche conduciendo con una niña de buenas vibraciones, yo creo que íbamos hacia el sur, o hacia el sol, íbamos a doscientos, pero yo me paraba a recoger los erizos muertos, toda la carretera llena de erizos muertos, y el gobierno y los periódicos diciendo que son ecologistas, hasta que tuvimos el coche lleno de erizos muertos, luego, ya, los erizos caían del cielo, dentro del descapotable, a la niña empezaba a darle un poco de asco o un poco de miedo, pero yo le pasaba vibraciones, ¿es que se puede dejar un erizo muerto en la carretera?, se iba haciendo de día y la luz me cegaba para conducir, yo había fumado toda la noche, paré el auto en una cuneta, frenando contra una tumba, porque no me responden los frenos, y me la follé a la niña en la parte trasera, sobre una alfombra de erizos, decía que le picaban en el culo, pero cómo te van a picar, ya ves, si los erizos se ponen blanditos cuando se mueren, no es picor, es que me da asco, dice ella, y yo no dejaba de pasarle energía mental, vibraciones, hasta que nos quedamos dormidos entre los erizos.

—¿Y luego?

—Luego nos despertamos, ya era de día, le di la vuelta al coche y nos volvimos para acá, a la niña la he dejado en un pinarillo, ya no había vibraciones entre nosotros, le regalé cinco erizos muertos como recuerdo de la noche, pero decía que ya olían mal y

que le daba asco, y que la llevase a casa, si no coges los erizos te mato aquí mismo, y los cogió y seguí viaje, he dejado el coche atravesado en una calle, hoy no hay tráfico, con todos los erizos dentro (algunos estaban vivos y deben andar paseándose por ahí), y luego me he venido aquí buscando un sitio para colocarme un poco, si es que la tía me dejó sin vibraciones, oyes, son unas gilipollas, ahora parece que me van volviendo, pero que he dormido una hora y pronto empezará la gente a coger el Metro y se llenará esto de criadas y a lo mejor hasta me dan limosna, ahora hay muchos mendigos en el Metro.

José López ríe su propia gracia y se quita las gafas un momento para no mirar a ninguna parte: tiene los ojos claros, con la transparencia que da la ausencia de pensamiento; unos hermosos ojos vacíos, circundados de rojo, y unas ojeras de fieltro prematuro. Boleslao piensa vagamente que quizá conoce a José López por su común trato con menores (más injustificable y cansado en Boleslao), sí, seguramente de ahí viene la cosa: este rockero sin guitarra es un buen gancho de cabecitas locas.

Se están quietos en las escalinatas del Metro, confortabilizados por el sol helado del otoño/invierno, a resguardo del viento, respirando el vaho sucio del Metro y el humo oriental, imaginativo y dulce de los porros que fuma José López. A Boleslao, la historia de los erizos le suena de otras veces, o quizá era una historia parecida, pero tampoco piensa demasiado en ello. José López ha vuelto a ponerse las gafas y Boleslao vuelve a mirarse en los espejos negros, se ve duplicado y curvo, como en una noche con el fondo artificial de un día, no le gusta su cara desde hace ya unos años, José López quizá se ha dormido detrás de sus gafas, tiene el canuto apagado, un matrimonio con niños sale del Metro y sube las escaleras, llevan también una sillita de ruedas, para el hijo menor, y el padre la coge en el aire, con niño y todo, casi heroicamente, para transportarla hacia arriba. Dejan tras de sí un perfume de colonia dominical y digestión. —Te invito a algo ahí dentro —dice Boleslao.

El otro se pone en pie sin decir nada, magulladamente, y entran en el viejo y suntuoso café/bar, la verdad es que Boleslao está necesitando un whisky, José López pide agua, el sitio es grande, antiguo, revocado, una cosa años cuarenta que va perdiendo vida y carácter, un pasado que vive en el rojo de los terciopelos, que llora en el oro de los metales, todo un lujo que se ha vuelto de latón, una puta de cuando entonces duerme junto a un ventanal y una pareja madura y de provincias comparte el coñac y el puro, intentando disfrutar la euforia de estar solos y libres en la capital. Los camareros, leñosos y profesionalmente inmóviles, parecen esperar la llamada de un cliente desde hace más de treinta años.

José López se está quieto en su banquetta, sobre el mostrador, como acumulando vibraciones, «un poco viejo para rockero», piensa Boleslao. Boleslao mira su whisky, el oro sin secreto, el sol que cabe en el vaso, un pequeño lago de fuego que fuese madera líquida, un amarillo que se remonta hacia el cobre. Luego prueba la bebida, que le sabe a medicina y a sangre. El segundo trago es ya más sangre que medicina. El tercero, más miel que sangre. Lo dijo alguien famoso: «la sangre es más dulce que la miel». O al revés. No, al revés no tendría gracia, no sería poético, quedaría obvio. Boleslao se va llenando de miel y de sangre, pero esto ya no le trae imágenes gloriosas, sino que le deja en una plenitud cerrada y sorda, blanda y un poco brutal. La puerta giratoria del café/bar, toda oro y cristal, gira de vez en cuando, metiendo en el interior el aire puro de la calle y una porción fría y sola de domingo.

Con el segundo whisky, Boleslao empieza a sentirse mejor. Se quita el abrigo de espiguilla (ahora casi tiene calor), reservándolo para el frío de la vuelta a la calle. Ha dejado el abrigo sobre una breve barandilla de madera, de las que dan grata e innecesaria complicación al local. Tiene la prenda a su espalda, pero el abrigo se refleja en un espejo, y Boleslao lo contempla, mientras se toma el segundo whisky, como si fuera su otro yo (seguramente lo es). Este abrigo de espiguilla viene de cuando

aún no era un jubilado prematuro. Se lo compró con motivo de una subida de sueldo y una ola de frío.

El abrigo tiene varios inviernos, como se dice que los toros tienen varias hierbas. Boleslao recuerda aquellos años triunfales y burocráticos de ascenso hacia la nada, de ascenso hacia el descenso, hacia esto de ahora. El abrigo fue la armadura de sus penúltimos inviernos gloriosos. Al principio resultaba incluso elegante. Luego se quedó en cómodo y, ahora, viejo como está, viejo él también, viejos los dos, sabe que el abrigo será el último de su vida, no piensa comprarse otro, ni puede, ni encontraría explicación para hacerlo. Hay un abrigo que, cuando nos lo compramos, siempre sabemos que será el último. La condición y la costumbre de los abrigos es durar, y uno echa cuentas ante el gran espejo de la tienda, probándose el abrigo. Ocho o diez años de abrigo.

—¿Me quedan a mí ocho o diez años de vida, con el riñón así?

—¿Decía algo el señor? —irrumpe en el espejo el dependiente.

—Decía que cuánto cuesta.

Y se lleva el abrigo. Se lo llevó. El abrigo es el otro yo, el ego, el íd, el superego de Boleslao, no porque las viejas prendas usadas remitan al pasado, sino porque esta prenda remite al futuro, al futuro que Boleslao no tiene o imagina que no tiene. En el abrigo de espiguilla viven ya los años, los inviernos (y los veranos) que a Boleslao le queden de vida. El abrigo, así, se torna enigmático. Es el yo venidero de Boleslao, el Boleslao venidero. Es mi yo venidero, el cabrón. A Boleslao le gusta la frase y pide un tercer whisky para celebrarlo, para seguir meditando sobre su abrigo, sobre su desdoblamiento interior/exterior. José López se ha dormido sobre el mostrador.

Me dan asco los recuerdos, el pasado no me dice nada. Yo no seré un viejo, si es que llego a viejo —¿o ya soy viejo?— de esos que comen de su pasado, que revientan de recuerdos. A mí la memoria me parece una mierda. ¿Que la memoria es la personalidad? De acuerdo. Pero es que la personalidad no es nada. Un fantasma de la costumbre. En cambio el futuro es fascinante cuando no se tiene futuro. Los empleos que he tenido, las mujeres que he tenido, todo me parece que le concierne ya al pasado de otro hombre. Pero este abrigo de espiguilla soy yo, en él me reconozco, quizá desaparezco cuando me lo quito, como el hombre invisible de las películas de la infancia. Mi abrigo es mi presente. Sólo me pongo dentro de mí mismo cuando me pongo dentro de mi abrigo. Huele a mí más que yo mismo. Por fuera lleva el color de la calle y por dentro lleva mi olor. Y el futuro, el triste y escaso futuro de un abrigo, que incluso puede ser más glorioso que el futuro de un hombre.

Alguien heredará el abrigo, o lo robará (los derechohabientes de los hombres solitarios son los ladrones). Tampoco me interesa ese futuro novelesco del abrigo. Me fascinan los años que voy a vivir dentro de él, muchos o pocos, pocos de todos modos, y la manera que tiene mi yo —¿mi yo?—, la manera que tengo yo de transmutarme en abrigo o que tiene el abrigo de transmutarse en persona. Es mi último camarada y a la vez soy yo mismo, llora casi Boleslao mirando el abrigo en el espejo, y luego se vuelve un poco en la banqueta para ver el abrigo real, se baja de la banqueta y acaricia la prenda, fingiendo que busca algo en los bolsillos, por si le miran, vente conmigo a buscar el coche, resulta que José López, el rockero cuarentón y usado, ya está despierto y quiere recuperar su descapotable, un descapotable blanco y viejo que Boleslao recuerda de algo, no recuerda de qué lo recuerda, es, era un coche cómodo y peligroso, raudo y desvencijado, ancho como una barcaza e inestable como si la barcaza hiciese agua. Boleslao paga, se pone el abrigo, nada menos que el abrigo de espiguilla, y se van a la calle, giratorios en la puerta giratoria:

—Está por la parte vieja. Lo encontramos en seguida —dice José López.

A lo mejor el coche ya lo han robado, los guardias o los ladrones, pero a Boleslao le da lo mismo. Por lo menos, ya tienen algo que hacer en el domingo vacío. Encontrar el

coche.

—No me acuerdo muy bien dónde lo dejé, me parece que estaba yo muy golpeado, pero seguro que vamos a encontrarlo.

—¿Y los erizos?

—Qué erizos.

—Nada. Pensaba en unos erizos.

—Le pegas demasiado a la priva, Boleslao. Eso debe ser ya el delirium tremens. Eso de los erizos, me refiero.

—Me gustaban los erizos.

—Y dale. Los retablos como tú andáis colgados del alpiste, Boleslao. Claro que de algo hay que colgarse. Sois la generación de la guerra.

—Qué guerra.

—No sé, Boleslao, alguna guerra habría. Siempre hay.

—Yo estuve en la de la Independencia.

—No me baciles.

Ya andan por la parte vieja, histórica, quemada de siglos, por la parte suciamente eterna de la ciudad. José López pisa firme con sus botas altas y Boleslao pisa silencioso con sus viejos zapatos de tafilete. Las calles y las plazas están llenas de vacío, de un vacío dominical, soleado y gélido, en el que se mueven, sin ruido ni realidad, algunos soldados, algunos caballos de bronce, algunos reyes, algunas ancianas, algunos mendigos, la gente que empieza a entrar y salir de los Metros. Hay muchos coches aparcados por todas partes.

—Ahí está el buga.

Y José López tuerce por una calle corta y peatonal, donde Boleslao ve un escaparate lleno de pájaros de colores que revolotean entre pijamas de caballero, tras el cristal hermético del cierre dominical. El viejo descapotable blanco, que Boleslao ha visto tornarse de colores —amarillo, malva, rojo, azul— en la velocidad, está atravesado, cerrando inútilmente una calle sin tráfico. José López salta dentro del coche y lo pone en marcha. Boleslao, antes de entrar en el vehículo, se asoma al interior, donde hay cajetillas de tabaco vacías, latas de cerveza aplastadas y ningún rastro de erizos. Sólo un perro grande y muerto, aplastado, un perro color perro, con su ribeteado de sangre negra, sobre el asiento trasero.

José López, ya con Boleslao en el coche, maniobra para sacar el descapotable blanco, coche pasado por muchas manos, de las zonas peatonales. El auto es como una barcaza que se bambolea en el río parado del asfalto, entre las aceras populosas de gente sin cara, de caras sin gente, todo el retablo rico y pobre del domingo.

Boleslao observa (ya lo tiene observado otras veces) que José López se transforma al volante. Necesita conducir. El coche es su otra droga, entre tantas. Boleslao, que no conduce, ha meditado a veces sobre esa euforia que la máquina comunica al hombre: la precisión de la máquina se transmite a la imprecisión del cuerpo humano, borrándola, curándola. Como a él, a Boleslao, le cura la dispersión interior el whisky, le reúne en uno solo, le concreta en su nombre: Boleslao.

—Vamos a enterrar el perro —dice José López cuando ya han salido a las grandes avenidas.

Puede ser un perro aplastado en una autopista, que José López ha recogido al paso (en lugar de los míticos erizos). Puede ser un perro aplastado involuntariamente por el propio José López (que no es un mataperros). Da igual. Boleslao se vuelve en el asiento para mirar otra vez al animal. Boleslao no entiende nada de perros, pero se llena, como le ha pasado otras veces, de una pasión infinita por el bicho muerto, por el perro color perro, tan muerto en el asiento trasero, feliz en una muerte confortable (José López le ha puesto un sombrero blando bajo la cabeza, a modo de cojín, un sombrero que seguramente andaba tan perdido por el mundo como el perro).

Un perro muerto, orlado de su sangre negra, emite más mensajes que un hombre muerto. Los hombres se componen mucho para morir, piensa Boleslao. Los animales se mueren con más gracia, con más naturalidad, con más pureza, porque no saben que se mueren. Por lo menos, ya tenemos algo que hacer esta tarde, piensa Boleslao: enterrar un perro.

Están bajando hacia la Casa de Campo. Hay gentes de domingo que hacen su fiesta en torno a una hoguera de frío, y muchas barcas en el gran cielo del lago. Boleslao lo ve todo como un domingo de verano convertido en fotofija por el frío. Los vientos de fronda despeinan el despeinado y escaso pelo de Boleslao. Siente el aire a través de la cabeza y no sabe si esto le despeja o le descerebra. José López conduce con las gafas puestas, muy echado hacia atrás en el asiento, con los brazos extendidos, relajado y seguro. La máquina le está poseyendo en profundidad. La velocidad es una droga, otra. Boleslao se siente pobre, escaso, limitado al alcohol. José López, de negro, es un héroe de nada, pero un héroe.

—Más o menos por aquí.

Más o menos por aquí. Han corrido cuevas y montículos. José López ha encontrado un sitio tranquilo entre las jaras, muy lejos de los excursionistas de vuelo corto. José López para el motor del coche, va hacia la maleta posterior y saca de ella un pico y una pala, como si su oficio fuese enterrar perros. Le da a Boleslao la pala y él empieza a trabajar con el pico.

—Pero tú no tenías un perro.

—No, claro, estaba en la carretera.

Boleslao va apartando con la pala la tierra que remueve su amigo con el pico. Siente, con el esfuerzo, que todo el whisky bebido le vuelve al corazón. No importa, me gustaría morir de infarto enterrando un perro. ¿Qué cosa más digna que un perro desconocido y sin dueño puede enterrar uno? Y activa el juego de la pala. Luego empieza a sudar y se quita el abrigo de espiguilla. El frío de la tarde, que va perdiendo el sol como quien pierde sus ahorros, le congela el sudor. Trabaja más fuerte para acalorarse con el esfuerzo. De la tierra removida se levanta un olor fresco, dulce, amarillo y un poco putrefacto. Es como si estuvieran explorando en una tumba. Toda la tierra es una tumba, piensa Boleslao. José López le da duro al pico. José López, tan pasivo, se ve que lo que necesita es actividad. A lo mejor lo suyo es cavar tumbas para perros sin familia. Nunca se sabe.

Trasladan el perro desde el coche a la tumba. José López coge al animal por la cabeza y Boleslao por las patas traseras. José López tiene que arrancarle al animal el sombrero que le había puesto de almohada, y que ahora tiene pegado a la cabeza. Un perro con sombrero. Todo el animal está pegado al plástico del asiento, por la sangre y los líquidos de la muerte. De modo que hay un desgarramiento de tejidos antipáticos y pelambres, cuando arrancan al perro. Lo que queda sobre el asiento trasero, de plástico blanco, es una silueta de perro bordeada de sangre, con algunos pelos pegados a ésta. Como cuando se encuentra, en una cueva, el vaciado de un lobo prehistórico.

El animal, en el fondo del hoyo, parece recién desenterrado más que a punto de enterrar. Le echan la tierra encima, despacio, ya sin fe, aunque sin decírselo uno al otro. Boleslao piensa que han aliviado la apatía triste del mundo de un perro reventado. Han hecho una buena obra por aliviar algo, qué, nada. Hay un perro menos sobre la tierra. Un alma menos en el sufrimiento universal y como resignado. Boleslao no duda de que un perro sea un alma. Están sentados sobre el montículo de tierra que es ahora la tumba (siempre sobra tierra, aunque se meta la misma que se ha sacado, y además está, a un metro y medio de profundidad, el bulto del perro). José López lía un canuto, con todo su ceremonial, y se lo fuman a medias, de espaldas al crepúsculo literario de la Casa de Campo.

—No tenía malas vibraciones, este perro.

Pero Boleslao no sabe nada de vibraciones. Fuman en silencio. José López insiste:

—Noto las radiaciones del animal, que suben a través de la tierra y me entran por el culo.

«Es del has que estás fumando», piensa Boleslao, pero no lo dice. Se esfuerza él también por sentir algo en el culo, pero sólo siente frío. Tiene el pico y la pala a sus pies. Terminado el canuto, recogen el pico y la pala, se meten en el coche y buscan la salida de la Casa de Campo. Tienen que seguir una cola de automóviles excursionistas que regresan a Madrid. José López se quita y se pone las gafas en la impaciencia de la cola. Sus ojos claros, de un azul a punto de desvanecerse, a Boleslao le dan un poco de miedo, no sabe si por su amigo o por él. José López pone en la radio del coche una información sobre las carreras de caballos:

—¿Te gustan las carreras? —pregunta Boleslao.

—No. Pero algo hay que poner.

José López cambia a un partido de baloncesto. Boleslao decide no hacer más preguntas. Entran lentamente en la ciudad, acompañados por la retransmisión agresiva del locutor de baloncesto que, sin duda, a ninguno de los dos les interesa.

—En casa me parece que queda alpiste para ti, Boleslao.

Esto quiere decir que van al piso de José López. El piso de José López está en unos grandes bulevares por los que transita el domingo, un domingo que se va haciendo populoso, que se va lentificando para durar, espesándose de coches, familias y perros perdidos sin collar. Boleslao piensa que le gustan y le entristecen los perros perdidos sin collar. O que le dan lo mismo. Boleslao volvería de buena gana a la Casa de Campo, a enterrar otro perro, pero dónde encontrar un perro aplastado por un coche. No todos los días se entierra un perro. A Boleslao le ha gustado la experiencia. El piso de José López está en un edificio de academias de secretariado, gestorías y reaseguros. Una hermosa y caediza casa de principios de siglo que ha sido reconvertida por dentro para usos comerciales. El piso de José López es una sola pieza laberíntica, sin puertas ni paredes, mal alumbrada con luces rojas y llena de una violenta música joven y anglosajona. José López ha abierto la puerta del piso mediante una patada muy científica. Sin duda, las cerraduras no funcionan. Hay varias y una de ellas tiene dentro una astilla.

La madera de la puerta, pintada y repintada de marrón oscuro (oscuro sobre claro, claro sobre oscuro) es una noble madera muy bien trabajada, pero llena de pintadas, tatuajes, inscripciones a navaja y desastillados minuciosos.

—Mis padres y mis tíos odiaban a mi abuelo. Nada más volver del entierro del viejo, sin decirse nada, cogieron cada uno un pico y empezaron a tirar tabiques y abrir huecos. No se habían puesto nunca de acuerdo, pero estaban matando al viejo que acababan de enterrar. Algo así he hecho yo en este piso. En cuanto lo alquilé, llamé a un colega albañil y lo tiramos todo. Las paredes cortan el paso y la expansión de las vibraciones. ¿No notas aquí buenas vibraciones?

—No sé. Quizá con un poco de whisky...

—Ya estás con el alpiste, cabrón. Te va a matar la priva, pero haces bien.

José López se va a buscar la botella. Boleslao comprende por qué José López lleva un pico y una pala en la maleta del coche. Vive derribando paredes para que el mundo se llene de buenas vibraciones. Las luces rojas oscurecen más que alumbran. Hay cuadros por las paredes, pero no se ven. Ni mesas ni sillas. Un colchón en el suelo, en lo que fuera una alcoba, único sitio donde la iluminación es pertinente. Boleslao se sienta en el borde del colchón, con las piernas cruzadas a lo moro.

José López vuelve con una botella de vat y una chica muy joven cogida de la mano. La chica es morena, delgadísima, bella, riente y como boba. Se inclina para besar a Boleslao en las mejillas, antes de que éste pueda descruzarse y ponerse en pie. No

hay presentaciones. José López le da a Boleslao la botella y un vaso. José López y su chica se tienden en el colchón y se hacen un porro reventón de has de calidad. Lo comparten. Boleslao se sienta en mitad del colchón, otra vez con las piernas cruzadas, y bebe de su vat. José López y su chica hablan, pero la música, el ruido desafiante de la casa, deja las palabras en cine mudo. Boleslao, de pronto, se siente aislado con su vat, separado de la joven pareja por la música, solo en el domingo. Ni siquiera se ha quitado el abrigo. Boleslao se le viene encima a Boleslao. De pronto, la chica ríe con la risa oscura de sus dientes de sombra, con la risa falsa del has. Levanta sus piernas para reír y deja caer una, la izquierda, sobre las piernas cruzadas de Boleslao. Boleslao se estremece y luego tiene una grandiosa y discretísima erección. Sin duda, aquello no significa nada, pero Boleslao mira el fondo del vaso, como en el café/bar, y luego mira la pierna de la muchacha. Es una pierna adolescente y prolongada, transparentada por una media negra. No, la media no es negra. La media es una transparencia sin color, una transparencia tentada por lo oscuro, como el humo o el cielo nocturno. Boleslao no bebe para no moverse, no sea que el movimiento le lleve a la chica a retirar la pierna. Boleslao ve el arranque del muslo, bajo la falda. Le marea un poco esa mínima plenitud casi infantil que el muslo promete. Luego baja la vista, sin mover jamás la cabeza, hasta el zapato negro, de tacón de aguja, hasta el pie sutilísimo. Lo daría todo (no tiene nada) por quitarle a la muchacha el zapato, por contarle los dedos de los pies a través de la media, el mínimo y tierno rebaño de dedos. Luego olería y besaría el zapato por dentro y por fuera. José López y la muchacha (mejor que no tenga nombre) siguen unidos por el has, sólo por el has, enredados en una conversación que no existe, que se tragan, apenas nacida, los colectores de la música. Boleslao, con todos los años que le pone y le quita el whisky, tan lejos de la pareja, mira un tobillo que está entre el estradivarius y la cabra, un tobillo donde la piel blanquea sobre el hueso, apenas redondo, casi oval, casi ojival, menudo. Boleslao empieza a sentir el calor de la pierna sobre el calor de sus piernas, y entonces le vuelve la erección. Ya no hay domingo ni edad ni erizos ni música ni gente ni perro. Sólo una abandonada pierna de muchacha. La muchacha ha retirado la pierna. Con la misma naturalidad o inconsciencia con que la colocó. Pero es cuando Boleslao se queda definitivamente solo, solo en el domingo. El calor de la pierna de la niña aún dura entre sus piernas, repentinamente frías. Boleslao, en fin, se concentra y reconcentra en el vat. Y piensa en su casa. Porque está solo. Auténticamente solo. Históricamente solo. Su casa. Un altillo por el barrio de Salamanca, una sola pieza, con una ventana al sur, un lavabo/ducha, o polibán, o como se llame eso, y nada más. Boleslao, de pronto, necesitaría volver a casa. Cuando está en casa, necesita urgentemente salir a la calle, a la gente. Es el continuo, complicado y sencillo juego de su vida. Ya no le queda otro. Cuando la casa quiere estrangularle, se va a la calle. Cuando la calle le expulsa de sus amplitudes minerales, se refugia en casa, bebe y duerme.

La casa de Boleslao es, sí, un ático en el barrio de Salamanca, en una de esas calles que suben de oeste a este, entre fruterías pulquérrimas y pescaderías aztecas. Género fino para la clientela cara del barrio. Boleslao, por la mañana, se sienta en el ventanal y mira las ventanas de enfrente (la calle es estrecha), por si sorprende las piernas de alguna criada.

Cuando el sol está en el Sur/mediodía, Boleslao, que ha bebido whisky con agua del grifo, lentamente, hasta reunir la dispersión interior en algo parecido a una persona, baja a la calle a comer. Cerca de su casa cruzan unos grandes bulevares con castaños, bancos y niños bien que juegan protegidos por la vigilancia de sus añas/ayas, todavía con el uniforme planchado en blanco de la servidumbre y unas monedas de Don Amadeo por pendientes. Boleslao come en un tabernón de albañiles y chóferes de casa grande. Hay muchos tabernones como ése por el barrio de Salamanca. Dice un filósofo que la biología no da el rey, pero da el lacayo. Los lacayos

necesitan comer en algún sitio, cuando no comen la sopa boba del noble, y en esos tabernones come Boleslao.

La casa de Boleslao tiene un portero cojo, unos inquilinos solitarios, de apartamento, que dejan la puerta abierta, unas extranjeras que llenan la casa de velas y tartas por cualquier cosa (Boleslao ha tenido que acostarse con alguna, desganadamente —son maduras—, en pago de la tarta), y putas finas que no dan razón a nadie de nada. El inmueble de Boleslao es el Titanic que se hunde y lo sabe, y todos se miran en la escalera o el ascensor con el amor y la desesperación de viajar juntos en ese Titanic que es la vida.

Boleslao, sí, almuerza los días de diario con los albañiles que están reestructurando el barrio de Salamanca. En seguida se quita el abrigo de espiguilla, para que no le tomen por un señor, y se sienta en una mesa larga de madera, cualquiera de las mesas (hay que compartir las mesas, y esto le alegra a Boleslao, le cura por un rato su soledad), ocupada por albañiles, fontaneros y acuchilladores.

Los criados de casa grande, aunque parezca que no, se sientan en mesa aparte, como una aristocracia que son, para hablar mal/bien de los señores y señoritos. Boleslao prefiere a los albañiles. A Boleslao le hubiera gustado ser duque, pero no chófer de un duque. Allí almuerzan un cocido barroco, seguido o precedido de una ración de morcillas, incoherentemente acompañado de unos callos a la madrileña, rubricado por unas densas copas de coñac. Boleslao se mete todo aquello, que es muy barato (precio de albañiles), para luego subir a casa a dormir la digestión y matar así una parte de su interminable y ocioso día. En cuanto a la conversación, lo que más molesta a Boleslao es que los albañiles le tratan como un señor. Como un señor arruinado, sin duda. Y toma nota de sus dichos. Lo más brillante que tienen los albañiles son sus conversaciones técnicas. Hablan como pintores abstractos, como Tápies: «Lo que hay que meterle al enjalbegado es más muñeca y al encofrado más simetría.»

Luego está la conversación sobre temas generales. De hablar como críticos de arte, los albañiles pasan a hablar como sociólogos baratos. La sociología les va menos, claro. De la sociología se limitan a ser víctimas. «O suben el sobre o volvemos a los chicharros.» Hasta que surge la frase barroca, con ese barroquismo natural del pueblo, que a Boleslao le exalta hasta el punto de que la anota, sin saber por qué ni para qué:

—No te envicies, macho, con el papel moneda.

(Esto, al que cuenta y recuenta su salario.)

Boleslao vuelve a casa lleno de la conversación y la vida (vidas sin angustia, vidas vividas, sin sombra de pensamiento) de los albañiles. Ya no es nadie en la burocracia, sólo un jubilado prematuro, pero en cambio ha tomado contacto directo con la realidad inmediata, y esto le conforta: lo malo son los domingos, claro, pero el domingo está lejos, o cerca, en las piernas de cebra joven de esta/aquella muchacha. Boleslao invita a un coñac final (coñac malo) a los albañiles, o le invitan ellos a él (el pueblo es generoso con la burguesía venida a menos, que para ellos es aristocracia), y se da un paseo refrescante hasta casa. En casa se deja caer sobre el colchón, con el abrigo puesto, y duerme inmediatamente, profundamente, largamente, brutalmente.

—Bajo a la ferretería a comprar puntas para clavar los cuadros que me faltan —dice José López, poniéndose de pie en la cama.

—Los domingos no hay ferreterías —dice Boleslao, volviendo adonde está.

—Eres un viejo pequeñoburgués. Crees en el domingo. Yo sé dónde encontrar una ferretería.

José López da media vuelta y se va, quizá dando un portazo, pero los portazos no suenan en esta casa sonora de música. Boleslao le va a decir a la muchacha que si quiere un vat, pero se contiene a tiempo. Estas muchachas con dientes de sombra y piernas de estradivarius/cabra no toman vat. Es ella la que se está haciendo otro petardo (se ha incorporado en la cama) y le ofrece a Boleslao. Boleslao mira cómo la

niña quema el material con sus dedos de arpa, cómo pasa la lengüecita de gata por el filo engomado del papel de fumar, cómo retuerce suavemente los extremos del pequeño envoltorio, cómo prende la cosa, manchada ya del carmín innecesario de sus labios, y aspira profundo, y fuma profundo, y vive profundamente. La muchacha tiene la falda por la cintura, las piernas cruzadas a lo moro, como ahora el propio Boleslao, y, entre las medias/leotardo hasta arriba, le asoma el pico rojo de la braga.

La muchacha le pasa el porro a Boleslao con un gesto entre indiferente y cómplice. Boleslao se hace un pequeño lío con el porro y el vat, por fin posa el vaso en el suelo, fuma como sabe o no sabe, se deleita sobre todo con el carmín de los labios de ella, hasta haberlo chupado entero, y luego le devuelve la cosa a su nueva amiga.

—Para ser un retablo, te va el material —dice ella.

Boleslao no dice nada. Boleslao no está gustando el humo del petardo, sino el carmín de ella. Qué lejos y qué cerca uno del otro, se le ocurre pensar, avergonzándose de sí mismo como siempre que piensa una obviedad.

—Qué risa, te has manchado los labios de mi carmín —ríe la chica—. Es como si te hubiera dado un beso.

—Por qué no me lo das

—El qué.

—Un beso.

La chica se encoge de hombros como ante un capricho raro, se inclina hacia él, le coge la cabeza con ambas manos (qué inconsútiles manos sin peso ni presión) y le besa en la boca. La bellísima criatura tiene los dientes casi podridos. Boleslao hubiera querido pasar la lengua por toda esa joven podredumbre. La podredumbre de una muchacha puede ser afrodisíaca, como su cuerpo muerto, incluso. Lo que cuenta no es la salud ni la enfermedad. Lo único que cuenta, se dice Boleslao, es la edad. Se puede adorar a una sifilítica de quince años. Se puede no sentir nada por una saludable hembra de cuarenta. Mientras siguen con el comercio del porro, que a la chica le ha quedado un poco trompeta, Boleslao comprende que su droga no es el whisky, sino la adolescencia femenina, incluso la infancia. La chica, para qué preguntarle el nombre, tiene boca de sombra, fina nariz judía, ojos bellísimos y oscuros de loca feliz o de tonta lúcida. Boleslao comprende que acaba de enamorarse.

—Hacía mucho que no besaba a un viejo.

—Lo siento.

—No, si me ha gustado. Sabes besar.

—¿Y José López?

—Ah, ése. Quizá no vuelva en toda la tarde. Se abre cuando quiere. Ahora le ha entrado lo de los clavos como podía haberle entrado otra.

Boleslao empieza a pensar que José López les ha dejado solos deliberadamente, en el fondo de aquel tormentón de música. Acaricia sin agresividad la rodilla izquierda de la muchacha, que es la que tiene a mano. Fina rodilla de geometría musical, impensable ojiva de reseda y hueso, delgado ápice de una anatomía que se está imaginando aún a sí misma, que se está haciendo. Adorable esquelatura viva, tan pensada y extremada por la conciencia general del cuerpo, amor, amor.

Boleslao, llevado de una erección creciente, como siguiendo lo que indica la flecha, se pone en pie y se desnuda casi por completo, frente a la muchacha, sin quitarse el abrigo de espiguilla. La muchacha, sin abandonar el has, advierte lo que está haciendo Boleslao y comienza a desnudarse, por su parte, con facilidad, pero sin prisa. Los zapatos de tacón de aguja vuelan por el aire como dos golondrinas improvisadas y caedizas. La chica se baja el leotardo negro, levantando el culito del colchón, se saca la braga, en una postura casi gimnástica. El leotardo negro vuela como una viuda condenada a la hoguera y la braga, mínima y roja, como un loro del Caribe.

La arquitectura adolescente, la ingeniería blanca de un cuerpo que a Boleslao se le

ofrece desnudo hasta la cintura. La gracia infantil del ombligo. El vello, inesperadamente adulto, del pubis. La muchacha sigue con su porro/trompeta (siempre le quedan un poco trompeta). Boleslao, en fin, se tiende sobre ella, la besa en la boca, más profundamente que la primera vez, juega con su lengua, que es como una lagartija estilizada y caliente, fresca y vivísima, por entre la podredumbre de los dientes, respira en la boca de ella el perfume oriental e íntimo de la droga, sólo a través de la fina tela disfruta/posee los senos casi ausentes de la muchacha, justo lo que le gusta, porque los pechos grandes siempre le remiten a su función mamaria, y eso le deserotiza. Penetra, sí, *penetrasí* a la niña, que tiene la vagina estrecha, pero fácil. Ella responde sabiamente a todo el juego sexual, que Boleslao prolonga, pues que a su edad, como le dijera un amigo culto, «se es demorado en el trance». A Boleslao le molesta un poco que ella, en plena función/fruición, siga fumando.

Primero lo ha encontrado *joven*, nuevo, orgiástico, hasta que lentamente se va dando cuenta de que la chica está siendo poseída por el porro y no por él. Boleslao, en todo caso, insiste en sus variedades fornifollantes, con los ojos cerrados, ahora le acaricio el clítoris con el glande, ahora se lo hago muy superficialmente, ahora profundo, ahora de costado, ahora con el costado derecho del falo (el falo siempre tiene un costado más sensible que el otro), ahora con el costado izquierdo, ahora a fondo, salgo, entro, subo, bajo, la chica sigue fumando, Boleslao abre un ojo a veces, para controlar, y la chica sigue fumando, con los ojos abiertos y brillantes, con los ojos puestos rítmicamente en la música, o lo que sea, que hincha la casa. Boleslao, que esperaba una conquista, una seducción, un coito de amor (en este momento está cósmicamente enamorado), se resigna a un mero desahogo dentro de una vagina joven que se le brinda tan generosa como indiferente. Esta chica es tonta o frígida o lesbiana o está bloqueada por la droga. O yo no le gusto, no le intereso, no la excito, claro. Entonces ¿por qué se deja?

La chica fornifolla entre la música y el has. Boleslao fornifolla dentro de la chica, aforrado de chica y nada más. Es la diferencia. Boleslao sabe, naturalmente, cómo clama una mujer en el orgasmo, y cómo clama la que no tiene orgasmo (la que quiere fingirlo o la puta). Pero las de hoy, ya ves, se conoce que ni siquiera se molestan en fingir. El amor es una cosa que se hace como se hace un poco de gimnasia por las mañanas. Dicen que el riego espermatozoico es bueno para la mujer. Pues venga, un poco de riego. (Ellas dicen mucho eso de «venga».)

Boleslao tiene un orgasmo completo, largo, satisfactorio. Ha decidido terminar el diálogo sexual, puesto que no hay diálogo. En nombre del honor, se hubiera levantado del jergón sin eyacular y se hubiera ido dignamente. En nombre de la higiene, sabe que una eyaculación es la mejor limpieza para la próstata, y a su edad hay que empezar a cuidar la próstata. Por eso eyacula, y por poco más. Tiene en la boca tres perfumes: la podredumbre adolescente de la niña, el olor de la droga y el sabor de la lengua fresca por un lado y caliente por otro (como una hoja de árbol a la que le da el sol siempre por el mismo sitio) de la muchacha.

Se pone en pie, se viste dentro de su abrigo, sin mirar para su amante. ¿Su amante? Se peina con los dedos el escaso pelo.

Le entra la timidez de mirar a la chica, pero, cuando lo hace, resulta que la chica está liando otro porro. Le sonrío con su risa púber, deliciosa y podrida. Boleslao también intenta sonreír.

—Adiós, oyes, tengo que irme.

—Vale.

La muchacha se queda en la cama, desnuda de medio cuerpo, secándose los licores sexuales con el borde de la falda, fumando has. Boleslao mira sus pies finos, entre infantiles y góticos, adorables, da media vuelta y se va sin decir más. Cierra de golpe la noble puerta ultrajada. Ya es un alivio, en la escalera, que huele a la cosa docente de las academias, alejarse del ruido de la casa loca de José López. En la calle, el frío

eterniza un crepúsculo literario a lo lejos, dominical y populoso en lo inmediato. El frío traspasa alegremente a Boleslao, le limpia por dentro y por fuera, le refresca, le aleja infinitamente del whisky y de los dientes podridos de la muchacha, de una muchacha, de cierta muchacha. Camina despacio por los grandes bulevares, de los que ha vuelto a tomar posesión la humanidad. El coito con la niña ha sido la grieta definitiva que le separa de todo. De modo que hay una generación nueva que hace el amor porque da igual, que prefiere la droga, o lo que sea eso, al sexo. De modo que hay niñas que se entregan porque les da lo mismo, porque hay que dejar desahogado a un amigo, o al amigo de un amigo. De modo y manera que ya no le queda ni el sexo. O el sexo con dos alternativas: la madura apasionada y deprimente o la niña simpática e indiferente. El coito con la muchacha sin nombre le ha desgajado de la vida. Soy un solitario, soy un acabado. Hoy follan de otra forma o ni siquiera follan. Yo habría conectado con ella, quizá, habría dado «buenas vibraciones», como dice el gilipollas de José López, si hubiese estado también reventado de has. Nos separaban el has y varias generaciones.

Yo sé que a toda mujer se la aniquila mediante su propia capacidad de orgasmo. Así he ido defendiéndome en la vida. Mas he aquí que hay una nueva juventud que está follando desde los trece años, con más asiduidad que sabiduría, y que se entrega por cortesía, como las de antaño tocaban un poco de Chopin, a las visitas, también por cortesía. Pero ignoraban el piano como éstas ignoran a los hombres (se dice Boleslao un poco vengativo). Sólo me quedan las putas, que me deprimen, y las maduras, que me proporcionan una especie de masturbación melancólica conmigo mismo. Pero yo era un solista de la mujer, lo mío era tocar el arpa femenina como el Zabaleta ese que dicen los periódicos, llevar a la mujer a su éxtasis, a su mística, a su santateresismo. Todas son, o eran, unas santateresas del sexo, incluida santa Teresa.

¿Y ahora qué? Ahora las de mi edad no me gustan y las niñas (dado el alto porcentaje de frigidez femenina) necesitan el has para follar. Total, que acaban follando con el has y no con uno. O con lo que sea, con lo que tomen.

Boleslao, que acaba de acostarse con una menor, no se siente triunfador, sino que piensa que ese polvo ha sido, quizá, el último de su vida. Una negativa de la muchacha le hubiese dejado más tranquilo, estaría dentro de su sistema (caducado) de valores. Pero una condescendencia indiferente le humilla más y más a medida que lo piensa. «Sólo la necesidad cuantitativa de eyaculación me ha impedido irme antes de tiempo, dignamente», se dice. Camina despacio y erguido, «generacionalmente solo», piensa, camina entre la gente del domingo, entre el domingo populoso de gente, como si llevase un sombrero en la mano, como el caballero que se ha quitado el sombrero para que el viento del atardecer le refresque las ideas. Sabe que así es como le ven los que le miran, si es que alguien le mira.

BOLESLAO entra en un café de los bulevares cuando ya es de noche. Es lo que antes se llamaba un café de artistas. Un café de terciopelos usados, de carmesíes podridos, de maderas nobles y gastadas (lo que ya no se encuentra), de espejos inmensos (hay otro café dentro de cada espejo) y camareros ancianos. Ha llegado el momento en que Boleslao necesita otro whisky, y que no sea vat, por favor. Boleslao no piensa nada, pero sabe que en este viejo café siempre se encuentra un buen whisky y un buen amigo o mal conocido, que para el caso sirve lo mismo, o sea, para charlar de nada mientras se bebe. No es él, sino su costumbre, quien entra en este café.

Entre las mesas, las columnas (finas, estriadas y sin gracia), los camareros y los espejos, bajo los globos de luz (un siglo XIX en cada globo), se sienta y asienta un público de domingo, muchas viejas, algunas familias, incluso niños que juegan por los pasillos que el café no tiene. En la barra, de pie (no hay banquetas), tres filas de bebedores, de habituales, o sea otro público, los de todos los días, empujados por la alta marea dominical contra el mostrador: pintores, poetas, escritores, cómicas, artistas, homosexuales y adolescentes a la conquista de la capital. Boleslao, desde la tercera fila de bebedores, pide un chivas con agua levantando un brazo a la atención del barman:

—El whisky dicen que mata, Boleslao.

Boleslao se vuelve hacia la voz irónica. Es Agustín, un viejo y vago conocido de su edad, más o menos, pero de aspecto más juvenil, porque es muy delgado, bajo, y conserva algo del chico de Colegio Mayor que fue. Boleslao, desde su altura, puede verle la calva oculta bajo un pelo colegial y bien despeinado. También le ve, de frente, la nariz que empieza a ser de un rojo alcohólico, y la barba que se ha dejado, rubia y cana (tiene los ojos castaño claro, rubio). Es pintor abstracto.

—El whisky mata, o hace como que mata. Lo que mata es vivir. Lo que mata es la vida y hay que ayudarla un poco, siempre que inviten los amigos.

—Estás invitado al primero, Boleslao. Por cierto, que siempre me ha parecido que tienes nombre de rey goda, aunque he mirado la guía telefónica de los reyes godos y no vienes.

Agustín, hombre sin aura y pintor sin gloria ni dinero, se explica siempre mediante el humor o la ironía. La ironía es el lenguaje natural de los irónicos. Él no hace ningún esfuerzo para quedar siempre ingenioso. Ningún ingenioso lo hace. Boleslao se ha preguntado a veces cómo (sólo se encuentran en este café, y poco), yéndole tan mal las cosas, es siempre tan divertido. En seguida ha decidido Boleslao que la ironía no es una consecuencia del fracaso (sería la respuesta fácil), sino que se da, como alfabeto natural de una persona, al margen de cómo le vaya en la vida.

—¿Nos sentamos?

Boleslao ya tiene su whisky.

—¿Dónde?

—En este café sólo puede uno sentarse cuando no hay sitio. Si te sientas cuando está vacío, te miran como a un pobre que ha venido al calorillo. Los camareros ni te sirven. Entre unas ancianas que hacen la digestión de la merienda y unos novios que se meten mano, los dos hombres encuentran un hueco en un sofá, bajo uno de los grandes espejos.

—Bebes más de lo que bebías.

—Bebemos más de lo que bebíamos. Pero explícame lo de tu nombre.

—San Wenceslao y san Boleslao eran dos niños como rusitos o así, que me parece que murieron en un trineo, entre la nieve, y no sé por qué razón los santificaron. Lo leí en el santoral de mi abuela, pero ya no me acuerdo.

—Pregúntaselo a tu abuela.

—Vete a la mierda.

Boleslao tendría que preguntarle ahora a Agustín por qué bebe más de lo que bebía,

pero no se atreve, y además ya lo sabe. A. no ha triunfado y eso lleva al alcohol o a la derecha. Como A. es un señorito de Colegio Mayor (lo sigue siendo, sí, pasados los cincuenta), bebe vino tinto, se emborracha de vino tinto:

—No me digas ahora aquella cosa machadiano/campoamorina del «vino amargo de las tabernas». —¿Tampoco eres ya de Machado?

—Ahora soy de Campoamor.

Tras esta última boutade, A. se queda silencioso, se ensombrece un poco, pide más vino —«el vino bueno lo dan en los cafés; en las vinaterías dan agua»—, se rasca la barba, se coloca un poco el pelo, mira al vacío, aunque en el café no hay vacío posible.

—Nos conocemos hace muchos años, Boleslao, pero hasta ahora no había sabido que eres un niño rusito y elevado a los altares. Eso te hace más tierno, más íntimo, más amigo, y me anima a contarte cosas. O a preguntarte algo. ¿Por qué nos ha ido tan mal en la vida, Boleslao? Tú tienes talento, se te nota hasta en la manera de pedir el whisky. Yo estoy haciendo una obra incansable, y nada. Tú sigues en tu oficina y yo...

—Me he jubilado.

—Peor. Tú sigues en tu oficina y yo no vendo un cuadro ni intereso a los críticos. ¿Acaso es que soy malo, peor que otros?

—No entiendo de arte, ya lo sabes. Y menos de arte abstracto.

—Cuando nos conocimos, en este mismo café, yo era joven y estaba soltero. Lo mío tenía un porvenir. Claro que mi padre estaba en un cargo político y me proporcionaba murales para diputaciones, sitios oficiales y así. Pero yo me dejaba engañar. Uno, de joven, se deja engañar, se deja llevar por la ola, no se para a distinguir, no quiere o no sabe. Ahora voy al Rastro y a las prenderías, compro maderas viejas, muebles viejos, cosas, un aparador, un perchero, lo que sea, y lo trabajo en casa, conozco todas las técnicas, a la madera le aplico fuego, la limo, la raspo, la rompo, la pego, la encolo, le echo ácidos, estoy sobre la cosa días y días, hasta que tengo el espectro irónico y mortal de lo que fue el mueble. Me parece que hago poesía. Ya sabes que he leído y leo mucho a los poetas. Tengo chivas en casa, te doy chivas en casa, vente a ver lo que hago, necesito enseñárselo a alguien, ya sé que no entiendes, pero eso es lo que me interesa, eres el hombre de la calle, a ver qué dice el hombre de la calle.

—Yo...

A. bebe vino, pero buen vino, sí, y eso parece que le da mucha marcha, porque se levanta, va a una esquina del mostrador, paga, hale, venga, vamos, estás invitado, vale, y así saludas a Andrea, una vez te la presenté aquí, y conoces a mi hija, está muy crecida, lo bueno de ser bajo es que los hijos en seguida te parecen muy crecidos, A. está lo suficientemente borracho (lúcidamente borracho, siempre) como para coger un taxi, ignorando el autobús y el Metro, el taxi les lleva a otro de los barrios viejos de la ciudad, un barrio con olor y color de siglo XVII, un barrio sin monumentos ni grandezas, pero que es como la herrumbre del XVII, lo sobrante de un siglo, el orín del Barroco, la prendería de Quevedo y Lope.

A. ha apelado al conocido recurso de comprar un piso viejo, grande y complicado, para llenarlo de arte funcional (buen gusto del contraste), lo que de paso sirve para vivir en el centro por menos dinero y hacer una vida *más de artista*. Cuatro pisos a pie, cuatro pisos de escalera no de caracol, sino de versión cubista —quiebros, esquinas— de la escalera de caracol. Boleslao recordaba a Andrea como una muchacha mínima y bellísima, una cosa así como K. Hepburn en sus buenos tiempos, un ápice de feminidad e inteligencia, un amor. Andrea está igual, pero con una huella de humillación o agresión en el rostro. No son los años, no es la maternidad, no es nada. Boleslao comprende de pronto lo que es. Es el fracaso del marido, del artista. Cómo se marcan estos fracasos en las mujeres de los fracasados: más que en ellos mismos. La mujer es una arcilla más sensible. Boleslao se alegra de no haberse casado nunca y luego le da vergüenza esta alegría.

La niña está en el cine, es ya una moza.

Cuadros y cuadros, fantasías de la madera, abrumación de los colores, respiración de la pintura, alma del barniz, cuadros en el living, en el comedor, en los dormitorios, en los pasillos, en el vestíbulo, en los baños, en la cocina, siempre cuadros, sólo cuadros invendidos, invendibles, quizá un cuadro solo quedase curioso y gracioso, la repetición infinita y casera asusta, marea, se impone, da miedo, da asco, cansa, rechaza o amenaza como un monstruo barroco, aburre: se ve que la casa no ha hecho la digestión de la pintura, todo se le ha quedado dentro a A. y todo se le ha quedado dentro a la casa.

Lo malo de un fracaso es que tapona la vida, cierra otros posibles caminos hacia el éxito. Boleslao, sentado al fin en un sofá y con el prometido chivas en la mano, respira ese algo de digestión mal hecha que tiene la casa, pasillos como un intestino que no acaba de digerir tanta invención gratuita. Boleslao no sabe si todo eso es bueno o malo, pero sabe claramente que la obra se ha vuelto contra su autor, que le está devorando, que le va a matar antes que el vino, que la obra de A. crece como un monstruo muerto y vivo que puede tragarse a toda la familia.

A., de pie, con la botella de vino en la mano, habla de sus cuadros, los explica, se pasea, hace ironía, autoironía, pero Boleslao ya no le escucha (Andrea ha desaparecido en las habitaciones interiores, aunque todas son interiores en esta casa), Boleslao, por aliviarse de la indigestión de pintura, mala o buena, está pensando en su oficina, aunque no tenga nada que ver, en cómo era su oficina, siempre la mesa limpia, los papeles ordenados, un documento detrás de otro, nada de acumular el trabajo. Boleslao tenía un sentido simétrico, casi estético, del trabajo. A él no le diría nada el nombre de Mondrian, pero Boleslao era un poco el Mondrian de la burocracia. Por las mañanas, nada más llegar al despacho colectivo, a las nueve en punto, Boleslao sacaba un pañito de un cajón y limpiaba el cristal de la mesa, el teléfono, los palilleros, las plumillas, el cenicero (entonces fumaba), el lomo de los libros de contabilidad. Boleslao limpiaba todo lo que había limpiado una hora antes la limpiadora. Boleslao tuvo siempre horror al desorden, un miedo antiguo e inmotivado al caos del mar, de las ciudades, de la vida, cuando a la vida se la deja enlazar y enfangarse. Otros funcionarios tenían su mesa de trabajo confusa de papeles, vivían confortablemente en el desorden, aparte de que hicieran su trabajo mejor o peor. Boleslao siempre se consideró un cobarde por su manera de agarrarse al orden, como el niño se agarra a las faldas de la madre. ¿Y ahora, cómo es Boleslao, cómo soy yo ahora? Yo no soy artista, pero jamás hubiese llegado a la confusión y la acumulación en que vive A. Habría quemado todos los cuadros cada tres meses y habría empezado de nuevo. Boleslao no lo sabe, pero lo que le pasa es que no cree en la vida acumulativa. Siempre ha temido ser devorado por la vida, esa cosa de mil bocas y mil cabezas. No se atreve, naturalmente, a aconsejarle a su amigo que quemara toda la obra de tantos años y empiece de nuevo. Puede que ese afán de conservación, de apego a lo inútil, sea también cobardía, otra forma de cobardía, la forma opuesta. Boleslao toma un trago de su chivas y piensa que, precisamente, si él bebe (desde que le jubilaron) es por todo lo contrario que bebe la gente. La gente bebe para dispersarse y Boleslao bebe porque el whisky le resume, le reúne, le simplifica el caos y la multiplicidad interior, le aclara las ideas y le ordena los años y hasta el cuarto, que suele tenerlo (desde que le jubilaron, claro) más bien desordenado, aunque Boleslao es un hombre ligero de equipaje y en su vida hay poco que desordenar. Casi se siente aliviado de no ser artista y de no tener a su espalda una obra tan pesada, acumulada, diversa, polvorienta, exigente, mareante, como la que tiene A. Cuando se fue de la oficina, Boleslao dejó la mesa limpia, los cajones vacíos (les sopló el polvo, la pelusa y las miguitas de pan mineralizadas). Dejó el teléfono como recién instalado (de un negro como dado de betún), la escribanía en orden y los libros de contabilidad (era una oficina antigua)

simétricamente ordenados y con el último asiento escrito en su mejor letra.

La vida devora, la vida come de uno, la vida es la selva virgen. Boleslao siempre ha sentido eso a su espalda. Por esta razón no se casó. Siente que la mujer es la vida, la naturaleza, el caos. La mujer prolifera, da hijos y muebles, pare niños, perros y consolas. Boleslao no se casó por miedo a la proliferación. Siempre ha preferido la aventura ligera, venal o banal, pero limpia, sin consecuencias. Siempre ha tenido la sensación de dejar atrás una mujer tentacular, de dejar atrás un peligro, como cuando se sale de un bosque. No sabe si es miedo o es higiene. Higiene mental. No sabe nada, Boleslao, pero su existencia, que, desde que se jubilara, se le antoja turbia y arrastrada, le parece ahora sencilla y casi luminosa, por contraste con la casa de A. Es miedo, sí, o es higiene. Higiene mental. Ante estos cuadros que no entiende, Boleslao se siente más cobarde que nunca: aquí está la vida y el trabajo de un hombre, su cuerpo y su alma, su imaginación y su tiempo. Una inmensa excrecencia que no sirve para nada, salvo que es una biografía exteriorizada. Boleslao piensa que todos llevamos dentro esta manigua de formas absurdas y devorantes, sólo que no las expresamos jamás y nos van comiendo por dentro. A A. se le van a comer desde fuera. Todos los hombres somos iguales, yo también llevo dentro todo eso que no entiendo, esos colores y esas formas, esa monstruosidad que se alumbraba a sí misma sin cesar. Lo que pasa es que el artista la expresa, bien o mal, y se libera. Y yo no tenía otra defensa que la bayetita para pasarla por los plumines y por el lomo de los gruesos libros contables. La higiene es un terror ante la vida. Yo antes era más higiénico. Ahora me va dando un poco igual, lo que quizá supone que estoy madurando, qué risa, a estas alturas. Puede ser, entonces, que A. esté en lo cierto. Vive rodeado de todo lo que no vende porque esto no es sino el cáncer que llevaba dentro, y cada día se saca su cáncer de las entrañas, para que no progrese. Pero que lo quemé, coño.

—¿Y el día que no te quepan los cuadros en casa?

A. se encoge de hombros y sigue teorizando. Está ya bastante borracho, pero sobre todo está borracha su nariz, una nariz entre correcta y descarada. Pobre chico de Colegio Mayor, pobre hijo de papá, pobre y eterno colegial que se libera así, pintando, de sus miedos interiores, de su caos infantil, pero, como no le compran lo que pinta, toda esta mierda vuelve a él y vive en una digestión/indigestión continua.

Quizá el vino le ayude a digerir.

—Bueno, yo me voy. Despídeme.

—Espera, que me voy contigo, si no te importa. Aparece Andrea.

—¿Vas a volver a irte?

Evidentemente, Andrea no quiere que su marido vuelva de madrugada, borracho.

—Está al llegar la niña.

—Sólo es acompañar un poco a Boleslao. Me vuelvo en seguida.

El Museo del Fracaso les acompaña hasta la puerta. Boleslao hubiera preferido irse solo. Yo estoy acabado, se dice, pero éste me parece que está peor que yo. Yo no dejo nada detrás de la última copa, pero éste lo deja todo alrededor, como si hubiera echado las tripas. Todo es pintura que se borra y madera que acabará siendo leña.

Ya es de noche en la calle y Boleslao respira bocados de oscuridad profunda y pura. Siempre me ha parecido insano eso del arte, se dice.

—¿Tomamos la última?

—Claro.

SE han ido en autobús hasta la parte alta de la ciudad, donde están los rascacielos experimentales de los Bancos y los clubs íntimos de las putas caras. El autobús es una cosa lúgubre y dominical, un conjunto de criadas que vienen del baile o van al baile, señoritas de medio pelo que vienen del baile o van al baile, novios que se besan en los asientos y familias enteras colgadas de una barra metálica, con los niños en lo alto, tocando el techo del vehículo, como ángeles barrocos, o en lo profundo, llorando en el suelo. Boleslao y A. experimentan un alivio al dejar el autobús, aunque no se lo dicen uno a otro.

—Puach.

Y respiran el aire de la calle, se supone que otoño (el autor ya no se acuerda), la luz del anochecer, que es algo así como la diosa del fuego, ya en la menopausia, luz que asoma apenas por sobre los rascacielos azca, que van dejando de ser funcionales y están entrando en el manierismo del laconismo, como dice A., de pronto, con una de sus frases de escritor, tan superiores siempre a su pintura:

—Esto es ya el manierismo del funcionalismo.

Azca es el manierismo del funcionalismo. Boleslao toma nota mental de la frase. Por eso le gusta a Boleslao, funcionario jubilado prematuramente, emborracharse con artistas y punkis: porque aprende cosas. Hasta se hace la ilusión de que él podría haber sido algo más que contable. Han paseado entre calles de grandes almacenes cerrados y heladerías absurdas y optimistas en esta época del año, todas de cristal: un inmenso cubo de cristal, impetuoso del color de los helados (cuando se consumen más helados es en invierno: la humanidad es así), color fresa, color frambuesa, color naranja, color dentífrico, colores inéditos de la heladería italiana importada, más allá del ocre, del rosa, del cadmio, del fucsia, del blanco, que no es color. Han paseado en el clima frío, azulmarino y terroso de noviembre —¿noviembre?—, y ahora se detienen a la puerta de un club íntimo de putas caras (de un club caro de putas íntimas). En la acera hay un gigante rubio agachado en torno a una moto con ruedas de juguete. Boleslao reconoce al gigante.

—Hans.

—Boleslao.

Hans pone en pie sus dos metros largos de altura y abraza a Boleslao. Querido viejo, querido Hans. Hans es un gigante rubio y alemán, mecánico, maduro y adolescente, un solitario como Boleslao (un solitario como tantos alemanes, más bien). Han vivido y bebido mucho juntos, pese a que Boleslao es como una generación mayor que Hans. Se conocieron, hace muchos años, en otro club caro de putas íntimas, en otro club íntimo de putas caras, y se entendieron en seguida, nadie sabría explicar por qué: las mujeres, el alcohol, la soledad. Quizá sean éstas las tres claves que lo explican todo y no explican nada.

A. curioseosa la moto roja y diminuta, de ruedas decididamente graciosas, de tan pequeñas. Se agacha junto a ella y camina agachado en torno de la máquina, como antes el dueño, Hans. Sólo que A. es más bajo y le queda todo más a mano. Boleslao le llama y los presenta. Hans se explica:

—Nada, que la moto pierde aceite y la estoy curioseando un poco.

—¿Me dejas dar una vuelta en ella? —dice A., levantando su nariz pugnaz en la actitud más impertinente de las varias actitudes que tiene su nariz, como todas las narices.

—Venga. Por supuesto. Te esperamos adentro tomando una copa.

Hans siempre fue un alemán liberado de germanismos herméticos, que aprendió muy bien el castellano (con la ayuda de Boleslao), y que vive en España de su gran intuición para la técnica y los motores. A. se aleja en la moto diminuta, de ruedas infantiles, petardeando graciosamente (al humorismo natural de A. se añade lo circense de la moto).

Boleslao y Hans penetran en el club, que se llama nada menos que Cherezade, escrito

así, y que es como un pasillo o un vagón de ferrocarril de lujo, con luces bajas, hilo musical, una densidad de humo y clientes machos con su machismo ostensible, en el que se mueven, como angulas o anguilas, las jóvenes y sabias meretrices de colores, jugando a los dados, haciendo cambiantes tertulias, ignorando dignamente a los clientes, para mayor misterio, fascinación y precio.

Hans y Boleslao se sientan en un hondo diván, piden de beber y hablan. Hans sigue siendo el ario puro que vino a España hace treinta años, ni él sabe por qué, y se quedó. Quizá lo abierto del país compensa su natural y torturante hermetismo. Hans tiene el pelo rubio y el infantilismo de todos los gigantes. Boleslao comprueba que Hans va perdiendo pelo. Hans tiene los ojos azules y la cara como deshecha en ese esfuerzo, no logrado, por pasar del niño al hombre, una cara que seguramente enternece a las mujeres, piensa Boleslao. Hans ha tenido muchas amantes en España, pero sigue siendo un solitario. Cuando ambos eran más jóvenes, se iban juntos a la caza de la mujer. De eso hablan ahora. Hans tiene los ojos azules y una boca que sería más sensual si no siguiese siendo infantil. Hans, cansado de las mujeres, se ha refugiado en las máquinas. Boleslao, cansado de las mujeres, se ha refugiado en las niñas, o sea en lo imposible. La imposibilidad de las niñas es su coartada.

Beben, ignoran a las muchachas excesivas y perfumadas que de vez en cuando les rodean. Hablan. El eje de la conversación, eje nunca tocado, es que se han hecho viejos y han perdido sus vidas, y además no tienen ninguna conciencia de que la vida haya que ganarla, aprovecharla, recaudarla. La vida se pierde y ya está.

El reencuentro da para menos de lo que ellos esperaban.

—A ver si vuelve ése con tu moto. Está abusando.

—Déjale a tu amigo que disfrute con la moto.

Una muchacha se ha sentado en el brazo del sofá, junto a Boleslao. Es joven, pepona, esbelta, murciana, morena, divertida y, sin duda, drogada.

—Hoy hasta las putas folláis para picaros —le dice Boleslao, por agredirla. Para que se vaya.

—Es que a mí me gustan los mayores.

—¿Y harás lo que yo te pida?

—Claro. Para eso está una.

Boleslao sabe que está viviendo esa segunda vida del alcohol, que quizá sea la vida verdadera. Mira a Hans y con una mirada se entienden: antes ligábamos por amor, ahora sólo nos quedan las putas, o alguna de nuestra edad; menos mal que las menores se han metido en esta industria, que es lo nuestro, me parece que me subo con esta niña, espera tú a mi amigo, que volverá con la moto.

Hans es comprensivo y cariñoso con la aventura de Boleslao, su primer profesor de español, como lo ha sido siempre. Bebe, sonrío y seguramente le divierte (se le ve en los ojos claros) la aventura de Boleslao: le alegra que su viejo amigo aún tenga hechuras para subirse a la cama con una puta casi adolescente.

El edificio de apartamentos está al otro lado de la calle. Boleslao lo sabe de otras veces. Estas putas jóvenes y nuevas, postmodernas, postnovísimas, no pierden el tiempo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Boleslao, sabiendo que va a recibir un nombre convencional. Pero las convenciones, putrefactas o aristocráticas, son las que hacen un nombre verdadero, y no el párroco que nos bautizó. Boleslao cree ciegamente en el nombre de trabajo de las putas.

—Clara, me llamo Clara.

Mientras cruzan la calle (los coches son más lentos en domingo), Boleslao comprende por qué se ha metido en esta breve historia: la aventura con la niña de José López ha sido un fracaso, una humillación, una afrenta a su edad, una afrenta (involuntaria) de generación a generación. Necesita sentirse dueño, dictador, caprichoso, rey. Y eso hay

que pagarlo con dinero. No puede irse a la cama con la humillación (involuntaria) de aquella muchacha. Antes aniquilaba a las mujeres mediante el placer (la mujer es aniquilable por su capacidad de gozar). Ahora quizá tenga que aniquilarlas mediante el dinero. El caso es derribar una estatua en el jardín turbador del otro sexo. Boleslao se siente, de pronto, anarquista del sexo, y sonríe de su propia idea.

Clara resulta muy sensible, muy excitable, y sus grandes y pequeños labios entienden bien, por ejemplo, la pseudopenetración, la caricia del glande sobre el clítoris, con incursiones sólo esporádicas a lo profundo de la vagina. O Clara tiene un coño inteligente o la droga de la que es rehén (hoy todas lo son de alguna) es una droga activa en el amor, y no pasivizante, como tantas (seguramente, como la que consume la amiga de su amigo José López). Boleslao ha dedicado su vida a la contabilidad por partida doble y a las mujeres. De modo que sabe cuándo una mujer, puta o no, tiene orgasmo o no lo tiene. Y Clara los está teniendo de verdad. Boleslao, sólo por borrar la aventura en casa de José López, piensa que ha descubierto un tesoro: una puta que funciona.

Un coño inteligente, eso es lo que uno busca en la vida. Boleslao piensa que por eso se ha quedado soltero, y no por razones de misoginia, precariedad y otras cosas. Hay pocos coños inteligentes (ellas dirán lo mismo, lo recíproco, respecto de las pollas). Aunque Boleslao prefiere la palabra picha. Pene es feo, falo es demasiado culto, polla es demasiado vulgar: picha le remite a su infancia, cuando los chicos lo escribían por las paredes.

Clara, la murciana y adolescente (o casi) Clara, subida encima de Boleslao, tiene orgasmos sucesivos, encadenados (y Boleslao, ya se ha dicho, conoce bien la comedia de las meretrices). Clara es todo un hallazgo. Esto puede durar indefinidamente.

—Clara, tengo dinero para pagarte toda una noche.

—No te preocupes ahora por el dinero. Me recuerdas a mi padre. Me corro contigo. Eso es todo. Lástima que no tengas un poco de tripa, como él.

En una pausa de tanto amor/amor, Boleslao, impulsado por los impulsos de la joven profesional, le propone una cosa:

—Clara, quiero que te afeites el coño.

A. va en la minimoto de Hans por calles que apenas conoce, desiertas de domingo, populosas de soledad y sombras. A. estaba ya borracho cuando salió de casa, y siente como que el viento de la velocidad, la velocidad y el viento, le aclaran la cabeza. Es delicioso correr en este juguete, en la moto roja y mínima, como circense, del alemán, una máquina capaz de mucho más vértigo y velocidades de lo que hacen suponer sus ruedas infantiles.

A. le da vueltas y vueltas al gran barrio, en el anochecer de un domingo sin tráfico, un barrio caro y alto, norteño, con calles rectas y putas limpias. Siente, el pintor, que va dejando atrás su juventud prometedor y embarrancada, su matrimonio cinematográfico y triste, su pintura resabiada y jamás vendida, el ahogo del hogar y el alcohol, de modo que acelera más y más, observa cómo la gente, en las aceras, se sonríe de su juguete, experimenta, de pronto y largamente, la liberación absoluta, se hace transparente viajando en la moto prestada, que ahora cree suya, cómo no se me ha ocurrido antes, coño, comprarme una moto así, su pasado pasado y reciente va quedando perdido, olvidado en la estela alegre de la moto, y el camión justiciero se le cruza a A. en una esquina, con el semáforo a favor del camión, pero cómo se le ocurre a este tío ir a estas velocidades, y por estas calles, en domingo y en moto.

La moto se ha caído delicadamente de lado y A. está en el suelo, estirada su corta estatura, muerto a la luz amarilla y violenta de los faros del camión, casi felizmente muerto, con una rosa de sangre prendida en el poco pelo, que es casi calva.

Una confusión de camioneros, vecinos y gentes del domingo se mueve en torno de A. Clara accede muy gustosamente al capricho de Boleslao. Clara se mueve en el apartamento/comodín como si fuera su casa. En seguida encuentra, en el baño, jabón y navaja de afeitar. Sentada en una silla, desnuda, con todos los aperos de barbería en otra silla, se ha enjabonado todo el vello del pubis, y esa hilera inconfesable que va del sexo al ano. Su manos de niña, con las uñas mordidas, trabajan finamente con la navaja barbera (atroz en tan filiales manos), llevándose por delante el jabón y el vello, como una proa rompehielos (Boleslao las ha visto en el cine). Boleslao, sentado en otra silla, enfrente, muy derecho, atiende a la operación de la muchacha lleno de complacencia estética y erótica. Ahora, todo el conjunto le recuerda algo pictórico, un Cézanne o un Solana, no sabe nada de pintura, se confunde, esto se lo habría explicado bien A., pero A. corre feliz por el domingo en una moto de juguete. Clara parece una niña jugando con un hacha entre las piernas.

Boleslao, que se ha puesto casi toda su ropa, y tiene siempre en la mano (ahora, sobre las rodillas) un sombrero que no tiene, comprende una vez más que lo suyo es el oficio de mirar, que, antes y después de acostarse con una muchacha, lo que necesita es verla despacio, verla hacer cosas, afeitarse el vello sexual, por ejemplo. O el vello de las axilas, que son dos pequeños e inocentes coños extranumerarios. A Boleslao le gusta distinguir entre vello y pelo. El pelo es la estopa de la especie, el pelo es el resto del antropoide que fuimos, y el vello es la seda del cuerpo (aunque quizá todo sea, antropológicamente, al revés, o igual), el vello femenino es la seda que genera lo femenino en las axilas, entre las piernas, por todo el cuerpo. Boleslao se lo repite, mientras observa la operación de Clara: «El pelo es estopa y el vello es seda.» Clara es como una mártir o una mística hundiéndose un flagelo entre la carne.

Las egipcias se afeitaban totalmente, de la cabeza a las piernas, pasando por el vello del pubis. Lo que busca Boleslao en un pubis y una vulva desnudos (aparte connotaciones cultural/egipcias) es una niña, claro, es la niña que se esconde tras el vello de la mujer, como Caperucita en el bosque. Clara va haciendo su trabajo con paciencia y gracia. Clara, que seguramente no se llama Clara, maneja la navaja barbera dejando el dedo meñique rizado en el aire. Debe ser un resto de distinción murciana.

También hay un elemento de sadismo, claro. La cuchilla va rozando las ingles, pero

luego llega a los grandes labios, y ahí puede haber un corte fatal. Es como si la mujer se estuviese castrando a sí misma. Boleslao disfruta con el espectáculo, naturalmente. Clara es una novicia afeitándose el pubis por no ofender a Dios.

Quizá le hubiese gustado afeitarse a la muchacha por su mano, pero sabe que le falla el pulso y que le podría haber fallado incluso el corazón. Por otra parte, las cosas no son para verlas tan de cerca, sino para distanciarse y gozar el conjunto (del mismo modo que los críticos de teatro no se ponen en la primera fila). Clara va dejando el jabón y el vello en una palanganita con agua. Boleslao adora esta meticulosidad de las mujeres: quizá hay en él un marido ideal que está inédito, se dice. Clara limpia una y otra vez la cuchilla con paciencia que no es paciencia, sino se diría que deleite, y lo más excitante de todo es el contraste entre la navaja barbera y atroz y la ternísima carne de mujer que hay por el revés de los muslos y de las nalgas. Clara es un querubín jugando con la espada de fuego de los ángeles.

Terminada la tarea, Clara se pone en pie, niña y sonriente, con su huchita infantil entre las piernas, con su vulva de oro, y se lo lleva todo al baño. Boleslao, tieso en su silla tiesa, vestido/desnudo, absurdo, sujetando entre las rodillas y las manos un sombrero que no tiene, se encuentra tanto consigo que se da miedo a sí mismo. «Soy tan yo que me asusto», piensa.

Del baño llega el rumor claro y saludable del agua que corre, de los cacharros que tintinean, y hasta una canción distraída y a media voz de Clara, quizá el Money/money de Cabaret. Boleslao respira profundo y se encuentra feliz, preguntándose cuánto tiempo podrá soportar su viejo corazón la felicidad.

El abrecoches de Cherezade entra a darle la noticia a Hans, que la moto del señor ha tenido un accidente, que el amigo del señor se ha estrellado con la moto, aquí cerca, contra un camión. Hans estaba bebiendo vodka y eludiendo el asedio de algunas profesionales inexpertas que no le conocen como habitué y no saben que hay que dejarle con sus cosas, hasta que de pronto llama a una y se la lleva.

Hans sale con el abrecoches, que le acerca en un coche cualquiera al lugar del siniestro. Hans, con eficacia germánica, endereza su moto y la pone contra un árbol, coge a A. en sus brazos de gigante y lo mete en el coche:

—A la Paz —le dice al abrecoches.

La Paz está muy cerca. Pero el abrecoches saca su pañuelo blanco por la ventanilla y toca la bocina todo el rato. Son una ráfaga de alarma en la nada del domingo. Hans goza en España el prestigio de cualquier extranjero. Han ingresado ya, en la inmensa clínica, varios accidentados de domingo y carretera, pero Hans, quizá sólo por la fuerza de su español germánico, consigue que los médicos instalen a A. inmediatamente en la Unidad de Vigilancia Intensiva, tras las primeras curas.

Durante el corto viaje hasta la Paz, Hans ha comprobado que el corazón de aquel desconocido late. Es un muerto con el corazón todavía en marcha. Hans sabe que el corazón puede latir más allá de la muerte. Hans no conoce de nada a A., pero A. es gran amigo de Boleslao, y Hans ama a Boleslao. Tiene que hacer por este hombre todo lo que hubiera hecho Boleslao. Hans, que vive en España aislado de los españoles, escondido entre las máquinas y relacionado sólo con las jóvenes e higiénicas meretrices de Cherezade, es fiel a Boleslao, su profesor de español, su compañero de aventuras sentimentales, cuando los dos eran más jóvenes. Hans encuentra viejo a Boleslao y su admiración se ha trocado en ternura. Lo más que puede hacer por él, ahora, es salvar al desconocido amigo de Boleslao, si hay algo que salvar. Tampoco quiere interrumpirle a Boleslao su hora y cuarto de felicidad o contradeseesperación con Clara. Instalado el motorista borracho en la Unidad de Vigilancia Intensiva, enchufado de cables y tubos por todos los orificios del cuerpo, más los agujeros que le hacen nuevos, viviendo la vida científica y computarizada de los muertos con los que la medicina se prolonga más allá de sí misma, Hans se va a telefonear a un pasillo.

—¿Cherezade? Soy Hans. Cuando llegue don Boleslao, un señor de unos cincuenta, con poco pelo y gafas, que ha estado ahí conmigo esta tarde, que lo envíen aquí a la Paz, a la uvi. Eso es, sí, a la uvi, no, tranquilo, Gaetano, no pasa nada. Un choque de domingo, ya sabes.

Y cuelga.

Hans se da unos paseos pensativos por los largos pasillos, que se le hacen cortos a sus largas piernas. Tendrá que ir a recoger la moto, cualquiera la puede robar, pero no antes de que Boleslao esté junto al cadáver vivo de su amigo, junto al vivo difunto de la ciencia/ficción de finales de siglo. Boleslao, en tanto, juega con la vulva infantilizada de Clara, acaba por penetrarla, ella se ríe al principio y luego inicia, a fondo, una nueva serie de orgasmos. Boleslao le entrega a Clara su fajo de billetes, directamente:

—Toma lo que quieras. Lo tuyo no tiene precio.

Pero la muchacha elige muy despacio, como calculando sus servicios, y luego le devuelve el fajo a Boleslao. ¿Una última copa juntos, en Cherezade? Claro. Y bajan a la calle cogidos del brazo. El abrecoches le da la noticia a Boleslao al borde de la acera. Boleslao da un beso en la frente a Clara, toma un taxi y se va a la Paz.

La uvi, le han dicho. Hay dificultades para pasar, pero pasa. En los pasillos de la uvi encuentra a Hans.

—Tu amigo se ha matado con mi moto. Lo tienen ahí dentro, enchufado.

Boleslao piensa en A., en su humor, en su mala pintura ahogante, en el hogar, devastado y sobrante al mismo tiempo, de A. y su mujer, Andrea, en la devoración de una vida, o de varias, por una obra estéril, en lo mucho que bebía A., la cosa tenía que terminar así, más o menos, ahora tengo que avisar a Andrea, o mejor ir a buscarla, primero, a ver si me dejan pasar a verle. Necesita confesarse, le viene de pronto un golpe tonto de catarsis:

—He tardado más porque esa putuela se estaba afeitando el coño.

LAS mañanas. Lo peor eran las mañanas, el despertar recordando (recordando, no sabiendo) que no había que ir a la oficina, que no había que ir a ninguna parte. Boleslao, desde que le jubilaran prematuramente, soñaba todas las noches con que llegaba tarde a la oficina. Así de simples son los mecanismos del sueño, y luego dicen que Freud les dedicó toda una vida. Qué manera de perder la vida. Boleslao se incorporaba en la cama, sobresaltado, miraba en torno, veía por la rendija de la persiana si el día estaba gris o luminoso (le gustaba dejar una rendija para no dormir en la noche absoluta, que, por otra parte, tampoco existe). Boleslao hacía memoria, recordaba que estaba ya jubilado, no fuese a ser una fantasía del sueño, se llenaba de desolación y volvía a encogerse entre las sábanas. Pero aquella casa, aquella colmena (una colmena sólo de zánganos), empezaba a sonar, a fruir, porque había allí algunos vecinos que sí madrugaban y tenían un trabajo: pasos por el techo, el ruido de la ducha de al lado, el ruido del retrete de abajo, golpear de puertas, el concierto melodioso y repetitivo del ascensor, los rumores del agua, hasta algún grito o alguna canción de los que se afeitan cantando. La gente tenía cosas que hacer, o se las inventaba. Boleslao no tenía absolutamente nada que hacer, ni imaginación para inventárselo. Al fin se levantaba, se duchaba, se vestía. Bajaré a comprar el periódico.

Bajaba a comprar el periódico. Ojearlo por encima y hacer el crucigrama era ya una ocupación. Se empieza y se termina la vida haciendo crucigramas. Cuando Boleslao no tenía oficio ni beneficio, hacía los crucigramas de los periódicos. Ahora que vuelve a estar de sobra, hace otra vez los viejos crucigramas, porque resulta que son los mismos y se encuentra con las mismas palabras y los mismos enigmas.

Si por lo menos guisase, como hacen los extranjeros y empiezan a hacer los españoles (y mayormente los españoles solos), podría perder la mañana entre la compra y la cocina. Pero es que yo no guiso. De todos modos, Boleslao cogía un capacho marrón, de color usado, que quizá fuera de su madre, muerta en el cielo de la infinita lejanía, y bajaba a las tiendas del barrio, que su calle era una calle de mucho comercio. Enigma azteca de las pescaderías, con sus peces frescos y exóticos como fetiches de sal, incendio tranquilo de las fruterías, con sus pirámides de manzanas, de naranjas, de pomelos. Con su jardín salvaje de verduras, de lechugas moradas, de coles de Bruselas. ¿De dónde les viene a los fruteros el sentido egipcio de la pirámide? Y de dónde les viene el sentido romántico y roussonianos del jardín salvaje: las verduras? Entre las manzanas se sentía uno un egipcio clásico, y entre las verduras se sentía un Rousseau con capacho. En la carnicería, Boleslao se mueve, se movía como un detective entre crímenes recientes, frescos, matinales. El sacrificio a traición de la oveja, del toro, del jabalí, de la ternera, del lechón. El carnicero sonreía como un asesino vicario. Él no había matado a nadie. Él sólo era el que vendía los cadáveres.

Boleslao ponía un dedo sensitivo en las escamas del besugo, sólo por el placer tectónico de tocarlo. Boleslao se llevaba una carne sangrienta a la nariz (siempre le olía a menarquía (primera menstruación) de adolescente). Boleslao, don Boleslao, tenía fama en el barrio de gourmet exquisito, de fino comprador, de hombre que sabía de carnes y pescados y verduras. Al final, sólo compraba unas manzanas para comérselas en casa, o en el Metro, a deshora, por llevar siempre una manzana en el bolsillo. Y cuando compraba un poco de carne o un lenguado fresco, por justificar, se lo echaba en seguida a los gatos del patio de su casa, porque amaba los gatos y porque él era incapaz de guisar nada. Boleslao, como ya se ha dicho aquí, comía en el tabernón de los albañiles y los porteros de casa grande.

Sólo en la tienda de comestibles/coloniales, con dos bolsas de plástico llenas ya de cosas, más el capacho, Boleslao se sentía seguro y legal eligiendo un whisky nuevo, raro, antiguo, incitando al dueño a pedir whiskies remotos.

—Don Boleslao es el cliente más exquisito del barrio.

—Don Boleslao es un raro.

—Don Boleslao sabe lo que compra.

De modo que, más allá de la jubilación, en la posteridad sin gloria (ni siquiera pena) de su vida, Boleslao había encontrado una misión (la vida es irónica y siempre nos brinda misiones absurdas, pero jamás la nuestra), comprar el más fino pescado para los gatos del barrio e indagar en el bosque dorado y complejo de los alcoholes hasta dar con un whisky incunable.

Boleslao subía a casa, en el dudoso ascensor, con el capacho lleno, más dos bolsas de plástico. El portero le abría la puerta del ascensor con la reverencia debida a un señor que come y bebe tan bien. Boleslao tenía en cuenta, asimismo, a los vecinos del inmueble, y un día se compró un frigorífico en el Rastro para almacenar champán y paté, por si algún paredaño le visitaba. Así se iba tejiendo Boleslao una vida, a partir del vacío absoluto de su jubilación como contable. Boleslao llegaba a casa excesiva e inútilmente cargado con la compra. Lo dejaba todo en cualquier sitio y pensaba que, efectivamente, no hay otro problema que la imaginación. ¿Ser o no ser? Mierda. Tener imaginación o no tenerla. Con imaginación se salva una mañana. Claro que peores eran las tardes.

Boleslao metía unas cosas en el perezoso frigorífico del Rastro, modelo años cincuenta, redondeado y deficiente. Boleslao repartía otras cosas por la cocina, para posibles vecinos/invitados. Boleslao, en fin, abría la botella de whisky, un whisky venido de las antiguas colonias holandesas (Boleslao, de joven, tuvo una amante holandesa, una chica de Ámsterdam y bicicleta), un whisky al que los nativos le habían añadido estímulos naturales e imprevistos, y lo degustaba lentamente. Si Boleslao leyese libros, que apenas lee la cosa policíaca, se hubiera dicho a sí mismo la vieja frase del viejo Henry Miller: «Soy la soledad que toca el xilofón para pagar el alquiler.» Boleslao comprende, de pronto, que es igual casarse o no casarse. Si uno no se casa, acaba desdoblándose en él y la mujer que pudo tener, acaba haciéndose doméstico.

Eso es lo que le pasaba a Boleslao.

LA moto roja de ruedas infantiles corre por la noche del domingo. Hans la lleva gustosa y Boleslao va detrás, agarrado a la cintura de su amigo, que empieza a echar tripa. La moto corre con un rumor suave por las grandes calles, en la calma final del día de fiesta, que es como una hoguera que se apaga. La moto corre, llenándolo todo de luz con su faro, por las calles estrechas y antiguas, y por los callejones. Boleslao comprende que una cosa tan tonta como ir de paquete en una moto puede cambiarle a uno la vida y hacerle más libre, abrirle más futuro a su angosto presente. Primero fue la visita a Andrea, el contarle la tragedia, el sufrir en su hombro el llanto de la mujer/niña (la hija había vuelto a irse, después de cenar, a una disco), el hacer de hombre bueno cuando lo que le apetecería (las mujeres llorosas le ereccionan) sería meter a Andrea en cualquier alcoba de la casa y violarla. Abrazar a Andrea procurando que el abrazo sea casto, «lo sabía, lo sabía, tenía que acabar así, bebía demasiado», dice ella, y Boleslao mira por segunda vez en un día (demasiado) la pintura de las paredes, las maderas trabajadas y barnizadas, y sabe que lo que ha devorado a A. es su mala pintura no vendida.

Como si fuera buena. El arte devora siempre al artista, le exige más y más, lo mata, lo anula. No se sabe si exige más el éxito o el fracaso. Qué importa ahora lo del camión. A. tenía que morir. El trámite penoso de llevar a Andrea en un taxi hasta la Paz, la vaga presentación a Hans, aquí otro amigo, hasta dejarla sola con el muerto viviente, en la uvi, entre decenas de muertos vivientes, enchufado, «todo es cuestión de desenchufarle», había dicho el médico, «cuando ustedes decidan».

Y quizá Andrea había decidido, porque les comunicaron que el entierro sería a las ocho de la mañana, y se despidieron de ella con castos besos, prometiendo volver a las ocho, para el sepelio, y desde entonces andaban, andan por la ciudad en la alegre moto, que apenas sufrió desperfectos en el accidente: Hans los ha reparado en seguida.

Boleslao, sujeto a la cintura de su amigo, que ya no tiene cintura, siente que se ha liberado mágicamente del hogar de A., una casa indigesta de arte malo y no digerido, del propio A., con su humor ácido de frustrado, del llanto de Andrea y los abrazos de Andrea, que no le producían otra cosa que culpables erecciones, y ahora se encuentra ligero, transparente, con la brisa de noviembre/diciembre traspasándole la cabeza (qué poco pelo le queda), refrescándole la memoria, que al parecer es lo único que tenemos en el cerebro, limpiándole de alcohol y gente.

Hans y Boleslao tienen un proyecto: visitar a Julio Antonio, viejo amigo de los viejos tiempos, que vive casado en un huerto suburbano, por la carretera de La Coruña. Pero Hans quiere llevarle a Julio Antonio, buen bebedor, un vino alemán (cómo decirle a un alemán que los vinos del Rhin son detestables y desastrosos), una botella de vino, ahora que vienen las navidades. De modo que se encaminan hacia Arturo Soria, por donde más o menos vive Hans, para recoger la botella:

—Desde mi casa llamamos a Julio Antonio y le anunciamos la visita. Yo voy a verle algunos domingos.

—Bueno.

Bueno. A Boleslao le da igual. Boleslao prefiere ignorar la dirección que llevan, en la moto y en la vida, porque, cuando se ignora la flecha del tiempo, la meta le devora a uno, el destino le hace soluble en sí, y eso es lo que quiere Boleslao. La moto corre por un domingo claudicante donde las casas encendidas son una proclama de televisión y caos hogareño. De claudicación hogareña.

Van bien, todo va bien. Boleslao mira la ciudad que tanto conoce y la encuentra desconocida. Todo depende, no sólo del observador, sino del punto de mira. Para uno que nunca ha ido en moto, como él, este Madrid de pinos y chalets adosados, de plazas elípticas y autopistas como el Mississippi, es un Madrid inédito. Boleslao está escapando de la atroz prisión del jubilado: la absoluta quietud del mundo. El jubilado

cree o siente, como los griegos, que el tiempo no tiene nada que ver con el espacio. Después de Einstein, el tiempo se convierte en algo así como una prolongación poética del espacio. Los griegos vivían un mundo estático y dúplice. Los jubilados son unos griegos sin clámide y sin grandeza. Boleslao ha leído algo de Einstein, y hasta de Heisenberg y Planck, pero no ha entendido nada. Les entiende ahora mejor, viajando en la poderosa moto infantil de Hans. La moto roja de ruedas infantiles y circenses que le está liberando del tiempo, del espacio, de los griegos, de A. muerto y borracho y de toda la hostia. Boleslao quisiera que este viaje en moto no se acabase nunca. Le espanta volver a pisar el asfalto que pisa el paseante sin destino ni misión. De modo que la moto corre entre arboledas y rascacielos, entre pinares y urbanizaciones brillantes para la cena como joyas. Noviembre/diciembre ponen una alegría pura y simple de planeta en el alma usada de Boleslao. O, siquiera, en su frente ensanchada por la desertión del pelo.

Hans vive en un bajo de Arturo Soria con un cachorro de león, en una especie de casa taller, llena de piezas y herramientas mecánicas, algunas antiguas, compradas por gusto estético, inservibles (cada profesión tiene sus fetiches, hasta la mecánica), más revistas del motor del mundo entero, apiladas en los rincones o repartidas y abiertas por la casa, que alternan con los desplegados de chicas desnudas del Penthouse y el Playboy, clavados en las paredes con chinchetas. Boleslao se pregunta si Hans, como todos los misóginos y solitarios, no será un masturbador y un fetichista. También hay chicas desnudas que montan una vespa o se follan un mercedes penúltimo modelo, porque la publicidad se sigue haciendo así, y el leoncito está atado con una cadena corta y ruge un poco junto a los zapatos de Boleslao.

—¿Puedo acariciarle?

—No es un gato.

—Me gustaría tener un león —dice Boleslao.

—Comen demasiada carne y te echan la zarpa en cualquier momento.

—¿Y cuando crecen?

—Antes de que crezca, lo llevo al zoo y me dan otro recién nacido. Los leones hay que reponerlos, porque se les cargan las pilas.

Hans, a veces, habla en mecánico. (Cuando habla de mecánica, habla en poeta.)

—Pero un león tiene que hacer mucha compañía —dice Boleslao, que se ha sentado enfrente del bicho para observarle bien.

—La misma que un gato, Boleslao, te aconsejo un gato.

El cachorro de león es un oro de poco brillo, casi ocre y esbelto, con ojos inteligentísimos y garras de felpa, con bostezo feroz y gemidos infantiles. Boleslao piensa en la extraña condición de la soledad: la soledad genera erizos y perros muertos, pintura barroca, enigmática, mala e invendible, la soledad genera alcohol y cachorros de león, muertos de domingo y motos de circo, esposas jóvenes, desvencijadas y viudas, la soledad, en fin, genera domingos llenos de gente y vacíos de vida, muchachas drogadas, borrachos y meretrices que se afeitan el vello del pubis. La soledad es lo más poblado que existe.

—Aquí está la botella —dice Hans.

Claro. A Boleslao ya se le había olvidado. Han venido a esta casa a buscar una botella de vino del Rin para llevársela a Julio Antonio a su huerto, pues que piensan visitar a Julio Antonio y su mujer, y quedarse a cenar con ellos, si les invitan, o invitar entre los dos al matrimonio. La botella es esbelta, casi gótica, y tiene dentro un líquido de color inexplicable, que quizá los alemanes consideren vino bueno del Rin.

Cualquiera les lleva la contraria a los alemanes. Boleslao tiene ahora la botella en sus manos y lee en falso lo que dice la etiqueta, deleitándose con los grandes y pequeños caracteres góticos, sin entender una palabra. Estos alemanes hacen filosofía hasta en las botellas de vino, piensa. Lo que no hacen es vino.

Hans lleva una cazadora de astronauta, que le rejuvenece, y unos pantalones vaqueros. Hans le ha puesto al león unas grandes piltrafas de carne, y el cachorro se dedica a combatir con ellas, más que a comérselas, como si aquello fuese un enemigo al que primero hay que destruir, para luego devorar.

—Debe de ser bueno.

—No creas, es muy malo. Un día de éstos lo llevo al zoo.

—Digo el vino.

—El Rhin no da malos vinos.

—Le va la carne, claro.

—No creas, no es un vino para tomar con las comidas. Más bien para tomar solo.

—Digo al leoncito, que le va la carne. Primero juega con ella y luego se la come.

—A Julio Antonio le gustan mucho.

—¿Los leones?

—Los vinos del Rhin.

El pequeño apartamento de Hans huele a mecánica y hombre solo. Boleslao no recuerda si ya ha estado aquí otra vez o no. En todo caso, no había león.

Después de haber atravesado nuevamente la ciudad en moto, en la pequeña y poderosa moto roja (Hans, cuando aparca, se limita a inclinarla delicadamente contra un árbol: es tan singular que nadie se atrevería a robarla), corren ahora por la carretera de La Coruña, hacia el huerto de Julio Antonio. Boleslao sigue de paquete, pero ya no se sujeta: ha cogido práctica. Abraza con las dos manos la botella gótica de vino del Rhin, tan llena de literatura y puede que de filosofía (un vino que previamente le repugna: confía en que Julio Antonio tenga en casa un poco de whisky).

—Oye, Hans —le dice a Hans, contra la velocidad, el viento, la noche y el viaje—, a mí me parece que, antes de presentarnos en casa de Julio Antonio, debiéramos llamarle por teléfono.

Hans vuelve su cabeza de efébrico germánico y destruido, hasta quedar de perfil:

—Yo tengo aquí el teléfono de Julio Antonio. Paramos en el primer teléfono. Buena idea.

Y luego acelera la moto. Por la autopista de vuelta bajan hacia Madrid todos los coches que el campo devuelve a la ciudad, toda la chatarra del domingo, todo un domingo hecho chatarra. Los motoristas sólo ven una procesión de faros blancos y vagamente amarillos, como una procesión religiosa de cirios, más procesional por la lentitud que impone el tráfico.

—Mira, aquí.

Hans traza un gracioso bucle con la motita y quedan en la terraza veraniega y desierta de un restaurante de carretera, que está abierto. Hans hunde una de sus grandes manos en su corazón de forros, entretelas, suéters, camisetas deportivas, con olor a embrocación, y bolsillos profundos. Boleslao está en pie, abrazado a la botella. Hans consulta una agenda gruesa como una Biblia protestante. Le da a Boleslao el teléfono del amigo y Boleslao lo memoriza (tiene buena memoria para los números, de cuando contable). Con la botella abrazada, entra en el restaurante, que es como un balneario por el que hubiese pasado la guerra, y donde sólo algunas parejas equívocas, huidas sin duda hacia el anonimato, toman chocolate de merienda. Boleslao pide un chivas en la barra, luego pregunta por el teléfono y se va hacia la cabina memorizando el número de Julio Antonio. La cabina es grande y decorativa como un reservado galante: quizá un reservado que ya nadie reserva, y donde han instalado un teléfono. Posa la botella en el suelo, cuidadosamente, y llama a Julio Antonio (las llamadas se pagan a la salida). El otro recibe con alegría la llamada y la visita (debe de aburrirse mucho en el huerto suburbano, con su mujer). Boleslao cuelga, va a la barra, deja encima la botella, acaba su whisky de golpe, paga whisky y llamada, se abraza otra vez a su odiado vino del Rhin y se dispone a salir. A Julio Antonio le ha anunciado por teléfono que le llevan

la botella, lo cual ha estado a punto de hacer la conversación interminable de entusiasmo. Boleslao sale sonriente del local, mira a lo lejos, que está muy cerca, para encontrar a Hans y su moto en la oscuridad, de pronto el faro le deslumbra, tropieza en un banco, abre los brazos para proteger la caída o recuperar el equilibrio, y la botella se destruye, con ruido alegre, musical, momentáneo, contra la piedra convencional y escurialense de los tres escalones de la entrada.

Hans ríe en alemán, en la oscuridad de la noche, tras el resplandor de su faro. Boleslao se queda quieto, con el faro sobre él, como un foco de circo. Es fácil la asociación con el payaso torpe, de modo que Boleslao se apresura hacia la moto:

—Lo siento, Hans.

—Déjalo, Boleslao, me he reído mucho —y el alemán se sigue riendo. A los alemanes les divierten estas cosas: tuvieron un payaso genial que se llamaba Grock.

—A veces me recuerdas a Grock, Boleslao.

—Vete a tomar por culo, hijoputa. Sé quién fue Grock. Yo no soy un payaso.

—Pero eres un genio, como él.

—Tendremos que volver a buscar otra botella. Le he prometido a Julio Antonio que le llevábamos una.

—No hay tiempo. Déjate de botellas. Ya se la traeré otro día. Le he traído muchas. Le acortan la vida, pero le alargan la alegría. Anda, sube.

Boleslao/Grock se sube a la moto mirando para el sitio invisible y negro donde se ha estrellado la botella. Salen a la carretera y Hans recobra la velocidad perdida. Boleslao, aunque ya no tiene que sujetar ninguna botella (eso le daba un poco de sentido a su vida), decide no sujetarse a la cintura gorda de Hans.

Boleslao/Grock va tieso y ligero en el asiento de atrás. Ha comprendido de pronto que él es el Grock de su propia vida. Un pobre payaso jubilado, ni siquiera un payaso genial. Boleslao recuerda haber leído uno de los trucos de Grock: salía a la pista a tocar el piano, pero el piano estaba demasiado lejos de la banqueta, y Grock se pasaba la función intentando acercar a la leve banqueta el inamovible piano de cola, negro y pesadísimo, mientras el público reía y reía. ¿No ha sido eso mi vida?, se pregunta ahora Boleslao, mientras corren por la autopista y parece como que ha empezado a nevar. «He perdido la vida tratando de arrastrar el piano inamovible hacia la ligera banqueta; sólo ahora, de viejo, comprendo que la solución es justamente la contraria, y tan sencilla. No soy más que un payaso; si por lo menos me hubiera dedicado al circo.» Ahora la nieve, desvariante y casi alegre, pone luz en la noche, como una luna en migas, y los faros de los coches la tornan roja, amarilla, azul, verde, y, para Boleslao/Grock, los copos son como serpentinas del circo de su vida, y la metáfora le parece tan mediocre que quisiera escapar de ella, pero no puede. A Hans se conoce que le estimula la nieve, porque va cada vez más de prisa, y la moto patina continuamente con sus pequeñas ruedas, pero Boleslao/Grock guarda el equilibrio y no se sujeta a su amigo, por dignidad o por payasismo.

En todo caso, aunque la moto patine un poco, los alemanes no patinan nunca.

JULIO Antonio y su mujer disfrutaban uno de esos huertos suburbanos que el socialismo parece ser que ha dado a algunas gentes. Boleslao recuerda vagamente a Julio Antonio, de los años de bohemia, vino y mujeres, cuando él era un contable de doble vida y equilibraba la limpidez de su trabajo con la turbiedad de sus deshoras. Julio Antonio parece que casó con mujer de algunos dineros (que es como suelen acabar los bohemios), y aquí está ella, Pilar, fea, madura, erguida y todavía con buen cuerpo. Julio Antonio tuvo un aire previo de campesino toda la vida, cuando no sospechaba que su destino final iba a ser un huerto en las afueras. Ahora, el campesino aparece como ratificado en su cara agraria, en sus manos agrícolas, en su amistad generosa y aspérrima. Hans les cuenta lo de la botella con grandes risas, y vuelve a llamar Grock a Boleslao, y Boleslao, que no ríe, comprende que en el pequeño episodio de la botella ha estallado de pronto todo su payasismo, el payasismo de su vida, el payasismo de todo solterón, de todo maduro, de todo jubilado. El payasismo al que relega la sociedad a todo el que de alguna manera vive marginal a ella. En vista de que no hay vino alemán del Rhin, Pilar, moviendo mucho la cintura, saca vino rojo y recio para todos, excepto para Boleslao-Grock, que se toma un whisky residual, hospiciano y de mala digestión.

Grock/Boleslao se sienta junto a la chimenea casi apagada, sin quitarse el abrigo de espiguilla. Todos se sientan en torno, en cualquier parte, y en la chimenea hay un fuego escaso y machadiano («como un hogar humilde que se apaga»), que no calienta esta casa traspasada de huerto y alberca, de invierno y noche. El hogar falsamente rural de este matrimonio tiene un añadido de electrodomésticos de segunda mano que lo moderniza y entristece. Se prolonga la broma sobre la botella que ha roto Grock/Boleslao, mientras toman vino negro con jamón, y, cuando están suficientemente borrachos, deciden salir desnudos a la nieve —«una sauna nórdica», dicen— a revitalizarse. Boleslao se limita a denegar con la cabeza y se queda solo en la sala campesina, con vigas en el techo y cal gorda en las paredes. Sospecha que el matrimonio le ha servido esa limosna de whisky por avaricia y misericordia campesina (el campo en seguida hace avariciosa a la gente), de modo que se va solo a la cocina, una pequeña cocina que huele a apio, a madera y a vino, y busca por todas partes hasta encontrar una botella de aceptable/inaceptable JB. Quizá se le ha desarrollado un olfato supernumerario para el whisky. Vuelve con la botella a su diván de cuero auténtico y cuarteado, junto al fuego muerto de la chimenea, bebe de la nueva botella, habiendo disfrutado primero el placer manual de abrirla, y mira los calendarios que decoran la habitación, todos ellos con una lámina/anuncio de productos químicos o de abono o de friskis para perros guardianes, más un cartel de la Vigilia de la Inmaculada del año pasado: es lo que tiene el casarse con mujer de onzas, con ricahembra: que hay que soportar las Vigilias de la Inmaculada.

Boleslao oye por el oído derecho el tenue crepitar de la escasa leña en la chimenea. Boleslao oye por el oído izquierdo los gritos, las carreras, los golpes y las risas del trío que juega en la nieve. Han prescindido de él en seguida porque saben que es un viejo prematuro y jubilado, envejecido, sátiro y camastrón, que sólo se desnuda, y quizá no del todo, para acostarse con alguna putuela menor de edad.

Boleslao se sube el cuello del abrigo y sale al patio a verles (más allá está el huerto, y más allá la alberca). Los sonidos que le llegaban como un rumor de ropa azotada o desgarrada, o de palomas veloces y violentas, es una juerga de borrachos desnudos en la nieve, que corren, saltan, se frotan con estropajos purísimos de blancura, se golpean con bolas de nieve y se azotan con ramas de árbol. Pero todo juego, incluso el más improvisado, como éste, responde a una estructura, y Boleslao advierte en seguida lo que ya sabía: que Pilar, la cuarentona desnuda y fea, de cuerpo erguido y hermoso, como un Rubens degenerativo, tiende a refugiarse en Hans, a hacer sadomasoquismo con Hans, a pegarle o dejarse azotar por él. Una lamentable orgía

pequeñoburguesa en la que está claro que el marido empieza a sobrar, pero no quiere enterarse.

De todo el espectáculo, iluminado desde abajo por el resplandor de la nieve en el patio y por la vaga luz que llega del salón, como un tenue licor amarillo, a Boleslao sólo le interesa —eterno mirón— el cuerpo de Pilar. Pilar es una de esas mujeres hechas como de dos: torso frágil y breve, hombros agudos, pechos finos, y luego unas caderas que la celulitis expande hasta la grandiosidad de los muslos, el vientre y los glúteos. Es como si la mujer pequeña estuviese empotrada en la mujer grande. Le gritan insultos alegres a Boleslao, que de vez en cuando bebe a morro de la botella, mientras mira a estos suecos apócrifos. Todo es de un renacentismo barato, tenebrista y periférico.

—¡Ahora vamos a bañarnos todos en la alberca!

Todos son ellos tres. El matrimonio se baña en la alberca en invierno y en verano. Dicen que eso les mantiene jóvenes. Cada uno lucha contra la edad como puede. Boleslao no ha encontrado la manera de luchar. Le ha excitado vagamente Pilar desnuda, mientras les ve alejarse a través del huerto, iluminados siempre desde abajo por la luna de la nieve, por la nieve de luna. Van cantando y ahora parecen tres desnudos del Greco. Boleslao se esfuerza por distinguir el culo grande y alto de Pilar a esa luz distante, meteórica y como falsa, que ni siquiera es luz, sino sólo blancura. Cantan Navidades blancas o algo así.

Boleslao tiene frío y ganas de mear. Entra en la casa y busca el baño. Orina todo el whisky bebido a lo largo del domingo. ¿Es todavía domingo? Para él ya no hay domingos ni lunes. Él vive en un sempiterno y apócrifo domingo interior, que no lo es para los demás. Mientras orina, mira el cuarto de baño. La bañera está seca de mucho tiempo. Sí, éstos se bañan en la alberca. Boleslao se mete en la bañera, sin quitarse el abrigo, con el cuello subido y la botella de whisky en la mano (ha prescindido del vaso, como se prescinde siempre en el último tranco de una embriaguez). Se está bien dentro de la bañera seca, envuelto en su viejo y querido abrigo, que le huele a él mismo, con el JB empuñado sobre el vientre. El cuarto de baño es vertical, con espejos que pierden su calidad de tales por una vocación geográfica: todos parecen mapas. Los útiles de higiene son entre finos y bastos, como toda la casa. Hay navaja de afeitar de pueblo y una filis último modelo con tres cabezas flotantes, una filis de éstas que no pesan. Boleslao comprende que con la navaja manual se afeita Julio Antonio y con la filis se afeita las piernas Pilar.

No le importaría nada beneficiarse a Pilar, aunque lo suyo no sean las maduras, pero beneficiársela confortablemente, con la chimenea bien encendida, viendo, primero, cómo Pilar se afeita las robustas y marciales piernas con la filis, y tomándola luego por detrás, para contemplar/poseer su gran culo con pequeños cráteres, ya de celulitis:

—La gente es que folla de cualquier manera —dice Boleslao en voz alta.

Y le pega otro latigazo a la botella. Ha cerrado el baño por dentro, antes de meterse en la bañera. Está dispuesto a dormir allí un rato. Quedan muchas horas hasta el entierro y de alguna forma hay que pasar la noche. Por cierto, que tengo que llamar a Andrea a la uvi, siquiera por preguntar. Pero Boleslao no duerme, sino que recuerda, con los ojos cerrados, veranos engeguedores en aquella alberca, cuando todos se bañaban desnudos, él también, y luego follaban bajo los árboles (Boleslao solía llevar alguna solterona con la que se había prometido en falso). Se le llena la cabeza de un agosto de cuerpos y de soles, de una vacación que es toda ella una luz, cuando aún tenía una oficina, un despacho (colectivo), un horario que le esperaba, acogedor, después de la locura estival. Horarios. El día que le jubilaron, Boleslao tiró el reloj al estanque grande del Retiro, adonde ahora suele ir por las tardes. Boleslao vive un tiempo liso, limpio, vacío, un tiempo lleno de tiempo, hueco de vida. En aquellas orgías agostañas, ¿hace cinco años, diez? (con la noción del reloj, Boleslao ha perdido la del calendario), Pilar siempre acababa cambiando alguna pareja y acostándose con uno que no era su

marido. Son los privilegios de la ricaembra que aporta dote, se dice Boleslao.

Y bebe.

Julio Antonio aceptó todo eso porque Pilar le redimía de la bohemia, y como la moral siempre se adapta a la vida, y nunca a la inversa, Julio Antonio transformó interior/exteriormente en progresismo lo que no era sino sumisión ante la esposa rica y sus caprichos de fea con buen cuerpo. Boleslao odia a las feas con buen cuerpo. Recuerda las pocas que ha habido en su vida como pecados capitales. «Se folla con una cara, pero no puede conversarse con un culo», se dice siempre Boleslao. Claro que, llegado el caso, Boleslao se tira una fea o lo que haga falta. Boleslao se ha sentido siempre muy capaz de hacer el amor incluso con una paralítica en su silla de ruedas, contando que sea joven y tenga la luz de la vida, o de la muerte, en la cara, en una cara dotada de belleza interior o exterior (Boleslao no sabe decirlo ni pensarlo con más cultas palabras). En cambio, a Boleslao suele entrarle una espesa desgana junto a la fea de buen cuerpo. Boleslao, en fin, prefiere una cabra guapa (aunque nunca haya hecho la experiencia) a una intelectual fea.

Hay una cosa de Platón que le enseñaron en el colegio y que no se le ha olvidado nunca (es todo lo que sabe de los clásicos): «Amor es afán de engendrar en la belleza.» Pues eso.

Y la belleza puede estar en una silla de ruedas, mucho más que en la mujer de Julio Antonio. De modo que soy platónico y estoy, al fin, borracho, aunque a mí el alcohol jamás se me sube. De modo que soy Platón por dentro y Grock por fuera. Curioso machihembrado. Hans lo ha dicho, y los otros lo han corroborado. Desde ahora, Boleslao decide llamarse Grock a sí mismo. No le gusta el circo, no le gustó ni de niño, y menos sus símbolos sentimentales y de poco precio, pero comprende que, con la edad y la soledad, se cae en una suerte de payasismo interior. El incidente de la botella de vino alemán se lo ha hecho ver claro. Quizá el alcohol también ayuda un poco al payasismo.

Natural payasismo de la vida, cuando hacemos ya todos los actos fallidos del payaso, meter la llave en la cerradura con los dientes para arriba, de manera que no abre, dar en el ascensor al piso siguiente, pasarse de estación en el Metro, bajarse en la parada anterior, en el autobús, llevarse la mano, para saludar, a un sombrero que no tiene (el sombrero inexistente al que se aferraba esta tarde, mientras Clara se afeitaba distraídamente el coño).

Detesto la vida y los payasos, pero hay un payasismo interior que llega con la edad y que además es retrospectivo. ¿Qué hacía yo en la oficina limpiando con un pañito el teléfono y las plumas, todo lo que una hora antes había limpiado la limpiadora: no es eso payasismo? Payasismo con efecto retroactivo, el haberse pasado la vida tratando de mover la mole negra e inamovible del piano, cuando tan fácil era acercar al piano la banqueta.

Grock, la vida me ha vuelto Grock, pero un Grock sin genio, claro, porque Grock hacía eso sabiendo lo que hacía, y los demás lo hacemos muy seriamente. De ahora en adelante me llamo Grock, al menos para mí mismo. Boleslao, el funcionario, ha muerto. Nace Grock el payaso. Ah, el continuo payasismo del vivir, como cuando...

Por el pasillo viene un tropel de voces y risas:

—¡Boleslao! ¿Tienes disentería?

—Estoy durmiendo en la bañera.

El trío habla alternativamente o en grupo a través de la puerta.

—¿Y la botella de JB?

Debe de ser Julio Antonio, que ya la ha echado en falta.

—Se ha empeñado en dormir conmigo, como una novia.

Risas al otro lado.

—¡Boleslao!

—Boleslao se ha ido de la mano de la nieve. Yo soy Grock y tengo sueño.

Risas al otro lado, como en el teatro.

—Buen pedal has cogido, tío. Pero es un pedal gracioso. Sigue con el jotabé.

La puerta del baño ya no tiene en sí la presión de tres cuerpos. Ahora, Grock oye jadeos sexuales, bromas y gritos de Pilar a través de la pared, donde está el dormitorio matrimonial. Una triste farsa de menage a trois, o como se diga eso. ¿Menás a truá? A Grock le da igual. Conoce el juego. Pilar, la fea que está buena, quiere que se la folle el gigante alemán, y el marido va a ser en ese vodevil el gracioso de todos los vodeviles, el que está de sobra y no quiere saberlo. Acepta porque es lo moderno y porque el dinero, la casa, el patio, el huerto, la alberca, todo es de su mujer. Grock se alegra de no participar en ese triste juego, aparte de que no soportaría estar en la cama rodeado de los cojones de unos cuantos tíos. Ni siquiera de uno solo:

—Antiguo que es uno —dice Boleslao en voz alta, abriendo los ojos y echando otro trago.

En su sueño fetal del baño está muriendo Boleslao y naciendo Grock. Ahora tiene conciencia lúcida (lucidez del alcohol) de que la vida no nos hace viejos: nos hace payasos. «Por eso a veces hacemos cosas que despiertan la risa de los niños o la sonrisa de cualquiera que nos mira.» Lo malo no es llegar a viejo, amigo Grock. Lo malo es llegar a payaso.

Al otro lado de la pared se van encalmando los jadeos, los siseos y los gritos de Pilar. Quizá ya se la han beneficiado los dos (el marido en puro trámite), y ahora el trío duerme como una guirnalda obscena de cuerpos maduros, derribados y derramantes (tripa de Hans, culo peludo de Julio Antonio, celulitis rubensiana y mesocrática de Pilar). Grock sonríe pensando en todo eso, se entreduerme oyendo las respiraciones sucias de dos hombres y una mujer a los que no ha purificado la nieve ni la alberca. El retrete tiene un rumor característico y continuo que es su personalidad. Cada retrete tiene el suyo. Y este rumor le ayuda a Grock a dormir.

CUANDO Boleslao llegó al inmueble de pequeños apartamentos que ahora ocupa, una de las vecinas era una mujer madura y delgada, morena y esfíngica (sin duda una meretriz cara y discreta), que vivía con una hija, Flavia, de ocho o diez años. La niña era rubia castaña, de rostro purísimo y hermético, de ojos inteligentes y manos un poco grandes y demasiado hechas para su edad. La niña no se parecía nada a la madre (un poco como árabe). Sin duda había salido al incógnito padre. En el ascensor, en las escaleras, en el portal, en las fruterías del barrio, Flavia (vestida un poco de niña antigua) parecía interesarse por Boleslao, el nuevo vecino, aquel maduro alto, callado y solitario. Boleslao le preguntaba a Flavia por sus estudios, por sus juegos, absolutamente fascinado por el resplandor de aquella infancia que no tenía nada detrás (quizá persigue la vulva de oro, nunca vista, de Flavia, en todas las meretrices a las que manda afeitarse el pubis). Boleslao llegó incluso a invitar a la niña a su casa, un día en que coincidieron en el ascensor, y a ella le pareció fascinante aquel apartamento casi vacío, aquella intimidad de hombre solo (nunca había visto la intimidad de un hombre), las brochas de afeitarse, la simetría de las camisas (por entonces, Boleslao aún era ordenado), un vago perfume a colonia macho que llenaba el único cuarto (más cocinilla y ducha). Flavia estaba previamente dispuesta, predispuesta a deslumbrarse, claro.

Boleslao le hizo muchas preguntas inocentes (sabía que los niños, como los adultos, prefieren hablar a escuchar), y Flavia le contó con detalle sus estudios, las entradas y salidas de su madre, las muchas horas que ella se quedaba sola, sin miedo, pero con tristeza, y Boleslao hasta entrevió la posibilidad de hacerse compañía mutua con la niña, ya que, de pronto, eran dos solitarios. Las mejores conversaciones son aquellas donde no importa lo que se dice, sino el trenzado gutural de la voz, el bordado de las palabras, la calidad de las pausas, la filigrana de las dudas. De todo esto se alimentaba Boleslao en las visitas de Flavia, que se hicieron casi frecuentes. A Flavia le deslumbraba ver cómo Boleslao bebía whisky seco, despacio y tranquilo. El whisky, para ella, era «agua de fuego», como para los salvajes (el niño es un salvaje atenuado o controlado), de modo que era como si Boleslao devorase vasos de llamas.

Boleslao era un fascinante comedor de fuego para Flavia. Aunque jamás compartieron el whisky, naturalmente. Hasta que un día bajó la madre, la vieja puta que sin duda lo sabía todo de la vida:

—Ya sabía que estabas aquí, Flavia, insensata.

Cogió a la niña de la mano y se la llevó. A Boleslao sólo le dirigió una mirada de reproche, ironía y asco. Aquella puta de lujo, sin duda, lo sabía todo de los hombres (Flavia no sospechaba las actividades de su madre: la veía como una marquesa con mucha vida social). Aquella puta de lujo nunca se había interesado por el nuevo inquilino, sin duda un solitario pobre.

Flavia no volvió a casa de Boleslao. Cuando se encontraban en el ascensor o en la calle, la niña aún le daba dos besos en las mejillas, pero con reticencia y lejanía. Sin duda, la madre la había prevenido contra él mediante esos confusos, oscuros y raros argumentos que se utilizan con los niños cuando se les quiere prevenir contra el sexo sin hablar de sexo. El hombre del saco, el sacamantecas, todo eso, en versiones barrocas y torpes. La vieja puta había visto en seguida en Boleslao a un especialista en menores, y cortó de golpe. Boleslao perdió, así, el único perfume que tenía su vida en aquella nueva/vieja casa, aunque jamás hubiera intentado nada con Flavia.

Ahora han pasado los años y Flavia tiene quince o dieciséis. Boleslao la ha visto crecer en los espejos del ascensor, en los saltos que da en el portal, en sus conversaciones de esquina con un compañero de colegio que ha venido a acompañarla hasta casa. Boleslao sabe y siente que Flavia es su Beatriz (leyó al Alighieri en la escuela), pero se limita al seguimiento de los cambios minutísimos en el pergeño corporal o atuendario de la niña: esa media del uniforme del colegio de las monjas que siempre lleva caída

(todas las putas mandan a sus hijas a un buen colegio de monjas, claro). Boleslao, buen *menorero*, tiene una teoría sobre las medias de las colegialas, esas medias que les llegan por debajo de las rodillas: la que lleva siempre las dos medias estiradas y altas es una frígida, una mujer de orden; con ésa no hay nada que hacer, se casará bien y por interés. La que lleva las dos medias caídas es una guarra. Pero la que lleva una media sí y otra no, una media caída, la derecha o la izquierda, luciendo la abrioleña y purísima pantorrilla de luz o dulce ocre, ésa es la irregular de la vida, la accesible, la imaginativa, la que hay que perseguir. Flavia. Desde hace años, Flavia sólo saluda a Boleslao de perfil, como al resto de los vecinos, o incluso más fríamente. Ella es ahora rehén de una vida distinta, la pubertad, el colegio, los chicos. Y, sin duda, siguen funcionando en su cabeza las cosas que su madre le dijo para persuadirla de que nunca más debiera bajar (o subir) al apartamento de Boleslao, de «aquel señor». Me recordará, o me verá ahora, como un viejo asqueroso que quería sobar a una niña. Me detestará.

Cuando coinciden en la pescadería, Boleslao se concentra en el besugo que tiene entre las manos, como si tuviera que averiguar algo en las entrañas del pez, por no saludar a Flavia, por no soportar la humillación de su saludo pálido y de compromiso.

Sólo que un común olor a sal y sexo, a pescadería, les envuelve. Y, seguramente, Flavia ya sabe lo que significan ciertos mundos cerrados de sal, pez fálico y olor, como una pescadería.

LA moto rueda cuesta abajo, hacia Madrid, por la autopista que los automóviles, con su intenso tráfico, han limpiado de nieve. Hans lleva subido el cuello de su cazadora de astronauta y Grock va abrazado, más que sujeto, contra la espalda de su amigo, y no tanto por la seguridad como por protegerse del frío que viene de los campos nevados.

No hay noche ni día, no hay cielo ni tierra, no hay aquí ni allá, sólo hay una moto roja, de ruedas infantiles y andadura poderosa, que viaja por lo negro y lo frío como las aeronaves por el espacio sin espacio y sin tiempo. A Grock, el viento de la velocidad le ha despejado el alcohol y el sueño. Reina una calma lunar o lunática que es la calma que sucede a las nevadas, como si la luna, por fin, hubiese caído en blandos pedazos sobre la tierra. Hans hace su bucle magistral para detenerse en una gran gasolinera, que casi parece un aeropuerto. Mientras les ponen gasolina, Grock se lo dice a Hans:

—Hans, que quiero volver a Cherezade.

—¿A estas horas, Grock? Me parece que no son horas. A ti te ha encoñado Clara.

—No te digo que no.

—Es que va a estar cerrado a estas horas.

—Para clientes como tú, está abierto toda la noche.

Hablan sin bajarse de la moto, mientras el empleado del mono amarillo le mete carburante a la máquina. Hans tiene vuelto hacia Grock su perfil efébrico, maduro y destruido. Grock se ha erguido en su asiento y mete las manos en los bolsillos del abrigo: se le van helando en el viaje.

—Pero Clara estará de dormida con algún yanqui gilipollas.

El sitio huele a gasolina fresca y oficina remota. Grock piensa que se bebería la gasolina, y le asusta ese estado del alcoholismo en que uno se lo bebe todo, y que va siendo el suyo. Le duele el verismo de Hans: «Estará de dormida con algún yanqui gilipollas.» Le duele en el corazón jubilado imaginar a Clara desnuda, con el pubis afeitado, dentro de una cama de hotel, pegada a la piel cerdal de un yanqui rubio y aspérrimo.

—No todos los días salen yanquis gilipollas —dice Grock.

Hans paga y vuelven a ponerse en marcha. No hay tiempo, no hay espacio, no hay luz ni sombra: sólo hay una luna caída dulcemente sobre la tierra, y fragmentada, con algo detestablemente navideño.

Cherezade está cerrando sus puertas. Grock se asoma a un interior que huele a mujeres ausentes, a humo frío y a moqueta. Un barman le informa:

—La señorita Clara se fue hará un par de horas, acompañada de un caballero.

—¿Un cerdo yanqui, un yanqui gilipollas?

—Lo ignoro, señor.

Grock va al teléfono, un teléfono tan sobado por las putas, y llama a la uvi, difícil y penosa búsqueda de Andrea, que al fin se pone, sí, gracias por llamar, ya le han desenchufado, ya sabes que la cosa es a las ocho de la mañana, van a venir, seguramente, Saura, Barjola, Antonio López y más gente, en fin, sus amigos, sus compañeros, espero que no faltes.

De modo que Andrea ya ha sustituido el dolor conyugal por la vanidad social: los grandes de la pintura, a los que ella habrá llamado, en el entierro de su marido: una consagración póstuma y momentánea del pintor que no vendía. Grock cuelga y vuelve a interrogar al barman respetuoso. Parece que el caballero (efectivamente yanqui) se aloja en un hotel caro e inmenso de la zona. Grock sale y le dice a Hans, que le espera con la moto en marcha, adónde tienen que ir. Grock se pierde en el hotel funcional y laberíntico, vacío (hay un bizantinismo de lo funcional: A. se lo había dicho aquella misma tarde, poco antes de morir: «Esto de Azca es ya el manierismo de lo funcional»). Grock pregunta a los conserjes de noche, describe al tipo, da su apellido (en el club parece que le llamaban mister Miller), y por fin hay una azafata joven, uniformada con los colores del hotel, que le informa de que mister Miller y una señorita morena han

abandonado el hotel hace media hora.

Grock vuelve a la moto y se sienta en su sitio. Grock y Hans hablan con la moto en marcha, uno detrás del otro:

—Nada de dormida. Han terminado el avío y habrán salido a tomar una copa. Luego, mister Miller la llevará en taxi a su casa.

—Mister Miller. O sea que era un yanqui gilipollas.

—Tú sabes dónde vive Clara, Hans.

—Deja ya esto, Grock. Clara estará durmiendo.

—Hans, dime dónde vive Clara de verdad.

—Estás borracho, Grock. Mañana te habrás olvidado de Clara. Y a las ocho tenemos que ir al entierro de tu amigo.

—He hablado con la viuda. Van a ir pintores famosos. De aquí a las ocho, podemos encontrar a Clara. Y no estoy borracho.

—¿Para qué?

—Si se te ha vuelto a acabar la gasolina, me bajo y cojo un taxi.

Hans pone la moto en marcha sin decir más. Grock va otra vez tieso por la ciudad dormida como un mamut ingente que duerme de pie.

Al cabo de un rato, Grock comprende que van hacia el barrio de la Concepción. Un viejo refugio de putas sin familia. Grock le diría a Hans que ha tenido los cojones de tirarse a una vieja como Pilar delante de su marido, y en cambio no comprende que él busque a una puta adolescente que se ha afeitado el coño unas horas antes, para él, por su capricho. Grock le diría a Hans que anda persiguiendo el vellocino de oro, como los caballeros medievales de los que Hans, como centroeuropeo, debiera saber más que él. El vellocino de oro, a fin de cuentas, no era sino el símbolo de un coño sublime. Lo dicen los historiadores. Grock busca eternamente la vulva de oro en la niña Flavia, en la amiga drogada de José López, en las solteronas follables que frecuenta, en las meretrices adolescentes. Pero Hans no es más que un mecánico y Grock se calla mientras la pequeña moto corre por la M-30, como una hormiga atómica por un largo sendero, hacia el viejo, mítico, franquista y olvidado barrio de la Concepción, que es ya la ruina de la época.

«Cada época se fabrica sus propias ruinas», habría dicho A., que ya no dice nada.

—Es aquí —dice Hans, parando la moto contra un bordillo, en la avenida central del barrio de la Concepción, dormido a tales horas.

Grock se dirige al portal sin preguntarle a Hans piso ni nada. Seguramente Hans, el viejo efebo germánico, ha estado aquí de dormida, alguna vez, con la adolescente Clara. Y Grock cambia los celos del yanqui por los celos de Hans, contra Hans. Todo esto en el breve trayecto de la acera. Da al botón de la luz, en el panel de los pisos, y luego lee todos los nombres y escaleras, quitándose las gafas y pegando al cristal su ojo/lupa de miope. Nada que recuerde a Clara:

—Oyes, Hans, ¿cómo se apellida Clara?

—Ni idea.

Entonces, Grock aprieta todos los botones, llama a todos los pisos, suscita una ballestería de voces dormidas, despiertas, alarmadas, indignadas, insultantes, complacientes, jóvenes y viejas, masculinas y femeninas:

—¡Clara, la señorita Clara...! —dice por el aparato.

—¡Ni Clara ni hostias, gamberro...!

Y en este plan.

Grock se queda un momento silencioso y pensativo. El panel se ha apagado. De pronto tiene un arranque: vuelve a llamar a todos los timbres, a despertar todas las conciencias, y cuando el retablo de voces ha llegado a su apoteosis, Grock se va en silencio:

—No la conocen o no quieren saber nada de ella. ¿No te habrás equivocado de

número, Hans?

Hans le mira con la ironía amistosa de sus ojos azules e infantiles (infantilismo que seguramente le ha llevado a elegir esta moto de ruedas circenses). Hans no dice nada. En la inmensa casa se han abierto algunas ventanas, se han encendido algunos gritos, han estallado algunas luces.

—Mejor será que nos vayamos.

Grock vuelve a la moto y dan vueltas sin rumbo por el barrio de la Concepción. Grock renuncia sin decirlo a su búsqueda del vellocino de oro. El vellocino de oro lo encontrará cualquier tarde o cualquier noche en Cherezade. Hans y Grock se conocen tanto que no necesitan hablarse. A este profundo entendimiento entre hombres es a lo que se llama amistad. Hans adivina que el bulto humano que le pesa cálidamente contra la espalda se ha dado por vencido, y entonces toma él la dirección del asunto, aunque no hay ningún asunto, y se aleja por la otra punta del barrio, hacia el campo, ese campo de cabras diurnas y borrachos nocturnos que está entre la Concepción y el cementerio de la Almudena, el inmenso barrio de los muertos. Los desmontes tienen luminarias de pequeñas hogueras, como los desmontes del cielo tienen luminarias de estrellas. Son los borrachos del Este de Madrid, del medio/Este, más bien, que pasan aquí la noche quemando cosas para calentarse, y bebiendo. Grock ha comprendido:

—Pero no traemos ni una puta botella, Hans.

Hans para la moto contra un caballón de tierra removida y saca una petaca de ginebra del bolsillo trasero del pantalón.

—Hijo de puta, traías ahí eso.

—Una petaquita como la de Hemingway.

Grock sabe que Hans adora al difunto Hemingway. Sus novelas las puede entender un mecánico y, sobre todo, Hemingway era un hombre de acción, apasionado por la velocidad de los caballos, de los toros y de los toreros. Hans también es un profesional de la velocidad: de la velocidad de los motores. Los descampados están cubiertos de nieve.

Se acercan despacio a la hoguera más cercana, que tiene un almenado de hombres y mujeres inmóviles:

—Hola, tíos.

Hay un hola colectivo y casi hospitalario. Hans se sienta en un hueco, a lo moro, con las piernas cruzadas, y pasa la petaca de ginebra en rueda, su petaca secreta y hemingwaiana. Grock se sienta lo mismo, en otro hueco, con un bebedor delgadito y perfileño entre él y Hans.

—Buena ginebra, tío inglés.

—Soy alemán, con perdón. Pero podéis llamarme inglés. Me llamo Hans.

La acogida de la pequeña tribu parece que ha sido afortunada. La hoguera de astillas y palos dispersos es una estrella caída que eleva sus modestas llamas al cielo, como queriendo volver arriba. De vez en cuando, alguien le echa un poco de whisky o ginebra al fuego, para avivarlo:

—El fuego también bebe —dice una voz sin voz. Y todos ríen. Se nota que es una broma muy repetida entre ellos. La petaca de Hans llega a Grock. La insospechada petaca de Hans. Grock chupa del morro a rosca y encuentra que la ginebra es buena. Este Hans es un hijo de puta, como todos los alemanes. Va cargado de ginebra y me tiene aquí muerto de sed.

—Eres un hijo de puta, Hans. Vas cargado de ginebra, llevas el bar encima, y me tienes aquí muerto de sed.

Grock le pasa la petaquita al hombre perfileño que tiene a su derecha. Luego se dedica a observar a los circunstantes: rostros gesticulados por la llama, pero inmóviles detrás de la luz. Grock, después de tanto whisky, gusta en la lengua y el paladar el sabor a enebro de la ginebra. Rostros de borracho, hombres y mujeres, el alcohol, como la

edad, borra los signos del sexo (y como la miseria).

Narices vagamente elocuentes, visibles en rojo, destacadas. Todos se parecen a mí. Yo me voy pareciendo a ellos. Todos los borrachos somos el mismo borracho. Ya voy teniendo, seguramente, la nariz de payaso del borracho. Soy Grock. Y Grock recuerda cómo, unas horas antes, o un rato antes, el jubilado Boleslao se transfiguró en el payaso alcohólico Grock, dentro del baño de un amigo, como dentro de una urna cineraria: una transubstanciación que sólo él conoce y que jamás contará a nadie: una nueva vida que nace cuando se ha terminado la biografía, si no te matas antes. Una vida ya sin biografía, sin tiempo ni espacio, libre. La página en blanco de la nieve.

Grock no experimenta ahora la jubilación y la soledad como un final de trayecto, sino como la apertura a un hombre nuevo, o a un deshombre, que viene a dar lo mismo. Al grupo ha llegado una silla de ruedas, empujada por una mujer mayor que se va aparte. En la silla de ruedas, Clara. ¿Clara? Grock comprende que, como a todo enamorado, las mujeres jóvenes le recordarán a Clara durante algún tiempo. Mira fijamente a la inválida, a través de las serpientes de llama donde los bebedores y los mendigos calientan sus manos llenas de edemas. La inválida es bella, morena, con algo oriental y triangular en el rostro, manos de hombre y piernas largas en medias negras. En seguida se advierte que es una habitual. Quizá es lesbiana y la que empuja la silla, su amante, se dice Grock.

La inválida no es Clara, pero tiene en común con Clara eso que tienen en común todas las mujeres hermosas, aunque sean inválidas. Bebe de lo que le dan, con la pausa del profesional, y luego saca de su chaquetón marinero una petaca como la de Hans. Empieza por beber ella misma y luego se la pasa a los demás. Grock no sabe si es whisky, ginebra o qué. Lo de aportar algo al redondel de bebedores parece un rito. Grock espera que le llegue la petaca en rueda, no por echar otro trago, sino por besar a la inválida (todos la llaman Bea, tiene las piernas hermosas e inútiles) en el morro de la petaca, a través de los besos y las bocas de todos los demás que han bebido antes.

Bea, Bea, suspira el enamorado de Clara. Clara, Clara, suspira el enamorado de Bea. La hoguera es ahora más alta, la estrella ha renacido y la voz de Hans cuenta historias de Grock (el auténtico y el improvisado) que divierten a todos. A Grock le admiten en su club de intemperie como Grock, y el hombrecillo perfileño que tiene a su derecha le da dos besos en las mejillas, uno caliente y otro frío, dos besos de amistad y alcohol podrido en la boca.

EL grupo deja consumir la hoguera y se pone en marcha. En el cementerio se reúnen todas las noches un grupo de bebedores, en un panteón ilustre y olvidado, que les preserva del frío, y la tertulia va a encontrarse con ellos.

Grock se acerca a Bea, la ve tan hermosa al resplandor de la hoguera, la besa en la boca larga, fina y sensitiva.

—Antes te he besado en tu petaca de ginebra, o lo que fuera, ya no me acuerdo de lo que era, Bea. Te he besado a través de otras bocas. Y ahora te beso directamente, porque eres bella e imposible. Toma tu petaca.

—¿Imposible?

—Eso creía yo de los parapléjicos, pero de todos modos me he enamorado de ti, de tu rostro malayo de frente, neoclásico de perfil, y yo siempre he pensado que se folla con una cara. Si la cara no me interesa, no me interesa el coño.

—¿Quieres empujar mi silla hasta la Almudena?

La amiga /¿amante? de Bea está dormida sobre un caballón de nieve, dopada de vino tinto, que al parecer es lo suyo. Grock empuja de muy buena gana, completamente despejado, la silla de ruedas de Bea, con cuidado de los desmontes, los accidentes del terreno, los cambios de rumbo y los rumbos cambiados. Grock es de pronto feliz, lo que nunca había sido, empujando la silla de ruedas de la parapléjica, a través de la noche, a través de los desmontes, camino del cementerio. A través de un planeta nevado y muerto.

Bea, Beatriz, tiene las piernas largas, el rostro exótico, el cuerpo delgado, la mirada amorosa y la risa canalla. Bea, consciente de su media vida, ha decidido darse a todo, quemarse en la existencia, dejarle sólo a la muerte un fardo vacío y femenino. Es lo que Bea le va explicando a Grock en su largo y penoso paseo por los desmontes que llevan del barrio de la Concepción (donde él no ha encontrado a Clara) al barrio de los muertos, o sea la Almudena, el gran Sepu madrileño del más allá, hoy bendecido por la nieve.

Los bebedores del cementerio «donde meriendan muerte los borrachos», según versos que Grock recuerda y no sabe de quién son, forman una tertulia en torno al panteón ilustre de un desconocido.

AQUÍ YACEN LOS RESTOS DEL ILUSTRE FULANO DE TAL Y DE TAL;

ACADÉMICO DE ESTO Y DE LO OTRO; CABALLERO DE SANTIAGO;

MIEMBRO DE LAS REALES ACADEMIAS DE TAL Y TAL;

ACADÉMICO DE NÚMERO, ETC.,

SUS PARIENTES Y DISCÍPULOS; QUE NO LE OLVIDAN, ETC.

La tertulia de bebedores se integra inmediatamente en la tertulia panteónica, y todos son bien recibidos. Aquí, el barroquismo cementerial de los marmolistas preserva del frío. Y de la nieve.

La lápida dice lo mismo que decía el frontispicio, y sobre las letras vagamente latinas hacen los borrachos su hoguera y su fiesta. Bea tiene los ojos hermosos y dañados, la voz exquisita y canalla, fuma porros todo el rato y bebe de su petaca, ahora que no hay que pasarla en rueda. Grock la ha colocado en un lugar de preferencia y, sentado enfrente, la observa, la estudia, la ama.

Los ángeles, de un neoclasicismo malo, asisten a la orgía de los borrachos. Los tronos, las potestades, las dominaciones, de un barroquismo frustrado, asisten a la orgía de los borrachos. Grock estudia a los bebedores uno por uno. Son los mismos mezclados con los mismos. El lumpen también conoce su monotonía. De la monotonía no se salva ni el lumpen. Los marginales pueden resultar tan parecidos a su clase, tan idénticos, como los funcionarios. Y esto deja desolado a Grock, que de pronto había soñado con una vida nueva y marginal.

Si en lo marginal vuelve uno a encontrar la monotonía (la vida trabaja en serie, y por eso es vida), ¿dónde salvarse, en qué esquina? ¿En la nieve?

Quizá el sexo. A los borrachos del panteón les redime vagamente una luz de mármol

falso que las llamas arrojan sobre el monumento. Son los mismos borrachos de antes, con sus narices visibles y sus chistes malos y repetidos.

Una orgía de borrachos sobre un panteón de hombre ilustre es una cosa que a Grock le excita una imaginación poética que no tiene. De modo que decide dedicarse a Beatriz.

Hans ha venido hasta aquí con su moto, trayendo a una chica improvisada y diminuta con la que seguramente se va a acostar luego. Bea fuma porros, esnifa coca, bebe alcohol de su petaca, y Grock se dirige a ella:

—¿Quieres que nos demos un paseo por el cementerio?

—Quiero.

Grock vuelve a empujar la silla de ruedas, lleva a la bellísima Bea, que fuma un porro/trompeta, entre las tumbas y los columnarios, entre los panteones y los nichos, en un paseo tranquilo, bello, ecológico, solemne y nocturno. Van descifrando algunas lápidas (la oscuridad no lo permite) y disfrutan con la retórica de las pompas fúnebres: «La niña Cunegulda Pérez y Pérez, que voló al Señor el día...» Por fin llegan a un calvero del cementerio, «el Sepu de los muertos», como lo llamó un escritor, Grock arrima la silla a una pared de nichos y se pone de rodillas ante Bea:

—¿Funcionas?

—Funciono.

Beatriz no funciona en seco, pero mediante el alcohol, el has y el pico, su sexo despierta (es lo único que despierta de cintura para abajo, en ella), y Grock, levantando su minifalda de muerta coqueta, abajando su braga mínima y delicada, sosteniendo a la muñeca inteligente con el brazo derecho, se folla a la inválida forzosamente, incómodamente, felizmente, acariciándole el pelo y las mejillas malayas con la mano izquierda. Es como violar un ave desalada, una muerta gigante, una muñecona con sexo y sin vida.

—Berta, Beatriz, amor, amor...

La inválida tiene un orgasmo, más que por la eficacia del viejo por la acción de todo lo que ha ingerido, y llegan a anudar/reanudar sus lenguas en lo desconocido de la cópula simultánea y feliz, a lo Denis de no sé qué.

—Gracias, Beatriz, eres muy hermosa.

—Gracias, desconocido, soy una ruina.

LOS borrachos duermen al abrigo del panteón malogradamente barroco. Uno de ellos, el hombrecito perfileño que Grock tuvo por compañero en la anterior tertulia, se ha abrigado en las alas de piedra de un San Miguel Arcángel que imita a Pérez Comendador, en sepulturero, y tiene sobre la floja bragueta una botella vacía, y sobre la botella sus manecitas cruzadas de niño devuelto a la infancia por el vino.

Grock y Bea siguen paseando por esta estribación de la Almudena, en silencio, felices e intercomunicados a su manera, quizá la mejor manera posible: él empuja la silla de la muchacha. A veces hacen comentarios sobre las sepulturas, los panteones, los muertos, la noche en calma (no parece que vaya a haber otra nevada) y la vida en vilo. De todos modos, la nieve caída al anochecer ha puesto realidad de pluma en las alas de algunos ángeles.

A GUMERSINDO SINDE ORDÁS,
SU AMANTE ESPOSA QUE NUNCA LE OLVIDA;
QUE JAMÁS LE OLVIDA...

—Ordás es cacofónico con jamás —dice Bea—. Menos mal que lo han distanciado un poco con el «nunca». Las viudas suelen tener mala sintaxis.

De modo que Bea sabe de eso, tiene oído para la prosa. Grock siente que se enamora más y más de la sapientísima parapléjica:

—Beatriz...

—Qué.

De vez en cuando, Grock para la silla y besa a Bea en su melena negra y corta, con líneas blancas. «El tiempo subió sus hilos a tu pelo.» El espacio bajó su blancura a tu edad.

—Nada.

El paseo de vuelta es más demorado y literario que el paseo de ida. La noche es roja y quieta. El tiempo es azul y puro. La vida es nocturna e inflamable. Bea, a veces, levanta una mano para coger la mano de Boleslao, que empuja la silla. Ha nacido un amor. Pero ha nacido un amor muerto. El mundo es una cosa borracha que gira hacia el alba. El mundo es un barco beodo que no avista tierra. Bea, el ave desalada, la gigante muerta, la muñeca con el sexo vivo y las piernas colgantes, ama a Grock.

—Pero tú no te llamas Grock.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta tarde.

Bea ríe con su risa callejera y canalla. Risa de alcohol femenino donde hay una punta blanca de locura, un miligramo de coca, como en los ángeles de William Blake, que el difunto A. le tiene tan explicados a Grock/Boleslao. Los borrachos se van yendo, el frío arrecia, la dulce nieve deja paso al inclemente viento, la hoguera de astillas, alimentada con whisky y ginebra, muere sobre las letras latinas del muerto ilustre.

Que ya está bien, que esto es un cachondeo, que adónde te has metido, puta, que largo de aquí este retablo, que nos vamos ahora mismo a casa, que me cago en la madre que me parió y que le parió a este tío...

—Señora...

—Ni señora ni hostias.

La madura hombruna, la institutriz de Bea, ha reaparecido, despertada de su siesta de vino, y le indigna la huida de la inválida y la presencia de un hombre en su vida.

La madura hombruna, con un aura de tinto, se lleva a Bea empujando la silla. Hans ha desaparecido con su motita y su amante diminuta. Sólo queda el hombrecillo perfileño, celestialmente dormido entre las alas del ángel con plumón de nieve. Grock se sienta en una sepultura cualquiera, sobre la tela del abrigo (el frío del mármol nocturno y decembrino le traería colitis), a mirar y pensar.

El bulto confuso de la vinácea empujando la silla de Bea se pierde entre los desmontes y caballones de la noche. Está claro que la hombruna, la bollacona, el tortillerón, le

hace trabajos de sexo a Bea, como se los haría cualquiera. Está claro que viven juntas y que Bea, la increíble Bea, depende absolutamente de la otra.

Grock las mira a lo lejos como otro amor que se le va, como otra realidad que se le va, como otro asidero a la realidad que pierde: la oficina, la jubilación, la niña Flavia, las tristes solteronas que follan, la amiga de José López que está más al porro que al acto, A. que se le muere, Hans que ha desaparecido con una putuela diminuta (todo es diminuto si se ajusta a la escala de Hans), Clara, que era como un querubín jugando con un hacha entre las piernas, Bea, ave desalada y desolada que se le lleva una bollacona, y vuelta a lo de todos los días.

El hombrecillo perfileño se ha despertado por el frío, sin duda, se estira (tiene poco que estirar), se pasea sobre la gran lápida del muerto, satisfecho y suficiente, pisa la hoguera con sus altos tacones de hombre bajo, con sus calzas, pisa el resto de hoguera, y luego ahuyenta las cenizas a patadas: el hombrecillo perfileño, quizá, viene aquí todas las noches, y no quiere dejar huellas para que no les vigilen e impidan la vuelta. Grock le observa desde la sombra. Pero el hombrecillo baja los tres escalones del panteón y se dirige a él:

—Usted es un retablo, usted es una carroza, usted es una mierda, y además a mí me parece que usted es de la pasma, un madero de paisano, yo es que de usted no me fío, desde que bebimos juntos en la primera hoguera: ¿por qué no se va usted a la mierda en lugar de estar aquí espiándome?

El hombrecillo diminuto se le ha plantado delante a Grock, con toda la arrogancia corta de su persona, de una borrachera bien dormida, que quita la vacilación y deja la ira.

—Yo es que, verá...

En esto que Hans con su moto. Perdona, me he entretenido por ahí con una putuela, con una guarreta. Te veía enrollado con la minusválida. También tú tienes unas cosas. Anda, monta.

Grock monta, se abraza a Hans y parten petardeando hacia donde sea. El hombrecillo jactancioso les mira solitario y no sabe qué hacer. De momento se quita las calzas, que le duelen mucho a esta hora, bebe de su petaquita secreta (parece que todos la tienen) y se echa de nuevo a dormir entre las alas barrocas, con plumón de nieve, del ángel apócrifo de Pérez Comendador.

ALGUNAS tardes, después de la siesta, después de haber almorzado con los albañiles, Boleslao se daba un paseo hasta el Retiro, por Lagasca o por Claudio Coello, calles rectas, largas, estrechas y educadas por cuyas aceras se puede transitar sin pensar en nada, o pensando uno en sus cosas. El Retiro, en primavera, era una locura de juventudes y ancianidades, más alguna exposición abstracta y monumental de algún extranjero famoso, como Henry Moore o así.

Boleslao recordaba el Retiro de cuando la dictadura, con los novios huyendo de los guardas jurados para darse un pico, los jubilados jugando a las cartas sobre un banco de madera, con un periódico por mantel, y los cisnes rubenianos dando su espectáculo para nadie en el lago pequeño del Palacio de Cristales, una cosa, un mundo cerrado que a Boleslao le gustaba mucho y le sonaba así como a romántico, pero que era directamente modernista, o sea el Modernismo:

Lo que de él había quedado.

Luego, con la democracia, el Retiro, que fue, desde los tiempos de Baroja, un hermoso e inmenso parque habitado sólo por niños, viejos y reclutas, se había convertido en el Hyde Park de la juventud madrileña, en el paraíso reencontrado de su movida, y los grupos tocaban la guitarra sobre la hierba y las parejas hacían el amor bajo cualquier pinsapo centenario. El Retiro, en fin, se había poblado de atletas espontáneos, corredores a paso de carga o cualquier otro paso, tíos en chándal, niñas preciosas (en todas veía Boleslao a Flavia), con minishort y patines, deslizándose de un lado a otro y dejando ver la media luna morena de un glúteo por bajo el vaquero minutísimo.

Boleslao se alegraba de que le hubiese tocado este Retiro, tan poblado y democrático, mejor que el Retiro de toda la vida (cuarenta años), donde sólo habría sido un jubilado más entre los jubilados. Los soldados, los marineros en tierra del Ministerio de Marina, las criadas y sus niños seguían yendo al Retiro, naturalmente, pero ya casi ni se les veía entre la basca de músicos, adolescentes, visitantes de exposiciones monstruo y atletas de fin de semana.

Por el estanque grande ya no bogaban parejas melancólicas y distanciadas, sino jaurías enteras de chicos y chicas que siempre acababan tirando alguien al agua. Boleslao tenía en el Retiro dos puntos magnéticos, dos lugares de atracción adonde volvía siempre: la colina de los gatos y la pista de patinaje de las niñas. En la colina de los gatos, cerca de la entrada de O'Donnell, Boleslao se estaba horas echando comida a aquellos bichos (igual que se la echaba a los gatos del patio de su casa: la comida que compraba para fingir que se cocinaba él mismo), viéndolos subir y bajar, aparecer y desaparecer, comer y marcharse, robar innecesariamente una tajada e irse a comerla a otra parte: el gato es ladrón porque tiene alma de ladrón, y necesita esconder en seguida lo que roba, para comérselo a gusto; el gato no cae en la ingenuidad del perro, que come en el mismo sitio donde encuentra la comida.

Boleslao amaba a los gatos, y más aquellos gatos callejeros, selváticos de la inmensa selva del Retiro, peliverdes o de un azul inverosímil en un gato, todos gatos comunes europeos, la más bella raza de su especie, con la cabeza triangular, las orejas en pico, el cuerpo esbelto y la zarpa de sangre y terciopelo.

Muchos de aquellos gatos ya conocían a Boleslao, ya le olían, y cuando él se aproximaba al montículo de los gatos, pura *porqueruá*, como había oído decir últimamente a los jóvenes, los gatos descendían de su pirámide, más egipcios que nunca, con los ojos encendidos en verde, en rojo, en magenta, en oro, en plata, en azul, en metal, en piedra, y esperaban la carne o el pescado de su amigo. ¿Amigo?

Luego, los gatos huían con el botín, pero su descenso de las cumbres, como faraones hambrientos bajando de la pirámide de mierda, era algo que a Boleslao le llenaba la tarde. Algún gato insistente venía a trenzarse en sus piernas, haciendo dulcísimos ochos con su cuerpo y su cola en los tobillos de Boleslao, en espera de más comida y ofrenda de gratitud previa. Sólo con aquella gratitud de un gato perdido, Boleslao, el

jubilado de sí mismo, lloraba silenciosamente.

Pues que Boleslao, entre otras enseñanzas de la edad, estaba descubriendo/recuperando el llanto.

En la pista de patinaje, los chicos y las chicas trazaban sus elipses inmensas y adolescentes, trenzaban sus figuras leves y firmes, se hacían transparentes en la patinación o evidentes en la caída. Boleslao, como otros cuantos solitarios y maduros, contemplaba el espectáculo apoyado en la barra de hierro que limitaba el gran rectángulo de la pista. El sol de abril, como un chal por la espalda, el sol de agosto, como alguien que se le ha subido a uno a hombros, el sol de otoño, que era como llevar un saco de membrillos a la espalda, el sol de invierno (siempre sol en Madrid), como un cuchillo de oro y frío clavado entre las paletillas. Bajo cualquier sol, Boleslao miraba a las niñas, a las adolescentes patinadoras, perdía las horas siguiendo la gracia de sus desvaríos, la desgracia de sus caídas, el aire de su vuelo, el flotar de una melena, como estela de la velocidad, la vela desplegada de una falda breve en el mar de sol y brisa que la propia muchacha iba creando. Siempre, ya se ha dicho, buscaba a Flavia entre las patinadoras, porque era la única adolescente que conocía y porque ella le había contado alguna vez que patinaba en el Retiro.

—Pues te tengo que regalar unos patines, Flavia.

—De eso nada, mi madre no me deja que los hombres me regalen cosas. Y mi madre sabe mucho de hombres.

—Yo no soy un hombre, Flavia. Sólo soy un vecino.

A la niña le hizo gracia la salida. Pero Boleslao tenía conciencia de su cualidad, o falta de cualidad, de vecino gris que pasa inadvertido. Y en profundidad tampoco era otra cosa. Entre las patinadoras del Retiro jamás encontró a Flavia. Pero todas se parecían a Flavia, todas eran Flavia. Cuando nos falta una mujer concreta en la vida, todas las mujeres del mundo vienen a sustituirla, siquiera sea visualmente. Quizá sea el sentido de equipo que tienen las mujeres, se decía Boleslao. Son samaritanas. Nunca le dejan a uno completamente solo. Cuando se cansaba de estar de pie, sobre una pierna o sobre la otra, apoyado en la barra de hierro, Boleslao se iba hacia algún banco cercano a pensar, a no pensar, a olvidar, a recordar, a comerse la merienda que no llevaba, como esos solitarios que comen en los parques, a descansar, a mirar más de lejos, distraídamente, el espectáculo rico, vario, remoto, irreal y concretísimo de las patinadoras (su ojo selectivo tenía el don de borrar/anular a los machos sin mayor esfuerzo). Una tarde en que Boleslao estaba con la cabeza baja, mirando la arena del parque, que el medio sol de la media tarde imaginaba de oro, Boleslao advirtió que alguien se acercaba y levantó los ojos, todavía un poco cegado por el oro que lucía en la arena. Una esbelta patinadora se acercaba hacia él con los patines puestos, deliciosamente torpe en su pisar la arena con las ruedas, lo que la obligaba a mayor juego y lucimiento de sus purísimas rodillas, ya que traía falda corta, propia de aquel deporte. Boleslao vio las rodillas gloriosas y adolescentes, el vuelo de la falda blanca, los calcetines blancos y cortos, los pies graciosamente monstruizados por los patines, pero más arriba no veía, porque se lo impedía el sol de la primavera. La niña se detuvo ante él.

Era Flavia.

—Hola, vecino, qué sorpresa verte por aquí.

A Boleslao se le paró el corazón y estuvo un rato esperando a ver cuánto dura un hombre con el corazón parado. En vista de que el corazón no se ponía en marcha, Boleslao decidió seguir viviendo sin corazón. Levantó la vista, con una mano de visera, y vio la cara efébrica y delicadísima de Flavia, su melena muy corta, pero densa y aclarada por la luz, del castaño al cobre, su niky, donde apuntaban unos pezones aún sin pechos (Flavia debía de andar entonces por los catorce) y sus brazos desnudos, en que el rayo de la tarde imaginaba un vello levísimo y rubio.

—Hola, Flavia. Yo vengo mucho aquí. Todos los jubilados venimos.

Flavia se sentó un rato al lado de Boleslao, y esto le ponía incómodo a Boleslao, porque sólo veía la silueta de la niña y porque ella, en cambio, le estaba viendo toda la crudeza de la edad, la fealdad y la soledad al sol alto y poniente.

—Ya te digo que yo vengo aquí casi todas las tardes, Boleslao.

—Bueno, yo no sé lo que te he dicho, con la sorpresa, pero la verdad es que no vengo casi nunca. Me aburre el patinaje. Y nunca te había visto.

—Yo tampoco a ti, aunque no miramos para los espectadores, claro. Estamos a lo nuestro.

—¿Patinas bien, Flavia?

De la cercanísima Flavia le llegaba un mundo de sudor limpio, esfuerzo joven y corazón violento. Él seguía con el corazón parado.

—Patino regular. Tampoco quiero ser patinadora. Patino porque me divierte y porque mamá dice que es sano.

—No quieres ser patinadora. ¿Qué es lo que quieres ser, Flavia?

Flavia se estaba desanudando uno de los patines, el izquierdo, con las piernas cruzadas en aspa amplia. Un observador (que afortunadamente no había) del banco de enfrente, le hubiese visto la braga. Luego se quitó el calcetín blanco y empezó a masajearse el pie. Un pie breve, esbelto, fino, blanco, con más hueso que carnalidad. Un pie que iba perdiendo la cosa infantil y fofa, pero iba ganando línea, lámina, esbeltez.

A Boleslao le alegró y le excitó la visión de aquel pie en transformación (era como asistir a la transformación de una especie en otra superior, pero no a través de millones de años, sino a través de millones de segundos que a Boleslao le envejecían como si fuesen tales años).

—No sé lo que quiero ser, ni me importa. Los mayores siempre preguntáis esas cosas. Quiero terminar los estudios y ya está. Ya veremos luego.

—¿Quieres que te masajee yo el pie, Flavia?

—No, gracias, ya está. Era un calambre. Pasa mucho patinando. Por eso me he venido aquí. Por eso y porque te he visto, claro.

Y Flavia se ponía el calcetín, se volvía a anudar el patín, siempre con la rodilla en alto, en pico, gloriosa, llena de luz dorada que en su piel se hacía lechosa.

—Gracias, Flavia.

—¿Gracias por qué?

—Por venir a saludarme. Eres una niña educada.

Siempre la braga al aire, el interior de los muslos y el sexo purísimo, refrescados, visitados por la brisa primaveral: todo lo que Boleslao no podía ver. Un mundo de sudor claro, esfuerzo limpio, corazón de cierva vulnerada o de paloma de San Juan. Flavia, Flavia.

Y Flavia se fue por donde había venido. En tardes sucesivas, Boleslao se acercaba hasta el Retiro —«al fin y al cabo, es mi costumbre»—, y terminaba, inevitablemente, agarrado a la barra de hierro de la pista de patinaje, tras haberles echado la comida, un poco a voleo, a los gatos de O'Donnell, que tienen enfrente (desquiciamientos de Madrid) la estatua del general Espartero, estatua ecuestre donde las zancas abiertas del presunto liberal se llenan con la curvatura poderosa del caballo.

Boleslao, sujeto a la barra como un condenado a sus rejas, nunca volvió a ver a Flavia entre las patinadoras, como nunca la había visto, ciego de ansiedad. Sabía que ella estaba allí, lo intuía, y quizá ella le estaba viendo a él, pero nada. O quizá Flavia no había vuelto: las clases, los primeros novios, todo eso por lo que se abandona momentáneamente el patinaje en la vida, sin saber que se abandona ya para siempre.

Hasta que una tarde, especialmente atormentado Boleslao, no sabía por qué, oyó a dos chicos que patinaban juntos, y que se deslizaron a su lado:

—Ahí está el novio de Flavia, el carrozón...

Sí, lo había oído, no era invención suya. Se mantuvo un corto rato sujeto a la barra, mirando, como si no pasase nada y, sobre todo, porque, de haber soltado la barra, habría caído al suelo. De modo que él era el cachondeo de aquellas mocedades patinadoras, el viejo payaso, Grock (o quizá Grock aún no había nacido en él).

Otra puerta que le pegaba la vida, otra hostia en la boca del jubilado prematuro que quiere seguir viviendo. Boleslao respiró profundamente aquel olor a tarde primaveral y juventud en acto, aquella cosa entre la flor de la acacia y el sexo de la adolescente. Y, por supuesto, no volvió nunca más a la pista de patinaje.

LA moto corre otra vez por la M-30, buscando ahora el centro de la ciudad. En sus flecos desflecados, Grock siente, mientras va pegado a la espalda de Hans, que ha tenido, que está teniendo un día y una noche completos, redondos, o quizá en forma de elipse (a Grock le gusta más la elipse que la circunferencia). Grock quisiera que esta noche no se acabase nunca. Por fin ha salido una jornada completa en su vida, y hay que aprovecharla. Hay que vivirla. Los dos polos de su elipse de un día y una noche son el entierro del perro muerto de José López, en la Casa de Campo, y el entierro de A., que le obliga a permanecer levantado hasta el lunes por la mañana (ya es lunes, claro, pero la moto sigue arrastrando una estela de domingo).

Calle de Jardines, cinco de la mañana, quizá, salida de las discotecas, una juventud agresiva de cremalleras, complaciente de colores, colocada y vivaz, siempre vivaz. Hans tiene la moto escorada contra la estrecha acera de la estrecha calle. Sin bajarse de la máquina, Hans y Grock se han comprado unos bocadillos y se los están comiendo. Grock tiene el hombro derecho apoyado contra la pared de una casa y, mientras come (bocata de jamón de jabalí), mira a las chicas que salen de la disco unguadas de música, con sus minifaldas vaqueras y sus piernas rojas de flamenco, con su adolescencia maquillada: rostros casi infantiles que portan ya los tatuajes de guerra de su tribu, de esa tribu fascinante y fugaz que es la juventud. Los bocadillos los ha pagado Hans, porque a Grock no le queda un duro.

Y unas cervezas.

A la puerta de las discotecas, freidurías y puestos de bocatas, jamón de jabalí frito sobre la marcha y panecillos recién panificados, un olor a carne quemada, angostura y juventud. Entre las muchachas, de pronto, Grock reconoce a una: la amiga de José López que se benefició en la remota, remotísima tarde, una tarde que ahora le parece de otro día, de otro tiempo, de otra vida. Ella también le reconoce y se acerca a la moto. Grock hace las presentaciones vagamente. Los tres mastican. La muchacha (Grock no recuerda cómo se llama, si es que lo ha sabido alguna vez) tiene el hambre que da la droga, el hambre que da la noche, el hambre que da el hambre. Le pide a Hans que la invite a otro bocata y Hans la invita. La chica vuelve, además, con tres vasitos de plastiqué llenos de un vino malo, nocturno y triste.

—No sabía que tuvieras amigos tan guapos, tú, como te llames.

Grock comprende en el acto que la muchacha va a acostarse con Hans. Y le salen los celos previos y el rencor eterno:

—A Hans no te va a ser tan fácil tirártelo como a mí.

La muchacha, la amiga de José López, de quien nada se sabe, por supuesto, «nunca volvió de comprar puntas», acaricia con su mano pequeña y ojival la cabeza germánica, efébrica y destruida de Hans, coge sus manos de gigante.

—Dame más dinero, Hans, que voy a por más intendencia.

Hans le da dinero y la chica (perfil de cuchillo judío, bellissimo, y boca podrida) vuelve con más bocatas y más vino. Hans y la muchacha empiezan a comer y beber a medias, en esa promiscuidad gastronómica que presagia siempre la promiscuidad sexual. Grock se baja de la moto, masticando con ganas el segundo bocadillo de jamón de jabalí, y bebiéndose de un trago el vino desastroso. Tira el vasito al suelo:

—Voy a echarme por ahí una meada olímpica.

Y se pone a andar calle adentro, hacia la oscuridad y el sueño de Jardines, una acumulación silenciosa de pensiones, casas de putas, casas de citas y buhardillas de ancianas pensionistas que cuidan geranios. Grock va llorando sobre su jamón de jabalí, mientras se aleja. El jamón está muy salado, por el jabalí o por el llanto. Grock se pierde por calles secundarias.

—El episodio Hans ha terminado —dice en voz alta.

El episodio Hans ha terminado.

Grock camina Madrid con el cuello del abrigo subido, el frío en la nariz del Grock

famoso y el cuerpo satisfecho de vino malo y jabalí. No sabe adónde va, no va a ninguna parte, solamente pasea, vuelve a pasear, que es lo suyo, a cualquier hora del día o de la noche. El pasear quema hidratos de carbono, hace funcionar el corazón y todo el cuerpo, le mantiene a uno en forma, se repite a sí mismo: todo lo que les ha oído siempre a los médicos. De lo que no le han hablado nunca los médicos es de cuando se pasea, no por quemar hidratos de carbono, sino porque no se tiene adónde ir.

—Me iría a casa a dormir, pero tengo que aguantar hasta las ocho, hasta el entierro de A. Van a ir artistas famosos.

UN coche Renault, viejo y alegre, viaja hacia atrás por el paseo del Prado. Grock se espabila con el espectáculo e incluso comprende dónde está. Está en el paseo del Prado, durmiendo en un banco de piedra que es como una tumba (como una continuación de la fiesta de las sepulturas, pero sin fiesta).

León. León Colón. Ése es León Colón, el único que conduce de noche en Madrid, borracho y hacia atrás. El escritor (inérito e ilecto) León Colón. Grock se deshace de su sabanaje de periódicos, periódicos que quizá se ha sacado de los bolsillos, sin saber que los llevaba. Grock, aprovechando que no hay tráfico a las tantas de la madrugada, corre hacia el coche, que va lento y de culo, un Renault, sí, viejo, alegre y marrón.

—¡Eh, León, que soy yo...!

León para el coche y Grock se sube.

—Ya sabes que a esta hora necesito darme un viaje hacia atrás. Es peligroso, pero tampoco mucho.

—Te acompaño en tu viaje.

El coche llega hasta Cibeles, da una vuelta completa a la plaza y sube de culo por la Gran Vía, desierta. León Colón es menudo, mínimo, dulce, sabio, escritor y alegre, aunque fracasado. Grock se siente más unido a él por el fracaso que por la literatura, claro.

Grock siempre se lo ha dicho a León Colón: «Tienes un nombre imposible y cacofónico, con ese nombre nunca llegarás a nada, invéntate un seudónimo, haz algo.» Grock, que entiende a medias las cosas de León Colón, siempre entre el estructuralismo y la novela inglesa mal traducida, tiene muy claro que los famosos que él ve en los periódicos tienen nombre de famosos.

El nombre o lo tienes o te lo inventas. Lo que no puede hacer León Colón, pequeño, débil e incansable, es seguir imponiendo (no impone nada) el León Colón. Se trata de una cacofonía llena, por otra parte, de resonancias zoológicas e históricas. Pero ahora hay que atender al tráfico (muy poco a estas horas) por el parabrisas, y por el retrovisor, ya que son los de atrás quienes imponen el ritmo.

León Colón, siempre que está borracho (lo suyo es el bifiter con no sé qué), conduce hacia atrás, para asombro de amantes (pocas) y de amigos: muchos, porque León Colón es ameno, sabio, conversador y bueno. De la mujer parece que se separó hace años.

Remontada de culo la Gran Vía, lo cual tiene su mérito (a estas horas no hay guardias), León Colón aparca en la acera:

—¿Tomamos por aquí la penúltima, Boleslao?

—Ahora me llamo Grock.

—Por mí, como si te llamas Robín de los Bosques. Te conozco hace tiempo y sé quién eres. Digo que la penúltima.

—Me he quedado sin un duro, Colón.

—De eso ni se habla. Vamos ahí mismo antes de que echen el cierre.

Es el mismo bar/casa de lenocinio elegante, con resabios de los cuarenta, donde Grock, cuando no era Grock, estuvo a las tres de la tarde —qué tres de qué tarde— con José López.

Pero está cerrado. Colón se refiere a la vieja que vende copas en plástiqué y bocatas de mierda a la puerta del clausurado local, para quienes viven o mueren la noche. León, el brevísimo León, compra dos bocatas de mierda y dos whiskies en plástiqué para su viejo amigo y para él:

—Algo es algo.

—Eso.

Comen y beben de pie, mientras pasan entre ellos las últimas putas de la Telefónica y los primeros carteristas del Metro, que se abrirá, quizá, dentro de una hora.

—Ahora vamos de culo hasta Fernán González y te quedas a dormir en mi casa,

Boleslao.

—No, Colón. En Fernán González no viven más que fascistas siniestros, grueros, folladores, franquistas y huidos. O vivían. Bueno, ya te he dicho que huidos.

—¿Te da miedo seguir de culo?

En la plaza de Callao sopla un viento madrugador y guadarrameño que trae un diciembre silvano y asesino hasta el cuerpo de los dos amigos, sólo defendido por el alcohol.

—No me da miedo seguir de culo. Y cámbiate el nombre, por favor. Cambiará tu suerte en cuanto dejes de firmar León Colón. Temo más a la vida, a mi vida, que a la muerte, a mi muerte. Pero prefiero quedarme aquí.

—Te va a ligar una puta de la Telefónica.

—Ya te he dicho que no me queda un duro. Nada como la indigencia para salvarse del sida.

—Qué gran frase, Boleslao. ¿Me permites que la anote?

—Tuya es.

La Gran Vía empieza a estar absolutamente desierta, lo cual también es un espectáculo curioso en la calle más populosa de España. León Colón —bajito, gafitas, sonriente, sabio y bueno, más erudito que escritor, quizá— se despide de Boleslao/Grock (Grock no se molesta en explicarle su nueva personalidad: no hay que dar el coñazo a los amigos), se mete en su coche y lo pone en el carril correspondiente, pero de culo.

Así desaparece de la vista de su amigo. Grock se queda en la meseta de Callao, azotado por todos los vientos, junto al bar cerrado donde inició realmente su domingo interminable —¿será cierto que es circular el tiempo?—, y la calva se le hace más calva con el soplo violento que le mueve los cuatro pelos. Se sube el cuello del abrigo de espiguilla, este abrigo que le corrobora porque le huele a él mismo, y porque va a ser su último abrigo, según revelación que tuvo a las tres de la tarde en el bar ahora cerrado.

Grock/Boleslao, o a la inversa, con un vaso vacío de plástico en la mano, se ha quedado cósmicamente solo a las seis o las siete de la mañana (quizá ya se ha dicho que este hombre tiró el reloj el día que le jubilaron, o quizá no). El vaso está vacío, pero el whisky le funciona en el alma, como siempre, y se siente y se sabe en la mitad de la rosa de los vientos —Callao—, centro convencionalmente geográfico de España, calado por el cierzo y erguido de alcohol, erguido.

BOLES LAO, algunas temporadas, había salido con las solteras, con las solteras del zoskón y otros pubs maduros de la serranura. Las solteronas, siempre en racimo, con la democracia y la libertad, unas follaban y otras no.

Boleslao era lobo solitario, lobo estepario. Siempre había creído que la caza de la hembra había que hacerla al anochecer y en solitario. Nada de la juerga de amigos, que unos les estropean la operación a otros. Y tenía apartamento propio, aunque pequeño, pero céntrico. Esto del apartamento propio y sin mujer las impresionaba mucho, porque la ligona lleva dentro una esposa frustrada y en seguida quiere organizarle la casa al hombre libre.

—Separado, claro.

—Soltero, amor.

Y se quedaban tiesas. Boleslao descubrió así que le era posible vender su soltería a cualquier precio, que cualquier mujer de cuarenta se le entregaba sólo por sentirse reina de aquel pequeño reino masculino, que, como dice Djuna Barnes, la muy bollacona, huele siempre a metal. Claro, el hombre huele a metal, el metal está en la saliva, como el miligramo de plata en el mar, y es, por cierto, lo que produce el sarro.

—¿Tienes sarro en los dientes?

—No. Por qué.

—Es que todos los solterones tienen sarro en los dientes.

—Yo no soy un solterón. Soy un soltero.

—Hijo, tampoco te pongas así, que sólo era una pregunta.

Y se limpiaba con un pico de la sábana todo lo que le fluía de la vagina, después de la cópula.

Las solteronas era pastueñas, abundantes, escasas, salían de sus oficinas a las siete o las ocho de la tarde y andaban por los zoskones de su generación a la busca del hombre. Con Franco, para casarse. Sin Franco, para enrollarse. Boleslao, con los años, se había ido haciendo selectivo y no se contentaba con cualquiera, sino que elegía la solterona con un resto de la gracia de los veinte a sus cuarenta, la solterona que se mantenía delgada, ingenua, la solterona, en fin, que llevaba dentro de sí, viva y muerta, a la niña que fue.

Muy de tarde en tarde aparecía una. Incluso aparecía la solterona que se lo había montado de tal, con piso y empleo propio, naturalmente:

—Esta casa tuya es una mierda, Wenceslao, hijo, o como te llames. Desde mañana vamos a la mía, que se está más a gusto.

Y Wenceslao/Boleslao no decía nada, pero se le abría el mundo por dentro.

Estaba harto de su casa. Estaba harto de su vida. Estaba harto de Boleslao.

La solterona con piso o apartamento presentaba grandes amplitudes, cama matrimonial, espacio para ver la televisión a distancia, librería con todos los premios Planeta y dos teléfonos y dos baños.

(Boleslao disfrutaba toda la confortabilidad del matrimonio sin estar casado, se metía en el baño, se pegaba una ducha sin necesidad, orinaba en el lavabo, que es lo que más gusta, llamaba a amigos incógnitos —Agustín, Hans, José López, León Colón, cualquiera—, sólo para decirles aquí estoy, en casa de una amiga, sí, vengo mucho, tiene piso y vive sola, que a ver cuándo quedamos y tomamos unas copas.

Boleslao ponía la televisión con el mando a distancia, él que jamás había visto la televisión, porque le recordaba el cinexín de la infancia, y todo esto en bolas, después de haber cumplido a fondo con la solterona, viendo cómo ella paseaba sus carnes erguidas, desnudas y celulíticas de la cocina al living, preparando una merienda/cena o algo así, algo muy íntimo.)

Las mujeres tienden siempre a lo íntimo.

Boleslao prolongaba estos amores confortables, casi conyugales, cómodos, discretos y gratificantes, aunque sabía que al fondo estaba la perspectiva matrimonial, cada día

más dulcemente apremiante en ella, en ellas.

A Boleslao le iba bien aquello para su sexo y para su economía, aunque no para su imagen, ya que un hombre solo siempre adelgaza, y una mujer al lado siempre te engorda, tío, qué le vas a hacer, cómo te lo montas, puta madre, puach. Las solteronas eran las ruinas de Itálica, pero con el sexo acrecido por la represión y por la tardanza. Lo que pasa es que Boleslao era viejo en el oficio y conocía mañas para extenuar a la mujer (la mujer lleva su debilidad en su propia fortaleza para gozar), y, una vez extenuadas, Boleslao remataba la faena como Luis Miguel Dominguín en sus mejores años (en una cena, una vez, a Boleslao le habían presentado a Luis Miguel, y ésta era su única referencia taurina).

Las solteronas eran cultas, burras, con el pelo de peluquería y las ideas de peluquería, las uñas lacadas y el alma lacada, perdidas en su aventura de mujeres libres, tardíamente libres, y vagamente orientadas por el ideal del solterón cumplidor y con nómina. Boleslao no les decía que estaba ya jubilado. Eso envejece. Pero las solteronas, a Boleslao, con su té a punto para después del coito y su coito a punto para después del té, según, empezaban a olerle a muerta (las muertas huelen distinto que los muertos), y por entonces era cuando pensaba más en la pubertad/impubertad de Flavia, de modo que, poco a poco, fue dejando de frecuentar a las solteronas, o ellas a él.

Otros mundos que huían de su mundo.

El mundo huía de Boleslao. Eso es envejecer y jubilarse de vivo: ver cómo todo vuelve grupas y se aleja bajo el medio sol de la media tarde. Boleslao, después del polvo, espatarrancado y en bolas, salía al salón, ponía la tele a distancia y miraba todo lo que salía. Mayormente, por no hablar de matrimonio —ni de nada— con la dulce y mínima y vieja enamorada solterona.

O sea que Agustín está muerto, frío, metido en un cajón, en el cajón de un frigorífico, esperando a que sean las ocho de la mañana para que lo entierremos, lo incineremos o lo que sea.

Grock piensa en A.

A., con la vida de la vida y la vida de la muerte luchando en su interior. Dos frentes, como en una guerra. La guerra civil que nos espera a todos inmediatamente después de morir. Unos órganos no quieren enterarse de que están muertos y otros han empezado a trabajar ya a favor de la muerte.

Menos mal que el hielo de las grandes clínicas viene a poner paz en todo esto, como la nieve ponía paz en las campañas rusas de Napoleón. Baja el frío, o sube, y todas las vísceras se paran, las últimas vejadas de sangre se congelan entre los juncos interiores del río humano, y ya está. Eso es: la congelación, la hibernación del muerto como la nieve sobre los restos de un campo de batalla. Todo queda más en paz, la pudrición se detiene y hasta hace bonito, tanta blancura. A., en estos momentos, es el ejército de Napoleón (o el de Hitler) preso entre las nieves de Rusia.

Qué pasa con un muerto cuando se muere. Qué va a pasar conmigo cuando me muera. Nada. Que la vida dura más allá de la vida, como a veces seguimos buscando lo que ya hemos encontrado. Que el cuerpo funciona por ciclos completos y que determinados procesos químicos no se detienen porque uno se haya muerto (lo que prueba que son indiferentes, asimismo, a la vida de uno). Otros procesos, en cambio —el de pensar—, se paran de golpe, o esa vieja piedra de molino que es el corazón, y ya está. De modo que el hombre, se dice Grock, ni siquiera muere del todo, ni siquiera le queda ese consuelo de morir de golpe (aunque se pegue un tiro de revólver).

La vida, como viera el clásico (sólo que el clásico no sabía cuánto acertaba) es un río que va a dar a la mar, que es el morir, y el río sigue fluyendo mucho tiempo después de la muerte oficial, y Grock recuerda que a los desenterrados les suelen haber crecido las uñas y el pelo, dos materias muertas, y en ese mismo momento decide que le incineren, en cuanto llegue a casa dejo escrito que a mí me incineren, no quiero ser esa mierda de muerto/vivo que es el hombre para la eternidad. Se ha cantado mucho la paz de la muerte y resulta que no hay tal paz, sino una guerra civil bajo tierra, que quizá dura años, por no hablar de los gusanos y todo eso. A mí que me incineren, señor Juez.

A. está tieso en su fichero de muertos. Ni siquiera a su mujer le permiten tirar del cajón y charlar un poco con el muerto. Ya se sabe que las mujeres son muy habladoras. Siempre tienen algo que contarle a un muerto. A. está tieso en su archivador de muertos, con su flequillo colegial y escaso, o con la cabeza vendada por el golpe, ya sin tubos ni enchufes ni agujas, ya otra vez con su cara respingona, serena e irónica ante la mala suerte, ante su mala suerte. La serenidad de la muerte como una máscara sobre su natural serenidad de hombre que cree en su obra o le da lo mismo. A. era breve. No habrán necesitado un archivador muy grande para meterle. El fichero de los muertos, cuando la ficha es uno mismo.

Y el frío, el espantoso bajocero de la hibernación. El frío que Grock experimenta paseando por la Gran Vía. Siente deseos de acercarse a la clínica y echarle a A. por encima su abrigo de espiguilla. A mí que me entierren con abrigo, con este abrigo. En la medida en que su recuerdo me posee, yo soy él, paseándose por la Gran Vía después de muerto, con el abrigo de espiguilla que yo le he dejado para el frío de los muertos. A. me posee mentalmente y recuerdo aquello tan bonito que dijo, como todas las cosas que decía, hablaba mejor que pintaba: «Azca, como Nueva York, es ya el manierismo del funcionalismo.» O aquello otro: «Al monje blanco de Zurbarán lo que le sobra es el monje.»

Paseo a A., el pintor sin suerte, dentro de mí, dentro de mi abrigo de espiguilla, por la madrugada de la Gran Vía, y vemos escaparates y putas y borrachos. Gracias a mí, o

al alcohol malo que nos dio la vieja de Callao, y que me ha sentado mal, claro, A. y yo nos estamos pegando un último voltio por la Gran Vía, antes de que le entierren o lo incineren o lo que sea eso. La muerte trabaja en los muertos como la vida en los vivos. Pero el bajocero absoluto detiene ese proceso y ahora A. no es más que un objeto, una ficha humana, una ficha con volumen, un dato con cuerpo, un cuerpo aureolado de datos, como flores de cementerio.

Eso es lo que te espera, Grock, macho, y que sea pronto, porque si uno no se va de la vida, la vida se va de uno. A. ha tenido la suerte de morir a tiempo. A tiempo y de golpe. Tú, Grock, cabrón, en cambio, te estás muriendo despacio y a ratos.

Porque luego está el proceso inverso, claro, joder con el whisky de mierda de la vieja de mierda, y qué ardores y qué dolor de cabeza, el proceso inverso, sí, que consiste en irse muriendo en vida, todos nos morimos en vida, claro, es un tópico, alguien dijo que a partir de los dos años de edad empieza el final, pero yo me refiero ahora al morirse en vida de quienes nos damos cuenta: cada día se nos va quedando necrosada una parte del cuerpo por dentro, y cada día nos va abandonando una porción de vida, una península de biografía, un continente entero, lo que sea. Cada día estamos más solos y más muertos, y aquí no hay hibernación ni hostias, sino un vivir para darse cuenta de que ya se vive menos, cada vez menos. Vivir, Grock, es asistir a la propia muerte, porque la muerte inicia su trabajo mucho antes de que te des el golpe de moto que se dio A. La muerte trabaja a largo plazo.

Pero, de todos modos, lo de A. Es que impone, oyes. Pensar en él tan tieso, sometido al bajocero infinito, como Walt Disney, aquel cursi, hecho un leño humano, feliz para siempre, qué espantosa felicidad, le voy a decir a Andrea que lo incineren.

Grock decide robarle a la vieja un último vaso de whisky de bencina en plástiqué, a ver si le mata, y camina apresurado hacia aquella esquina, no tiene un duro, pero está decidido a estrangular a la anciana si no le da el veneno. Se aproxima a la esquina y de lejos ve que la anciana ya no está.

ALGUNAS noches, Boleslao se iba a los top/less, sólo por mirar pechos desnudos. Lo fascinante de los pechos desnudos, para Boleslao, era la naturalidad, la movilidad, la cotidianidad. Ah el gran erotismo de la mujer cotidiana.

Por algo, en la Inglaterra postvictoriana, estuvo permitido el desnudo teatral siempre que fuera inmóvil. Con gran finura, los ingleses habían comprendido que el erotismo está en el movimiento. Y no precisamente en el movimiento intencionalmente erótico de una danza, por ejemplo, sino en el movimiento natural de unos pechos en libertad. Al fin y al cabo, para eso se casa uno, pensaba Boleslao: para disfrutar de una mujer en estado natural. Porque en el amor fingen, en el encuentro sexual posan, y lo que el vocacional de la mujer busca, de ahí su voyeurismo, es el desnudo ingenuo, doméstico, no exhibicionista, íntimo, olvidado de sí mismo.

Bueno, pues en esos establecimientos tan comerciales y convencionales, en los top/less, resulta que se producía el milagro, ya que la muchacha, la camarera (siempre eran varias), a fuerza de convivir con sus senos al aire, de rozarlos con las dobles y triples filas de hombres, de dejarlos colgantes al servir las bebidas, se olvidaba de ellos, como la estudiante que anda con los pechos despiertos entre sus libros.

Boleslao creía haber llegado a profundas reflexiones sobre el top/less. Ellas empezaban la jornada muy puestas, con los senos muy enhiestos, pero la rutina, la costumbre, la repetición, el cansancio, las llevaban, por fin, a olvidarse de sus pechos, y entonces, a lo mejor, jugaban a los dados con sus clientes, apasionadas por el juego y olvidadas de sus senos, como de dos hijos pequeños y dormidos.

Ése era exactamente el momento que esperaba Boleslao para disfrutar la pureza y la sencillez de los hermosos pechos, grandes o pequeños, colgaderos, «laborales», que hacían su trabajo de servir copas al cliente como el resto del cuerpo.

Boleslao, en el amor con sus solteronas, siempre acechaba ese momento, después del orgasmo, de los orgasmos, en que ella se levanta a buscar tabaco y recorre toda la casa desnuda. Eso es lo que Boleslao, sentado en la cama, recostado, veía por entrepuertas y espejos: la mujer vividera y cotidiana, no la mujer que posa para el hombre.

¿Y si es eso lo que te gusta, cabrón, por qué no te has casado?

Obvio. Porque parece que luego uno se acostumbra y ni las mira.

Boleslao, en fin, se había pasado la vida persiguiendo a la hembra natural en su naturalidad. El top/less, sabiendo esperar, le brindaba eso. Algunas camareras ya le conocían, sabían que se podía esperar poco de él, quizá porque no tenía dinero, y entonces es cuando le trataban con mayor confianza y desgana, olvidadas de la función comercial de sus pechos.

Entonces era cuando Boleslao empezaba a disfrutar. Boleslao se hubiese llevado una de aquellas chicas a la cama, pero no solía tener dinero para ello y, por otra parte, sabía que en cuanto empezase el trato desaparecería el encanto, ella volvería a erguirse artificialmente, sintiéndose más atractiva, más irresistible. De modo y manera que Boleslao se limitaba a caminar hasta un top/less cualquiera (había muchos en su barrio), se tomaba un whisky y vivía la fiesta de los senos jóvenes, que son agresivos como flechas con curare, a primera hora de la noche, y se van abriendo a la verdad y la naturalidad, hacia las cuatro de la mañana o antes, dando su más pura y cansada flor de tedio, deseo dormido y sueño madre para el último y solitario cliente. La moqueta del top/less se diría que quedaba cubierta de flores marchitas, de pechos dobles y cansados, dulces e inútiles, tan plenos y tan vacíos.

Tan magnolios.

GROCK piensa y siente que puede pasarse toda la noche paseando la Gran Vía, o sea, la tres o cuatro horas que faltan para el entierro de Esnaola. Lo que pasa es que Grock necesita un whisky urgentemente y está todo cerrado. Por otra parte, Grock se ha quedado sin un duro.

Va pensando, mientras pasea lentamente, entre las sombras, las amplitudes y algunos escaparates deslumbrantes e innecesarios, que, si encontrase algo abierto, entraría a pedir un whisky, dos, seguro de que el propio whisky le daría luego argumentos para explicar que no tenía dinero, o para fingir que era un provinciano que tenía que tomar el tren para Tarancón de madrugada, y montar el número de la cartera, que me han robado la cartera, que me han robado la cartera, y le comprenderían muy bien, a qué provinciano no le roban la cartera en la Gran Vía, a las cinco de la mañana.

Por otra parte, Grock sigue confiando en su aspecto de señor formal, de jubilado correcto y casi calvo, con gafas casi intelectuales. Grock confía en su casi.

Una meretriz joven, una de las últimas a estas horas, viene decidida a Grock:

—Hola, soy Clara.

—Llevo toda la noche buscándote.

—Hijo, pues no me habrás buscado mucho.

A Grock ha vuelto a parársele el corazón. Eso le ocurre de vez en cuando. Es cuando siente el inmenso alivio de ir a morirse, pero luego no se muere. Y sigue viviendo con el corazón parado. Es casi un experimento científico. Como aquella lejana tarde en que se le acercó Flavia en el parque. O quien fuese.

—¿Pero tú no eras fija en Cherezade?

Clara le ha cogido del brazo y caminan juntos, despacio.

—Sí, claro que soy fija en Cherezade, esto de la Gran Vía me lo tienen prohibido, guárdame el secreto.

—Guardado está. ¿Y el día que te pillen?

Clara huele a niña maquillada, a puta que no ha conseguido despojarse de su infancia. Clara huele a traje de primera comunión y maquillaje putrefaccionado por el beso negro de la noche.

—El día que me pillen me voy a la puta calle, y ya sólo me quedará la Gran Vía, que es lo último, y luego el sanatorio y la mierda.

—Excitas mi compasión con eficacia, Clara, pero a estas horas no me queda un duro.

—Y eso qué importa —dice ella, casi alegremente—. Podemos seguir paseando juntos.

—Pero no follando juntos.

—Hijo, tú es que no piensas más que en follar.

—¿Te ha crecido el pelo, Clara?

—Qué pelo.

—El del coño. Cuál va a ser. Te lo afeitaste esta tarde para mí.

Y Clara rompe en una carcajada que la rejuvenece e ilumina un momento la calle como un arcoiris de sonido aureolando el silencio. A Clara le divierte la idea del vello creciendo mecánicamente, nada más cortarlo, como en una película de dibujos.

—Siempre me has caído gracioso, tú.

—No lo decía como una gracia.

—Lo tengo afeitado y fresquito, amor. Para ti.

Grock ha advertido de sobra que Clara no tiene ni idea de cómo se llama él, ni idea de ninguno de sus nombres. Grock detiene a Clara delante de un gran escaparate iluminado. La coge por los hombros y la mira con la cara llena de luz. Clara es una morita efébrica, noble y sucia, más sucia que noble.

—Ya te he dicho que no me queda un duro, Clara. No pierdas la noche conmigo. Te he buscado por el barrio de la Concepción.

—¿La Concepción? Hace un siglo que no vivo allí. Pero vamos a tu casa, si quieres, y allí tendrás...

—No quiero, Clara. Si tuviese veinte duros me tomaría un whisky. Me urge más que follarte contigo.

—O sea que me pegas una puerta.

—He estado enamorado de ti durante unas horas, en este interminable día. Luego me enamoré de otra, de una parálitica. Ahora sólo necesito echar un trago, pero no tengo dinero.

—Pues pide limosna, borracho. Todos los borrachos la piden. Chao, amore.

Y Clara, en la esquina de Montera, le dedica una sonrisa infantil y cruel, selvática y podrida.

—Adiós, Clara.

—Y recuerdos a tu parálitica. En Cherezade, ni palabra de que me has visto aquí.

Clara ha tomado un taxi y desaparece en su interior. Grock no mira la huida del coche. Grock no mira nada. Grock mira las últimas palabras de Clara: «Pues pide limosna, borracho.»

EL tiempo es relativo, ya lo dijo Einstein, y Grock, mientras da vueltas por la gran calle, hace como un resumen de todo lo que le ha pasado en el larguísimo domingo, y ahora lo que más ve es el perro, el perro muerto que José López había recogido en la carretera, y que enterraron en la Casa de Campo a primera hora de la tarde, a qué primera hora de qué tarde.

José López, el punky viejo, decía que el perro le daba buenas vibraciones, y estuvieron sentados un rato encima de la pequeña tumba, en la tierra misma, y José López decía que las buenas vibraciones del perro le entraban por el culo y, a Boleslao, lo único que le entraba por el culo era frío. Ahora, Grock se acuerda de aquel perro, como se acuerda de A. El perro no tiene refrigeración ni lo va a incinerar nadie, para que no se pudra. El perro se hará tierra con la tierra y sólo quedará de él una calavera aguda y bella, fina y primitiva, que nadie va a desenterrar jamás. El perro ni siquiera tenía nombre.

¿Y quién vive una muerte más confortable: A. en su archivador congelado o el perro bajo sus cálidas sábanas de tierra?

¿Y qué preferiría yo, se pregunta Grock, yacer en un fichero/hibernación o yacer bajo la tierra cuajada, cálida y madrileña de la Casa de Campo? ¿Ser incinerado en un cuarto de hora, convertido en ceniza de cigarrillo, o pudrirme lentamente, amorosamente, dando mis sustancias a la tierra, recibiendo de ella sabores y raíces?

Grock no recuerda si ya se hizo esta pregunta antes, pero le da igual. Grock piensa en el perro que enterraron sin saber cómo se llamaba. Grock siente, de pronto, que él tiene mucho de perro que nadie va a saber cómo se llamaba, en cuanto le entierren, pero este pensamiento le alivia.

—Desde que me jubilaron, me he convertido en un perro callejero —dice en voz alta.

La Gran Vía, a las cinco de la mañana, es como la Gran Vía de Marte, con marcianos amarillos de plástico que riegan, friegan, barren, lavan, recogen la basura y se llevan la ciudad en sus volquetes cónicos y girantes. Grock intenta hacer resumen del día, pero no le sale: encuentro con José López en la boca del Metro, lluvia de erizos muertos, copas en el viejo y elegante café de putas, entierro del pobre perro, polvo con la amiga de José López, la boca podrida de la muchacha, encuentro con A., muerte de A., viajes por Madrid en la motita de Hans, afeitado del pubis de Clara (eso debió ser antes), las hogueras de los borrachos, polvo en el cementerio, con Beatriz —¿Beatriz?— la parapléjica, ángeles de nieve. Borrachos, putas y lesbianas entre ángeles (imitados) de Pérez Comendador, de Victorio Macho, de todos éstos. Abandono de Hans en Jardines, excursión de culo en el coche del escritor, paseos por la Gran Vía, obligación, devoción, necesidad de permanecer levantado hasta la hora de enterrar a A.; van a ir Saura, Barjola, Antonio López, la hostia, los maestros que A. citaba siempre. Erizos muertos sobre la Gran Vía, lluvia de erizos y puercoespines muertos sobre la Gran Vía de las cinco de la mañana. Esto debe de ser el delirium tremens, se dice Grock. Pero lo atroz del delirium tremens es cuando no es el delirium tremens. Dulce, mansa, putrefacta, blanca lluvia de erizos muertos sobre la Gran Vía, cuando ya se han ido los regadores y los basureros que puedan limpiarla. Grock camina procurando no pisar el cuerpo áspero y tierno, azul y tenue, de algún erizo muerto.

GROCK, para evitar la lluvia de erizos muertos, se mete por el pasaje subterráneo de la Telefónica. Las escaleras mecánicas están paradas y algunos erizos muertos han llovido ya sobre ellas. Grock desciende hasta el pasadizo, donde hay como una antología de la noche y las generaciones: hippies muertos, punkis vivos, undergrounds, argelinos de paso para Francia, violinistas, rockeros de rincón, cantautores de barandilla, pasados, pinchados, colgados, anfetamínicos, pasotas, pasotillas, parados y sidas. De modo que la Gran Vía está debajo de la Gran Vía, se dice Grock.

Hay un hombre que duerme en una manta. De pronto se ha movido y ha bebido de su petaca. Alcohol. Grock se detiene en el acto. Se apoya contra la pared, frente al individuo de la manta, y luego se deja deslizar hasta el suelo. Está dispuesto a esperar una hora hasta que el otro vuelva a despertar, para pedirle un trago. Un trago de lo que sea. El pasaje está lleno de música y de sueño. Quizá alguna pareja fornicaba en la penumbra, aunque el pasaje tiene demasiada luz. Un chaperero masturba descaradamente a un hombre que podría ser intercambiable por Grock. Grock comprende que es intercambiable con el cincuenta por ciento de los madrileños. Grock comprende que no es Grock, ni Boleslao, ni nadie. Que es el hombre de la calle, el madrileño común, la nada, esa nada que se ha hecho famosa como opinión pública que nunca opina. En todo caso vota, pero no opina.

El pasaje huele a humedad y música. El pasaje huele a un Madrid más profundo y más dormido. Grock busca con la vista una mujer que le guste, entre las mujeres, por distraer la espera del alcohol. Este hijo de puta no me va a negar un trago. El hijo de puta es argelino, se ha incorporado de nuevo, está apoyado contra la pared, contra los baldosines blancos, en alguno de los cuales ha pegado estampas viejas de huríes. El argelino tiene al lado un cartón rectangular que dice tengo hambre estoy parado una caridad necesito quinientas ptas. dios le ampare muchas gracias, voy de viaje.

—Usted no estaba antes —le dice el argelino a Grock.

El argelino gasta en la cabeza un gorro verde de punto, con pompón, tiene los signos de la edad borrados por el sueño, la raza y la miseria: lo mismo treinta años que cincuenta.

—Habla usted muy bien el madrileño para ser argelino.

—Llevo un mes en Madrid buscando trabajo, pero no sale trabajo. Tengo facilidad para los idiomas. Usted no tiene aspecto para estar aquí. Usted tiene mucho aspecto.

—¿Y qué es mucho aspecto?

—No se ría de mí, señor. Ustedes los españoles saben muy bien lo que es el aspecto. Son el pueblo con más aspecto del mundo. Lo sé porque les miro por la calle y porque he visto a Velázquez y el Greco en el Museo del Prado. El primer día me fui al Prado para robar un Greco. Con eso lo tienes todo hecho, Hafido, me dije. Pero luego no era tan fácil robar un Greco. Aunque sigo en Madrid con la esperanza de robarlo. Y si no lo robo, me voy de mozo de chambrá a París.

—Ya.

Grock está esperando que salga la petaca de alcohol entre las mantas y los equipajes revueltos del argelino. El argelino ha resultado listo y conversador, pero esto a Grock le da igual. Lo que quiere es un trago.

—Imagínese yo, vucencia, con un Greco en París. En París hay quien se atreve a comprar un Greco. Hago mi fortuna y a vivir. Se acabó esto de los pasajes. ¿Un trago, vucencia?

Un trago, vucencia. A Grock se le vuelve a parar el corazón, como cuando se encontró a Clara en la Gran Vía. A ver cuánto aguanta uno con el corazón parado bajo tierra. Grock se inclina hacia adelante, con una elegancia de muerto (está muerto —¿está muerto?—) hacia la petaca del argelino, y bebe empuñando el latón caliente de la mano oscura.

¿Qué es lo que bebe? Grock no lo sabe ni le importa. Grock es un monográfico del

whisky, pero, aparte esto, es que la bebida del argelino está entre la leche de cabra y el alcohol de las tribus últimas de África. En cualquier caso, a Grock le vuelve la vida a partir del estómago, le vuelve a circular la sangre a partir de un sol oscuro, dulce y violento que tiene ahora en el epigastrio. Quizá el trago ha sido demasiado largo, pero el argelino (cara de mejicano malo/bueno, con el bigote caído, quizá porque Grock ha visto en su vida más mejicanos que argelinos (en el cine mayormente)), le sigue llamando vucencia y le sonrío con una sonrisa en la que hay caries y bondad:

—Y de Albert Camus no se crea usted una palabra. Camus nos traicionó a todos los argelinos. Yo era muy niño cuando él, si no lo hubiera matado. Yo he leído a Camus en todos los idiomas en que escribió, y sus carnets me parecen una cosa de chico de colegio universitario, era un pied/noir esnob que traicionó al comunismo, al anarquismo, a los argelinos, a los franceses, a todo el mundo. Sólo le importaba él. Él mismo.

—Le advierto que yo, de Camus, sólo conozco Calígula, que lo echaron en teatro, aquí en Madrid, y el actor, un tal Rodero, lo hacía muy bien.

—Sí, su trilogía del absurdo. Un camelo. El absurdo en la literatura y la coherencia en la vida. Su coherencia eran las mujeres, el vino y el éxito, y eso que estaba tísico perdido y escupía sangre después de los polvos.

—Ya le digo que yo de Camus...

Grock no quiere hacerse sospechoso de camusismo occidental ante el argelino de la petaca, aparte de que jamás ha leído a aquel señor que hasta fue premio Nobel. El argelino, que no ha dicho ni parece que vaya a decir su nombre, sigue llamando de vucencia a Grock, a quien tampoco pregunta el nombre (quizá sea una cortesía oriental), aunque Grock cree recordar que el argelino, de pasada, se nombró a sí mismo Hafido o así, y el argelino chupa de la petaca y Grock espera, ya con más calma, un nuevo trago: a este moro le bebo yo la petaca entera.

—Camus les comió el coco, como se dice aquí en Madrid, a ustedes los occidentales. Era el chico listo de la provincia, y luego quiso serlo en París, pero en París se encontró con Sartre, que le dio lo suyo. Es lo que tiene París, que siempre hay alguien que te para los pies. Pero yo sé cómo vender mi Greco en París, lo que no sé es cómo sacarlo del Prado. Mientras tanto, vivo de la limosna. Los españoles son limosneros.

Nueva ronda de petaca. El pasaje ha quedado en silencio, prendado de un solo de violín que a Grock le suena a Falla, y todos parecen un ballet, con mucha más verdad que las escenas inmóviles de los ballets.

Falla o lo que sea. Falla y petaca argelina. El caso es quemar la última punta quemada de la noche. ¿Compuso Falla algo sólo para violín, o para violines? La verdad es que no sé nada de música. Ni de Camus, el filósofo. Este mendigo argelino sabe más que yo. Por la contabilidad, yo he perdido mi vida. Grock no sabe qué es lo que está bebiendo, pero al tercer trago, que va a ser el último, vuelve a sentirse reunido consigo mismo y capaz de discutir con el argelino sobre Camus, al que, ya se ha dicho, jamás ha leído.

—Buenas noches, vucencia, voy a echar otro sueño.

Y el argelino desaparece entre sus mantas color puré, sin nada del colorismo africano, y con él, ay, la petaca de alcohol, qué alcohol, y Grock mira en torno, trata de descubrir a otros bebedores en el pasaje, pero en este pasaje parece que sólo se hace el amor y la guerra: hay un punki caído en el suelo, muerto o sobrepicado. Grock se pone en pie lentamente. El cartel de la mendicidad está junto a la cabeza del argelino dormido. Grock lo coge suavemente, lo estudia, lo observa, tengo hambre, estoy parado, una caridad necesito quinientas ptas. dios le ampare, muchas gracias voy de viaje.

—Vucencia, ¿quiere usted que le haga una paja? El argelino ha sacado la cabeza de las mantas.

—No, gracias, estoy servido.

Y Grock vuelve a dejar lentamente el cartel donde estaba. El argelino no sospecha que

aquel español de tanto aspecto vaya a robarle el cartel.

—Son sólo cuarenta duros, vucencia.

—Muchas gracias, pero ya le digo que estoy servido.

El argelino vuelve a meter la cabeza entre las mantas, siempre con el gorro puesto, y en seguida ronca. Grock coge el cartel, se lo mete bajo el abrigo y sale del pasaje lentamente, lentísimamente, mientras la juventud del subterráneo rompe con unas sevillanas. Al fin y al cabo, lo mismo que los millonarios del Mau/Mau.

Grock vuelve a la Gran Vía con el cartel del argelino. «Pues pide limosna, borracho. Todos los borrachos la piden.» Es lo que le dijo Clara al despedirse.

BOLES LAO, a veces, había viajado en el descapotable de José López, que nos vamos al norte, que nos vamos al sur, que nos vamos al mar, que nos vamos adonde quieras, López, y salían arreando, carretera y manta, y Boleslao había encontrado en la velocidad demente de José López una huida de su vida, de su nombre, una huida de sí mismo, de su costumbre, su renuncia, su jubilación y su alcohol:

—La velocidad es otro alcohol, López.

Y López sonreía secamente bajo sus gafas negras.

—La velocidad es otro pico —decía a veces López.

Algo parecido, pero en urbano, vivía Boleslao en la motita de Hans. Sólo que lo de José López era grandioso. El morro blanco del descapotable iba cambiando de color a medida que atravesaban las atmósferas, se hacía azul, verde, rojo, fucsia, cadmio, siena, amarillo, y Boleslao no sabía en qué dirección iban, ni lo preguntaba (seguramente, López tampoco lo sabía).

Aquellos viajes con José López —¿qué será de José López, que se marchó a por puntas ayer tarde y no ha vuelto?—, aquellas huidas de su casa de vecinos, de su tienda de pescados, de los encuentros con Flavia, pringosa ya de masturbaciones y menarquía, aquellas escapadas hasta un sur de tierra morena y aves muertas, hasta un norte de batallones verdes y cornisa de osos, como un viaje a la prehistoria, aquellos sorpasos hasta un mar azul que, escuchado despacio, sonaba a latín.

Boleslao pisaba patosamente la playa, con sus zapatos de ciudad, y recogía cualquier cosa que el mar había dejado sobre la arena muy de mañana, como un Frankenstein, ese Frankenstein que es el mar, le deja una minucia, un juguete leve a alguna niña.

Era una caracola blanca, ruda y delicadísima, algo con cierta forma de pez erizado en pinchos de simetría y violencia. Un nácar rudo, un marfil tosco, una joya forjada por los orifices del fondo del mar.

Y, en el interior de toda esa oceanía defensiva, lineal y áspera, una vagina de porcelana, un suavísimo tacto rosa/rojo, una concavidad ignorante de su exterioridad, algo así como lo que debía de ser la vagina de Flavia.

Boleslao se llevaba consigo la caracola, tras habérsela mostrado a López. La caracola tenía algo de pez fósil y algo de vagina de sirena, que no tienen vagina.

La pondría en su apartamento, como recuerdo de aquel viaje, como fetiche erótico del mar, como metáfora oceánica de la vagina nunca vista de Flavia.

—Parece un coño —decía José López, mientras fumaban un porro o abrían una botella de algo, con el mar y el cielo, como dos lonas azotadas por el viento, haciéndoles tenderete—. Parece, por dentro, un coño.

—Así es la vagina de una niña que yo conozco —decía Boleslao.

—Boleslao, que aquí no hemos venido a tirarnos nardos. Me estarás hablando de alguna puta, de alguna menor, que un día te van a coger, Boleslao, que te lo tengo muy dicho, viejarrón, retablo, cabrón, hijoputa, putaño, amor.

—Te hablo de una vecinita.

—¿Ahora te follas a las vecinitas? Poco vas a durar tú en el inmueble. Te veo en el trullo, Boleslao. ¿Quieres que te lleve ron o eres un monográfico del whisky? A la cárcel, digo.

—Tú estás en otro rollo, López.

(Y qué fue de José López, el punki viejo, el conductor loco y en dirección contraria, el colgado, el lírico. Un día se fue a por puntas y no ha vuelto. Para clavar unos cuadros.)

—Alguien dijo que la ostra fabrica una perla para matar su inquietud. Parece que las caracolas fabrican un coño a ver si algún jubilado se las folla. El mar es que no para, Boleslao, carroza. No para desde Homero.

Los viajes de vuelta también eran viajes de ida. Boleslao no quería saber la dirección que llevaban. Le asustaba un poco volver a casa. La única dimensión de libertad de su jubilación, tan ridícula, se la había dado José López con los viajes.

—Si quieres, te regalo la caracola, López.
—Que te vayas a tomar por retambufa, Boleslao, que a lo mejor te gusta.
—No me gusta. La caracola...
—¿Has probado?
—Ni pienso probar. La caracola...
—Pues prueba, hombre, prueba, que a tu edad hay que probarlo todo.
—La caracola, decía, era única en la playa. Te aseguro que miré bien. Si no, hubiese cogido otra para ti, pero ésta te la doy. Tú me has traído y...
—Y. Que no colecciono caracolas, tío. El mar es cojonudo y trabaja a fondo. A veces produce cosas como ésa. Y que les vayan dando a los abstractos. El arte está de sobra, Boleslao. Yo me liberé cuando descubrí que el arte está de sobra. El mundo hace abstracto y figurativo, lo que le pidas.
—Entonces ¿por qué pinta Agustín?
—No sé quién es Agustín, ni me importa. Algún otro retablo, como tú. Porqueruá. Todo porqueruá.
—Pues deberías conocer el abstracto irónico de Agustín.
—Otro viejata, seguro. Todos estáis viejatas, y yo también. Pero yo me voy a matar con la carretera y el pico, antes de ser un jubilado. Jubilado de qué, si yo no soy de nada. Y José López reía al volante, con su risa tirante y seca, bajo las gafas negras.
—Cómo me humillas, López, cómo me humillas.
—Hablas en antiguo, jubilata. Eso ya no se dice, tío. Guarda tu caracola y se la das un día a la vecinita, a ver si le sugiere algo. Pero las niñas son muy burras, Boleslata, te lo prometo (a López le había dado por hablar así), y lo mejor es follárselas a lo bestia, si no es que no se enteran.
—Antes me decías que iba a ir al trullo.
—Vete al trullo o a la mierda. Vete adonde quieras, Boleslata, pero ya sabes que se te ama y que no colecciono caracolas. Colecciono erizos muertos y virgos estriados. ¿Nunca has visto un virgo estriado?
España, con la velocidad, zumbaba en los oídos de Boleslao. Sus campos y sus chopos. El coche rodeaba la muerte en cada curva. Boleslao vivía la impaciencia del choque, de la muerte. Quizá había elegido a José López para suicidarse. Pero llegaba a casa, sano y salvo, con su caracola en la mano, y luego la dejaba sobre la mesilla, junto a la botella. Jamás se atrevía a darle las caracolas a Flavia.

BOLESLAO, por las mañanas, llegaba a la oficina el primero. La oficina era una amplia nave con techo de cristal opaco, sobre el que siempre había pájaros muertos, geologías de polvo, ratas muertas y piedras eternas.

A pesar de todo esto, la nave tenía mucha luz, luz natural y cenital, más tres ventanales que daban a un patio interior, pero asimismo luminoso. Boleslao, tras haber pasado el pañito por los libros, el cristal de la mesa y el teléfono, abría sus contabilidades y la precisión de los números se asociaba en él a la precisión de la luz. Era hermoso tener aquel oficio, era hermoso ser contable en una gran empresa, lejos del tópico del covachuelismo, anotando partidas bajo la luz natural (aún no habían llegado los neones). Boleslao era un fanático del orden, y por eso había rechazado siempre el matrimonio, que le parecía el reino del caos, ese caos que engendra la mujer. Como a Boleslao le gustaban mucho las mujeres, lo que hacía era servirse semanalmente mediante el lenocinio, y tomando sus medidas profilácticas. Era una partida a anotar en el *Debe* (un *Debe* inconfesable) y nada más.

Boleslao vivía la paz de la oficina, cada empleado en su sitio, en su mesa, el interventor en la suya, un poco más grande y barroca de papeles y teléfonos, el director en su despacho, al que entraba y salía directamente desde la calle, sin asomar casi nunca a la gran nave de la oficina.

Un mundo en orden. Boleslao era un cartesiano que no había leído a Descartes. Era un cartesiano sin saberlo. Boleslao redactaba asientos durante toda la mañana. Se aguantaba el pis hasta la hora del almuerzo. A la hora del almuerzo, las once y media (entraba a trabajar a las nueve, las ocho en verano, con la jornada intensiva), Boleslao hacía pis, sacaba de un cajón el bocadillo de mortadela que había preparado previamente en casa y se lo tomaba en el sótano de los abrigos (los sótanos de la empresa eran un laberinto de cajas fuertes y carboneras). Los compañeros hablaban de fútbol, alguno sacaba un periódico deportivo y leía unas líneas en voz alta, pero todos preferían su propia versión del partido del domingo. Boleslao, como no iba al fútbol, no tenía nada que decir. Una vez le preguntó el apoderado de cartera:

—¿Y usted por qué no va al fútbol, Boleslao?

—Iré el día que jueguen mujeres.

Esto causó gran risa entre los empleados, por el ingenio y la malicia de Boleslao.

Desde entonces tenía fama de inteligente e ingenioso en la oficina. Aunque hablaba poco, o sólo hablaba de los temas del trabajo. Después del bocadillo de mortadela, Boleslao bebía agua a morro en el lavabo y se reintegraba a su puesto. Cuando el inspector/interventor se iba a hablar con el director o con un cliente, o a mear, había gran revuelo de chistes y bromas de mesa a mesa (siempre las mismas cosas), pero Boleslao permanecía ajeno a todo ello, con la cabeza sobre los grandes libros de contabilidad, aunque sin escribir nada, pues que el revuelo de sus compañeros podía haberle inducido a error. Prefería hacer los números en silencio.

El fútbol y las mujeres eran los temas recurrentes de sus compañeros. Una vez vuelto el interventor a su gran mesa, parecía traer consigo el silencio, como una capa, y todos trabajaban en lo suyo, mudos y laboriosos. Aquel juego, aquella farsa, a Boleslao le recordaba el colegio, y a veces meditaba: nos meten en un colegio de pequeños, no para enseñarnos los afluentes del Ebro o las personas de la Santísima Trinidad, sino porque toda nuestra vida va a ser un colegio y conviene moldearnos, desde pequeños, en la estructura colegial. Todos nos portamos aquí como en la escuela: somos buenos por fuera, para hacer méritos, y malos por dentro, malos reprimidos. Como a los once años.

Pero, por encima de estas consideraciones, Boleslao le había encontrado una estructura a su vida en la estructura rígida de la oficina, y se encerraba en ella fanáticamente, por miedo o asco del caos. ¿Llevar contabilidades por libre, aquí y allá? Eso le daba miedo. No miedo económico, sino el miedo de la dispersión. A las dos

comía en algún restaurante barato y cercano a la oficina. Generalmente lo hacía leyendo el periódico (la marcha de la Bolsa y cosas así, que pensaba podían serle útiles en su trabajo). A las cuatro era otra vez el primero en su puesto, ya con luz triste y escasa (pero la oficina no encendía luces, por economía). Boleslao, naturalmente, prefería las mañanas, hacía por la mañana todo el trabajo y por la tarde se limitaba a ordenar cuatro cosas. El mundo no era tan geométrico por la tarde, ni los números eran tan verdad.

A las siete salía de la oficina, como todos, y nunca se unía a los grupos espontáneos de empleados que se iban juntos a beber vino. Se metía en un cine porno o se iba directamente de putas, siempre solo.

No hacía horas extraordinarias porque no las necesitaba (no necesitaba el dinero de las extras), y, sobre todo, porque el horario de la oficina era el ataúd de cristal dentro del que prefería seguir sujeto, como una Bella Durmiente del bosque de los números, preservado de la vida y sus manzanas envenenadas.

Los domingos y días feriados, Boleslao paseaba por la ciudad o se quedaba en casa durmiendo el aburrimiento o bajaba hasta el café de los bulevares, donde había conocido a Agustín, a José López, a Hans, a León Colón y a otros. Parece que era un café de artistas. Bebían cerveza y Boleslao pensaba que estaba aprendiendo mucho de ellos, sólo con escucharles. Pronto pasó de la cerveza al whisky, porque la cerveza era como beberse la espuma de los días, cabezona y tonta, mientras que el whisky (que una vez probó por casualidad, por invitación de uno de aquéllos), le mejoraba la visión del mundo y le reintegraba consigo mismo.

Era como la disciplina del trabajo, pero otra disciplina: más interior, más lúcida, más profunda. La disciplina del trabajo tenía que imponérsela él mismo. El whisky, en cambio, le disciplinaba desde dentro, desde lo más hondo, desde unas honduras que no sospechaba en sí.

Pero sólo profundizaría su amistad con aquellos bohemios (no sabía que ya no se dice «bohemios») después de la jubilación. La jubilación prematura, impuesta por la reconversión de la empresa, había ido transmutando a Boleslao en Grock. O quizá es que Grock andaba por dentro, esperando liberarse del horario burocrático, para vivir en él. Imposible saberlo.

TENGO hambre, estoy parado, una caridad, necesito quinientas ptas. dios le ampare muchas gracias voy de viaje. Grock camina la Gran Vía lentamente, con el letrero del argelino bajo el brazo. Ya es casi de día y los altos miradores de la gran calle tienen una ballesta de plata o de oro en sus cristales.

Grock respira profundamente la mañana. Respira toda la calle de una vez. Mira los relojes gigantescos y giratorios de la calle. Le queda más de una hora para el entierro. Grock llega despaciosamente a la boca de Metro donde el domingo por la tarde (ya es lunes) encontró a José López. El elegante bar de las putas sigue cerrado, naturalmente. Un sol oriental y blanco da de refilón en la fachada. Grock mira a derecha e izquierda, hacia atrás y hacia delante. En un instante solitario, se echa en mitad de la escalinata de acceso al Metro, y pone el cartel del argelino, bien visible, a su lado, con un pañuelo blanco y extendido, uno de sus pulcros pañuelos de antes de la jubilación, para que la gente eche ahí las monedas. Todo es violento, todo es difícil, todo es forzado, pero Clara, la puta Clara, se lo dijo bien directo: «Pues pide limosna, borracho. Todos los borrachos la piden.»

Tiene que sacar para un whisky antes de ir al entierro. Tiene que sacar para un whisky a fin de estar presentable en el entierro (van a ir grandes figuras del arte). Todo es difícil, sí, pero Grock, una vez que se ha tendido en el lecho de picos de las escaleras de cemento, con reborde de hierro, encuentra que la farsa empieza a hacerse realidad, que el sol chino, indio, ruso, de la mañana, le calienta dulcemente en diciembre y que entreduerme con gratitud hacia su propio antebrazo.

Cierra los ojos para no ver el espectáculo, para no ver el cartel, el pañuelo, para no ver a los que le ven y le miran y quizá le echan una limosna, pero luego, con los ojos cerrados, se va entredurmiendo de verdad, con el chal claro del sol de diciembre sobre su cuerpo. Hay un rumor de pasos que suben y bajan las escaleras del Metro, es un restregar obstinado y sin sentido. Hay un jaleo de puertas batientes, de corrientes de aire, pero está el sol naciente y está el sueño. Tengo hambre estoy parado una caridad necesito quinientas ptas. dios le ampare muchas gracias voy de viaje.

Grock se despierta bajo un batallón de pies que suben del Metro o bajan al Metro, y que le pisan. Grock, un poco alarmado, mira uno de los grandes relojes girantes de la calle, el que tiene enfrente: son las nueve y cuarto de la mañana. Hace una hora y cuarto que han enterrado a Agustín. Sobre el pulcro pañuelo blanco del antiguo oficinista hay algunas monedas. El cartel sigue en su sitio. También podía haber sido que el argelino le buscara por toda la Gran Vía, le encontrara tan cerca y lo matara por robarle su cartel. Pero eso sólo se le ocurre ahora a Grock. (Más tarde verá, en los periódicos de la mañana, que el entierro del artista abstracto fue estrictamente familiar y en la intimidad: o sea, que no acudió ninguno de los grandes que había prometido su asistencia: así se muere uno, Agustín, amor.) El pañuelo, las monedas, el cartel, la gente que sube y baja las escaleras, la quebrada vergüenza de Grock, que acaba de debutar en la mendicidad ¿para siempre?

Prefiere cerrar los ojos y dar otra cabezada sobre su dormido antebrazo. Por la ojeada que ha echado al dinero del pañuelo, tiene un whisky asegurado. Ya puede dormir tranquilo. Y duerme.

Madrid, 26 diciembre 1987



FRANCISCO UMBRAL. Seudónimo de Francisco Pérez Martínez (Madrid, 1932-Madrid, 2007), periodista y escritor español. Desde muy joven vivió en Valladolid, junto con Madrid una de las ciudades claves en su literatura, pues fue allí donde se inició como periodista bajo el magisterio de Miguel Delibes. Enviado en 1961 a Madrid en calidad de corresponsal, se convierte en unos años en un cronista de prestigio por la originalidad de su enfoque periodístico y por la sensibilidad de su mirada sobre lo cotidiano, que concilia la precisión no exenta de inventiva y un mordiente sentido del humor a menudo abrumado de amargura. Ya periodista y escritor de éxito, colabora con los periódicos y revistas más variados e influyentes en la vida española.

De su ingente producción literaria destacan: *Memorias de un niño de derechas* (1972), *Las ninfas* (Premio Nadal, 1975), *Mortal y rosa* (1975), *La noche que llegué al café Gijón* (1977), *Trilogía de Madrid* (1984) y *Leyenda del César Visionario* (Premio de la Crítica, 1992). Este último título adquiriría carácter inaugural de una serie de obras que, a semejanza de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, abordan algunos de los principales acontecimientos de la historia y la política contemporáneas españolas. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en el año 2000 el Premio Cervantes y en el año 2003 el Premio de Periodismo Mesonero Romanos.